



UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO
ESCUELA DE SOCIOLOGÍA

COMERCIO AMBULANTE EN LA COMUNA DE SANTIAGO:
INFORMALIDAD LABORAL Y RESTRICCIÓN DEL ESPACIO
URBANO

Alumno: Moisés Valdir Godoy Herrera
Profesora Guía: Kathya Araujo Kakiuchi

Tesis para optar al grado de Licenciado en Sociología
Tesis para optar al título de Sociólogo

Santiago, 2019

Agradecimientos

A mi familia, por el apoyo y la confianza en este proceso. En especial a mi madre, por ser un referente, y para quien sé, este trabajo tiene gran valor.

A la profesora Kathya, por el espacio de aprendizaje y sus atentos comentarios; por su aliento y ánimo constante.

Por supuesto a Camila, por su cariño y compañía, por sus consejos y regalos, sin los cuales este trabajo no sería lo que es.

Inspirado y dedicado con profunda admiración y respeto a mi familia. Especialmente al Tata, por su talento y su trabajo; a mis tíos y tías, primos y primas, que artesanalmente han heredado y cultivado el oficio del pan y la masa.

Con cariño a Héctor.

En memoria de Alberto Picuasi...

Contenido

1	Introducción	5
2	Objetivos	7
3	Antecedentes	9
4	Marco teórico	20
4.1	Informalidad laboral	20
4.2	Sobre el Individuo.....	25
4.3	Espacio Urbano.....	33
5	Metodología y técnicas de investigación	40
6	Análisis.....	47
6.1	A modo de preámbulo. Breve apartado histórico	47
6.2	Santiago y el comercio ambulante hoy	56
6.3	La relación con el público.....	64
6.4	Relación con la policía.....	76
6.5	Relación entre comerciantes	91
6.1	Ser comerciante y trabajar en la calle	97
6.2	Volviendo sobre lo teórico.....	120
7	Conclusiones	127
8	Bibliografía.....	133
9	Anexos.....	142

El Paseo Ahumada iba a ser la pista para el despegue económico, un espacio para la descongestión urbana. Se trataba de cultivar un oasis peatonal en medio de una ciudad tan próspera como vigilada. La vigilancia es lo único que recuerda el proyecto, se la mantiene con armas y perros policiales. En todo lo demás ocurrió lo que tenía que ocurrir El Paseo es el pabellón en que se escribe el quiebre del modelo económico. Las vitrinas elevan los precios al infinito y los importadores de baratijas a precios botados, inundan el suelo del paseo, haciendo su negocio por medio de los héroes del trabajo. Estos, para evitar ser decomisados por los representantes del Impuesto Público, y para no tener que responder ante sus proveedores del precio de la mercadería requisada, deben correr constantemente por el Paseo, imprimiéndole un ligero aire de estadio en vísperas de las Olimpiadas. El Paseo -siempre en el orden de los negocios- es la dura escuela en que impedido de toda clase, especialmente ciegos nunca antes vistos aquí en tal cantidad, se ven forzados al autofinanciamiento. Son razones de economía las que han convertido el Paseo, construido con objetivos menos interesantes, en el Gran Teatro de la crueldad nacional y popular, donde se practican todos los oficios de la supervivencia, desde lo más espectaculares hasta los más secretos, sin que ninguno de ellos escape a la publicidad. El trabajo se ha convertido en un arte en el Paseo Ahumada y la mendicidad, en un trabajo altamente competitivo. El Show empieza cuando usted llega y no termina cuando usted se va. Y todos somos sus coautores, sus actores y espectadores [...]

Paseo Ahumada. Enrique Lihn, 1983

1 Introducción

1.1 Presentación

El presente estudio aborda el trabajo de los comerciantes ambulantes y su relación con el uso y la ocupación del espacio urbano. Es una investigación de carácter exploratorio que busca indagar en la doble contingencia del trabajo en la calle. Por un lado atender la informalidad laboral que suponen sus condiciones formales de trabajo, sean estas contractuales, de protección laboral o físicas; además de la relación directa e inmediata que tiene con el espacio urbano, entendiendo ésta como un proceso crucial y en constante producción, gestado tanto por actores institucionales como por la práctica de sus usuarios, conforme su acceso, uso y construcción compartido (Araujo, 2016c).

La perspectiva que orienta este trabajo se centra en la producción (social) del espacio (social) (Lefebvre, 2013) y aquellas lecturas que reconocen el espacio urbano como producto inacabado siempre actualizado por medio de su práctica (cf. Araujo, 2016c; Delgado, 2007, 1999; Joseph, 1988). También considera al individuo como un pivote por medio del cual dar cuenta de lo social (Martuccelli, 2007), atribuyendo a su experiencia y al trabajo del individuo centralidad sobre la decantación de un saber sobre lo social (Araujo, 2009a; 2009b). Así, el punto de partida es la experiencia situada y encarnada de los sujetos, la relación que mantienen en y con el espacio urbano, en tanto espacio normado y administrado políticamente, como articulado por medio de su práctica (Delgado, 2007).

Han sido considerados en la investigación comerciantes ambulantes en ejercicio de al menos un año, de puesto fijo o *manteleros*, siendo aquellos quienes se sitúan en lugares específicos para realizar su trabajo. La investigación de carácter cualitativo privilegia dos técnicas para la recolección y procesación de los datos. Por un lado se ha abordado el campo desde un trabajo etnográfico (Guber, 2004) además de complementarlo con la realización de entrevistas semiestructuradas (Bodgan & Taylor, 2008).

1.2 Justificación

Como ha sido catalogado usualmente, el comercio informal urbano (OIT, 2013a; PREALC, 1978; Tokman, 2001a), se presenta como un fenómeno complejo y heterogéneo que no ha sido tratado de manera unívoca por instituciones gubernamentales ni aquellas relacionadas con el mundo del trabajo (OIT, 2013b). No existe consenso sobre las medidas para su regulación ni las causas de su constante presencia y proliferación, tanto en el mercado laboral como en las principales ciudades del mundo y la región. Sin embargo, y a pesar de manifestarse con diferentes rasgos y características según el escenario donde se encuentre, son identificables algunos aspectos que evidencian su presencia como una problemática político y social. Práctica que goza de larga data, al menos en América Latina (Barbosa, 2010; Veleda, 2001; Salazar, 1985), subsiste a pesar de los esfuerzos desplegados en su reubicación, desplazamiento y erradicación. Asociado a la marginalidad y la subsistencia (Lomnitz, 1991); o a la delincuencia y la inseguridad ciudadana (CNC, 2017; 2015) e incluso, aunque desde diferentes perspectivas, al emprendimiento de los sectores de menos recursos (Coraggio, 1993; De Soto, 1986), se presenta como una práctica que lejos de desaparecer, muta y se adapta a las distintas condiciones en que toma lugar.

La centralidad del comercio ambulante o el empleo informal urbano respecto al empleo formal no es menor. A partir de la década del 60', y a nivel internacional, se posicionó como un tema de interés público desde el cual se orientó la elaboración de políticas públicas y de prestación de seguridad social. A pesar de ello las complicaciones para abordar esta realidad han estado presentes sobre todo en relación a su ilegalidad o su carácter marginal o informal (OIT, 2013a) y por ello, a su desconocimiento acabado. También se le ha catalogado como economía subterránea (Tokman, 2001b).

En otra arista se han desarrollado perspectivas que buscando superar la lectura centrada en el dualismo estructural respecto a la informalidad, han puesto el acento en la transformación urbana, la ocupación de los espacios públicos, y el crecimiento, desarrollo y conflicto de las principales ciudades en América Latina (cfr. Sanchez, 2012). En esta línea ha sido reconocida la estrecha relación del comercio ambulante y la ciudad, siendo las calles un espacio importante para el trabajo informal en América Latina por vastos períodos de tiempo (Martuccelli, 2010), donde el trabajo en la calle ha corrido en paralelo a la concreción del

empleo formal y de la constitución de las principales ciudades de la región (Salazar, 1985, Barbosa, 2010).

Subrayando los aportes históricos sobre el comercio en las calles y la importancia que ha tenido en tanto dinámica urbana, este trabajo pretende contribuir en la comprensión de un fenómeno social, complejo y profuso, que si bien enmarcado en una preocupación constante respecto a su densidad en el mercado laboral no puede desatenderse la importante incidencia que tiene sobre el espacio urbano, en su dimensión político y social. Siendo reconocida la compleja imbricación entre el empleo y sector formal e informal (Portes & Haller, 2004), dicotomía a la que no puede reducirse el comercio ambulante, este trabajo, en línea con una lectura vinculante del espacio urbano, busca explorar y conocer sus condiciones de realización, sus factores de permanencia así como la propia experiencia de comerciantes ambulantes.

1.3 Pregunta de investigación

De acuerdo a lo anterior, cabe preguntarse, ¿cuál es la relación que existe entre el comercio ambulante informal y la disposición de la ciudad y el espacio urbano?, ¿de qué manera se expresa esta relación en el trabajo de los comerciantes ambulantes o cómo está articulada? ¿Qué lugar le corresponde al espacio urbano sobre la práctica de los trabajadores informales urbanos?. En definitiva, ¿cuál es la experiencia de los comerciantes ambulantes de acuerdo a su condición de informalidad laboral y en relación a los aspectos normativos del espacio urbano?

2 Objetivos

2.1 Objetivo General

Conocer y caracterizar la experiencia de comerciantes ambulantes, de la comuna de Santiago, de acuerdo a su condición de informalidad laboral y en relación a los aspectos normativos del espacio urbano.

2.2 Objetivos específicos

- i. Describir e identificar el marco jurídico y normativo en que se inserta el comercio ambulante como práctica laboral informal, de acuerdo a su condición de trabajo por cuenta propia informal y en relación a la disposición legal del espacio urbano.
- ii. Caracterizar el espacio urbano en que los comerciantes ambulantes llevan a cabo su actividad identificando, a su vez, actores, interacciones y/o principales relaciones vivenciadas en torno a la venta en la calle.
- iii. Identificar los recursos, materiales e intangibles, de los que se valen los comerciantes ambulantes para llevar a cabo su trabajo por cuenta propia al margen de permisos legales para la ocupación del espacio urbano.

2.3 Hipótesis o supuestos de investigación

- i. Dentro de la informalidad laboral de los comerciantes ambulantes existen grados disímiles que inciden en dicha opción laboral. Hay quienes no tienen más recurso por sus condiciones socioeconómicas mientras puede ser una opción de desarrollo laboral cuentapropista para otros.
- ii. El trabajo realizado por los comerciantes ambulantes tienen especial incidencia en la conformación de la experiencia del espacio urbano por el lugar que ocupan, espacial y temporalmente, en la ciudad. Se presupone una relación confrontacional con los agentes reguladores del espacio, policía y fiscalizadores municipales; y estrechos vínculos entre comerciantes.
- iii. Los comerciantes ambulantes se dotan de recursos y herramientas propios que les permiten hacer frente a un trabajo informal y dispuesto en la calle. Desde la logística del trabajo y su realización hasta las cualidades propias de cada comerciantes para poder vender sus productos y mercancías en la calle.

3 Antecedentes

3.1 Informalidad laboral

El Trabajo Informal Urbano le debe su nombre al abordaje que lo posicionó como un tema de interés público a partir de la década del 60' del siglo pasado. A partir de entonces se consideró una práctica laboral informal, al margen de las normativas del trabajo, y como refugio de aquellas personas incapaces de insertarse en la economía formal de la industria o la moderna empresa capitalista (OIT, 2013a). Por ello el abordaje ha estado desde sus inicios confinado a la superación de la actividad y a la implementación de medidas para lograrlo más allá de dilucidar las razones de su persistencia y proliferación (cfr. Sánchez, 2012). La persecución del comercio ambulante informal, o comercio callejero, ha sido la tónica en la historia del país (cfr. Muñoz, 2013; Salazar, 2003) siendo leído bajo marcos normativos de exclusión y marginalidad, tanto laboral como social, vinculado a condiciones de pobreza en sus inicios, para llegar a conferirle en la actualidad y en relación al espacio urbano, una impronta relevante en cuanto inseguridad ciudadana y delincuencia (CNC, 2017; 2015).

El comercio ambulante, o el sector informal urbano, fue el precursor de todo un desarrollo teórico y un abordaje político donde fueron incorporándose, sin embargo, clasificaciones más complejas y diversificadas a lo largo del tiempo (OIT, 2013a). La Oficina Internacional del Trabajo (OIT) siendo el principal organismo enfocado en la formalización del trabajo y la adopción de estándares que garanticen el trabajo decente, ha proyectado una serie de guías para los países miembros con el fin que adopten políticas correspondientes para hacer frente a dichas problemáticas, como ha sido el caso de Chile (Andrade & Galvez, 2015; CNC, 2015).

El debate conceptual en torno a la informalidad tuvo al comercio en las calles como su más visible y principal expresión, aún reconociendo que el empleo informal ha sido y sigue siendo una forma recurrente del empleo en América Latina (Tokman, 2001a). La creciente migración campo-ciudad de la época aumentó considerablemente la población de las principales ciudades de la región no dando a basto la oferta formal de empleo, ante esto el trabajo informal urbano acogió gran parte de la mano de obra con baja o nula cualificación,

o aquella incapaz de insertarse en la economía formal y a pesar de ser considerado una práctica transitoria y en paralelo a la integración en la ciudad, prosperó como una práctica independiente para amplios sectores de la población (Mezzera, 1993).

La perspectiva modernista y de integración de las unidades económicas excluidas del empleo formal, entendieron el trabajo informal y particularmente el comercio ambulante, como una práctica que debía ser o bien superada y absorbida por el sector formal o asistida por medio de programas de capacitación y crédito para la inserción y el desarrollo de una “ciudadanía económica” (Tokman, 2001b: 26). Esta política se sostuvo en la delimitación de dos sectores dentro de la economía informal. Un sector funcional, que con asesoría técnica y administrativa fuera capaz de convertirse en pequeña empresa y por ello susceptible de integrarse al proceso general de crecimiento económico y modernización, elevando los niveles de productividad e ingreso de las personas empleadas; y otro, donde quedaban rezagadas aquellas unidades económicas caracterizadas por su intensiva fuerza de trabajo, generalmente de subsistencia y amparadas en la organización familiar. Sector tendiente a la desaparición, aunque a largo plazo, por la absorción del mercado formal de empleo (Mezzera, 1993).

A partir de entonces, se trató de prácticas laborales excluidas de la industria y la moderna empresa capitalista y de los aparatos tradicionales del Estado, resultando una masa de trabajadores a quienes, casi siempre de manera ineficiente, estuvieron orientadas políticas sociales y económicas para lograr su modernización (OIT-PREALC, 1978). Para las décadas del 70’ y 80’, el sector informal urbano estuvo estrechamente relacionado a condiciones de pobreza y marginalidad, asociado a coerciones externas que obligaban a las personas a emplearse de esa forma en detrimento de una opción personal (OIT-PREALC, 1988).

3.2 Comercio ambulante como problema de estudio.

Si bien los estudios han centrado principalmente su atención desde una mirada normativa respecto al mercado laboral formal e informal (OIT-PREALC, 1988; Mezzera, 1993; Andrade & Gálvez, 2015); otros lo han hecho en relación al uso y disposición del espacio público (CNC, 2015; Garcés, 2014; Dominguez, 1992); y en esta línea, casos más específicos se han centrado en las formas en que ha sido negociado políticamente por los actores

involucrados (Barbosa, 2010; Silva, 2007, 2010; Jaramillo, 2007). Mas este no es el caso de Chile, donde ha sido atendido de manera parcelada y poco sistemática, exceptuando los recientes Informes de la Cámara Nacional de Comercio (2015; 2017), donde se estudia el comercio ambulante ilegal y sus implicancias en la seguridad ciudadana o los recientes informes de informalidad laboral propuestos por el Instituto Nacional de Estadísticas (2017).

Aun cuando ha sido reconocida la diversificación del comercio en las calles, institucionalmente sigue siendo leído bajo el prisma y la orientación de la OIT (Andrade & Gálvez, 2015). Sobre la inexistencia de un marco normativo regional, el comercio en las calles es tratado de manera local y arbitraria, quedando a disposición de organismos municipales para el caso chileno, tanto su concepción como tratamiento. Existen países donde es reconocido y se buscan soluciones para su emplazamiento, como Colombia, (OIT, 2013a), otros, como el caso mexicano, en que ha logrado constituirse como un actor político clave en lo que respecta al uso de la ciudad (Silva, 2006); así como otros en que es considerado ilegal y, por ello, perseguido y criminalizado, como el caso chileno (Garces, 2014). Las políticas adoptadas en América Latina en torno al comercio ambulante han variado entre ignorarlo, perseguirlo o blanquearlo, vale decir, incentivando su erradicación o facilitando los conductos de regularización (Tokman, 2001b: 30).

A pesar de cobrar mayor relevancia a partir de la década del 70', vinculado al debate en torno a la informalidad, el comercio ambulante sin embargo no puede ser entendido a partir de esta particular distinción. Por el contrario, trata de una práctica que precede a lo que se conoce como formalidad laboral y que ha estado presente en diversos contextos en que el empleo formal no ha sido suficiente o ha sido simplemente una opción inviable para algunos sectores de la población (Muñoz, 2013); también en este sentido ha sido reconocida como una actividad en directa relación con la constitución de las principales urbes (OIT, 2013a: 170; Tokman, 2001a). En la historia del país y la región ha sido un mecanismo recurrente de sobrevivencia de los sectores populares, y por ello una práctica de disputa y discordia con las clases dominantes sobre los usos legítimos del espacio urbano (Goicovich, 2006). A la expansión y consolidación material y planificada de la ciudad a mediados de siglo XIX, se le aparejó una extensión sin precedentes marcada por la presencia de amplios sectores que, no

viendo más salida, se abocaron de lleno al trabajo en la calle para procurar su subsistencia (Muñoz, 2013; Barbosa, 2010; Salazar, 1985).

3.2.1 México, un caso ejemplar

Tomando en consideración el abordaje normativo que ha tenido el comercio ambulante, han ido desarrollándose perspectivas de análisis que integran factores relacionados con la transformación urbana y el espacio público (Silva, 2010) o el crecimiento y el conflicto de las ciudades (cfr. Sánchez, 2012). El caso mexicano es ilustrativo en tanto que el comercio callejero se ha instituido como un actor de peso en la organización de la ciudad y el mercado de trabajo (Barbosa, 2010). De manera similar al proceso chileno, también a mediados de s. XIX, el comercio ambulante fue la cara visible de un asentamiento desregulado como consecuencia de importantes flujos migratorios, principalmente campo-ciudad, enfrentado a un escaso mercado laboral moderno, lo que se presentó como una antítesis al modelo de progreso y desarrollo de los incipientes estados nacionales (Salazar, 1985; Muñoz, 2013). En esta línea se reveló, sin embargo, la capacidad que tuvieron los sectores populares para procurarse el sustento haciendo frente a condiciones estructurales adversas (Barbosa, 2010). Lomnitz (1991: 22), para la década del 80' en México ha discutido esta dimensión, preguntándose cómo sobreviven los marginados, entendiendo la marginalidad como la desvinculación con el sistema de producción urbano-industrial, siendo las redes de apoyo e intercambio la estructura social que posibilitaría la subsistencia de los sectores de menos recursos.

La temprana institucionalización e incorporación del comercio callejero en la agenda pública ha dibujado una historia particular en México, donde las negociaciones, cooptaciones o persecución del comercio no establecido ha dirimido, incluso, carreras presidenciales. En este sentido se ha visto en la discusión institucional un traspaso de una visión higienista en sus comienzos a una de preservación del patrimonio histórico (Silva, 2010: 199). Además, por otro lado, se han desarrollado perspectivas más subjetivistas en relación a la ocupación del espacio urbano de acuerdo a las representaciones que logra su uso y apropiación (Jaramillo, 2007), en relación a su construcción simbólica (Reyes, 1992), o de acuerdo a las relaciones jerárquicas que logra la propia organización de los comerciantes y su relación con el estado (Pereira, 2015).

3.3 Trabajo por cuenta propia

Otro antecedente que permitiría comprender la dimensión y naturaleza del comercio ambulantes es el trabajo por cuenta propia. Siendo trabajadores independientes podrían ser considerados según su relación contractual en el mercado de trabajo. Según la Clasificación Internacional de la Situación en el Empleo (CISE, 1993) las personas son agrupadas con arreglo a su situación en la actividad productiva, así, es posible agrupar a los trabajadores en dos categorías amplias y heterogéneas: como trabajadores asalariados o independientes; reconociendo en éstos últimos a empleadores y trabajadores por cuenta propia (Jiménez J., 2015).

De acuerdo a los principales métodos de recopilación de información laboral en Chile, como la Encuesta CASEN o la Nueva Encuesta Nacional de Empleo (ENE), el trabajo por cuenta propia no está diferenciado según las condiciones de formalidad o informalidad ni especifica cuáles son las actividades que constituyen dicha categoría. De acuerdo a la Encuesta de Caracterización Socioeconómica, CASEN, los trabajadores son auto-clasificados en las categorías de respuesta de la encuesta. Para el caso de los Trabajadores por cuenta Propia, la encuesta separa a los Empleadores de las personas que son encargadas de la totalidad de las decisiones que afectan a la empresa pero que no tienen trabajadores a su cargo (Ministerio Desarrollo Social, 2016), categoría donde estarían contemplados los comerciantes ambulantes por cierto.

La categoría de Trabajador por cuenta propia, que excluye a los empleadores, alcanza para el período 2010-2015 un promedio del 20,44% del total de los ocupados a nivel nacional (INE, 2017), siendo ésta una cifra extensiva para las dos últimas décadas, donde ha fluctuado de manera constante entre el 20 y 25% de la Población Económicamente Activa del país (Jiménez J., 2015). Considerar este elemento al menos permite avizorar la dimensión que podría tener el trabajo por cuenta propia, sin embargo, no alcanza a dar cuenta de la realidad aún más específica del comercio ambulante. El sesgo propio que tiene dicha herramienta de medición no permite constatar la magnitud que ocupa el comercio ambulante como trabajo por cuenta propia, además que no diferenciar entre actividades formales e informales. Es por esto que, para el caso chileno, más vale considerar el comercio ambulante desde la informalidad e ilegalidad, donde ha cobrado mayor interés.

3.4 Comercio ambulante en la comuna de Santiago

Este tratamiento ha tenido su correlato en los enfoques asumidos para tratar el sector informal urbano en la actualidad. Se ha privilegiado una política de persecución sin responder a las condiciones que hicieron y hacen posible su proliferación y extensión en las principales calles de la ciudad (Sánchez, 2012). Los municipios, como principales regentes de la administración del espacio público en cooperación con Carabineros de Chile, iniciaron desde la década de los ochentas una persecución sistemática del sector sin lograr escatimar en su extensión (PREALC, 1988). Con todo, y a pesar de ello, este abordaje hizo posible poner en el tapete un problema que las más de las veces ha sido ignorado u ocultado.

Las ordenanzas que regulan el uso de los bienes nacionales de uso público están a cargo de las municipalidades quienes reglamentan las actividades realizadas en dicho espacio. Las atribuciones de la Municipalidad de Santiago, en particular, están enfocadas en apoyar y fomentar la seguridad ciudadana (CNC, 2015), donde se han abocado esfuerzos sustantivos en su regulación. Concretamente en relación al comercio en las calles y la disposición de las mismas como espacios comunes, la ordenanza de la Municipalidad de Santiago expresa:

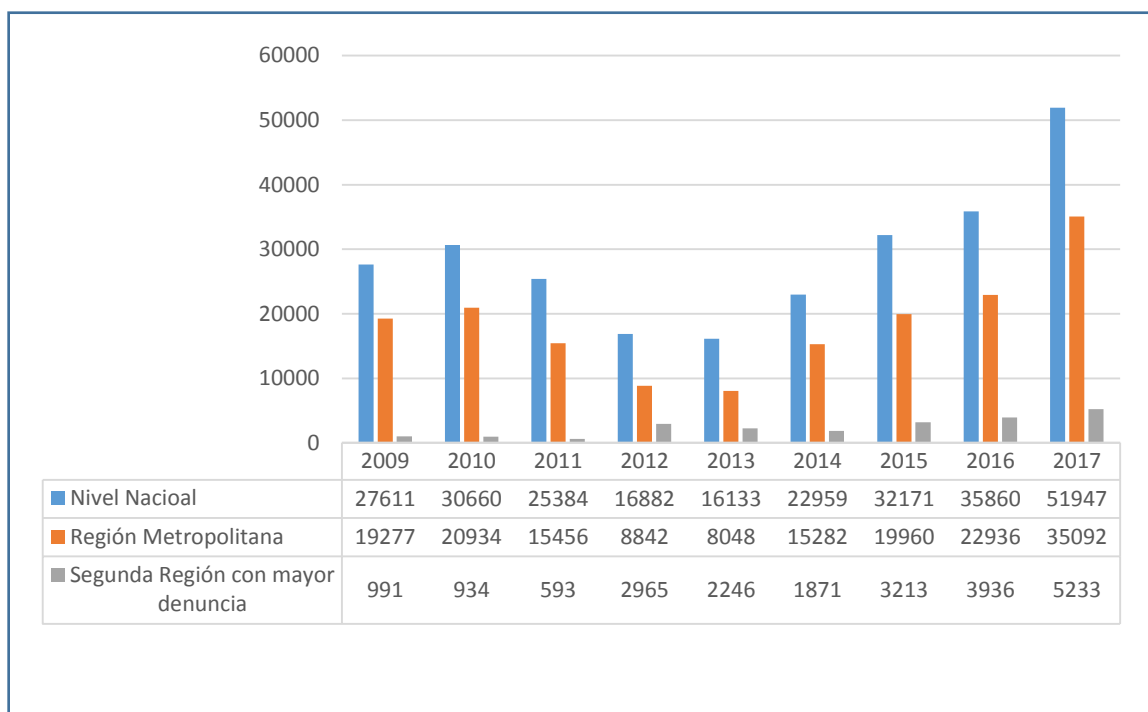
Todo aquel que, como consecuencia del ejercicio de actividades comerciales no autorizadas en Bienes Nacionales de Uso Público, altere, perturbe, dificulte, obstaculice o impida, en cualquier forma, el libre tránsito vehicular o peatonal en esta clase de bienes, sea promocionando, ofertando, comprando, vendiendo, gestionando o realizando cualquier otra transacción de mercaderías o productos a través de estas actividades, será sancionado con una multa de una a tres UTM” (Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, 2009).

En este sentido, cabe destacar, las cifras más concretas y certeras sobre el comercio ambulante no autorizado, como tal, son manejadas por Carabineros de Chile, de acuerdo al número de denuncias y aprehensiones asociadas al comercio ilícito. Es preciso agregar que

el ‘comercio ambulante no autorizado’ es una categoría desagregada en los informes de la institución, de donde depende básicamente su información estadística¹.

De acuerdo al número de denuncias y aprehensiones asociadas al comercio ilícito se aprecia en el Gráfico N°1 un incremento sostenido desde 2013, según cifras públicas de Carabineros de Chile (2018), donde ha habido un incremento del 436% en los últimos 5 años en la Región Metropolitana.

Gráfico n°1. Cantidad de denuncias y aprehensiones por Comercio ambulantes sin permiso municipal 2009-2017.



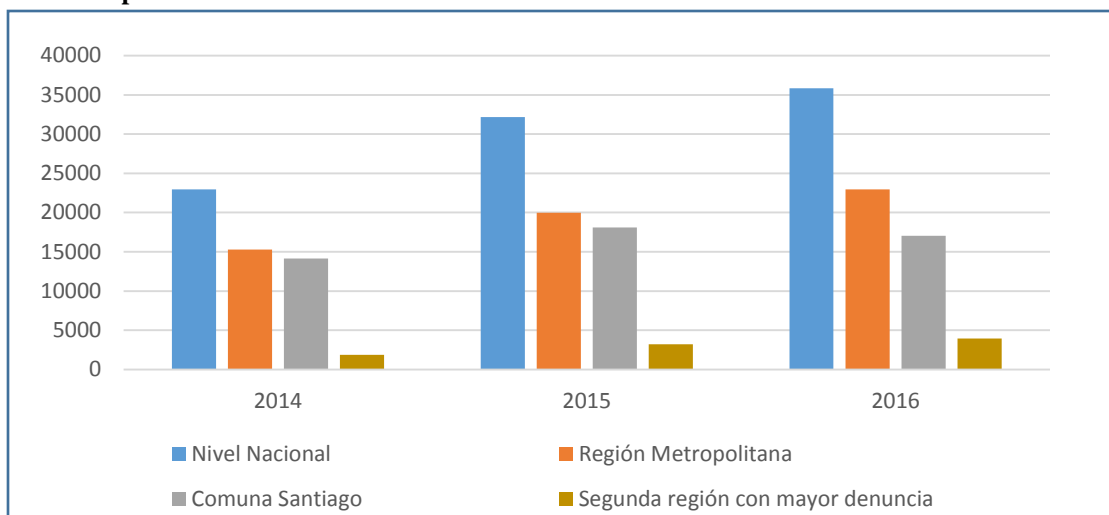
Fuente: elaborado a partir de datos de Carabineros en Cifras (Carabineros de Chile, 2018).

Cuando las cifras concentradas en la Región Metropolitana rondan en promedio el 62% de las denuncias y aprehensiones nacionales, éstas desglosadas por comunas, para los años 2014, 2015 y 2016 (gráfico N°2), arrojan, respectivamente, un 98.94, un 90.62 y un 74.34% tan solo para la comuna de Santiago. Es decir, que en promedio, el 55.11% de las denuncias

¹ Incluso los Informes de la Cámara Nacional de Comercio, que recientemente ha realizado sobre el Comercio Ambulante Ilegal en la Región Metropolitana (5 comunas) (2015), y otro, que abarca 5 regiones distintas del país (2017), se basan en las cifras entregadas por Carabineros de acuerdo al número de denuncias y aprehensiones.

nacionales corresponden solamente a la comuna de Santiago en los tres años aludidos (AUPOL, 2016).

Gráfico n°2. Cantidad de denuncias y aprehensiones por Comercio ambulantes sin permiso municipal 2014-2016.



Fuente: elaborado a partir de Carabineros en Cifras (Carabineros de Chile, 2018).

Las cifras podrían resultar ilustrativas de la magnitud y concentración del comercio ambulante en la comuna de Santiago, sin embargo, debe considerarse que son provistas de acuerdo a sus denuncias y aprehensiones, lo que podría estar condicionado por la persecución más o menos asidua de la que ha sido foco el comercio ambulante en el centro de Santiago².

3.5 Estudio Cámara Nacional de Comercio

En relación a la poca información que se tiene, en 2015, la Cámara Nacional de Comercio realizó el “Estudio del Comercio Ambulante no Autorizado en Santiago y sus implicancias en la Seguridad Ciudadana”; replicado en 2017 en otras cinco regiones del país. Corresponde a una investigación, la primera a nivel gubernamental sobre la materia, financiada por la Subsecretaría de Prevención del Delito, a través del Fondo Nacional de Seguridad Pública y que tuvo por objetivo general “dimensionar el fenómeno del comercio ambulante no

² Así lo han retratado algunos medios de comunicación (Municipalidad de Santiago, 2018; Diario El Desconcierto, 2017; Diario El Dínamo, 2017).

autorizado en 6 zonas urbanas del Gran Santiago, para posteriormente elaborar criterios orientados para la generación de políticas públicas que aborden esta problemática” (CNC, 2015: 4) siendo dichas zonas, “el Casco Histórico de Santiago, Estación Central/Terminal de buses, Barrio Meiggs, Providencia, polo comercial San Bernardo y Centro de la Florida”. En 2017 se replicó en las comunas de Antofagasta, Valparaíso/Viña del Mar (como macro comuna), Concepción, Temuco y Puerto Montt (CNC, 2017).

Para el caso de Santiago el Estudio arroja que un 41% de los vendedores entrevistados posee un nivel educacional de enseñanza media o más, con 12% de educación superior. También que para un 64% de los vendedores el comercio ambulante es la principal actividad laboral y, en la misma línea, que el 44% tiene un familiar directo dedicado al comercio ambulante (CNC, 2015). Esto hace permite concluir al estudio que el comercio informal en las calles está más vinculado a una opción laboral que a una consecuencia por bajos niveles de escolaridad o vulnerabilidad social, como se ha postulado recurrentemente. Sumado a ello, la constancia y dedicación en el trabajo, hacen suponer cierta profesionalización de los vendedores, siendo los horarios y remuneraciones similares o superiores a los de un trabajador chileno promedio (CNC, 2017).

Por otro lado son reconocidos los niveles de legitimidad que inviste el comercio ambulante a ojos de sus compradores. En ambos casos, existe un desacuerdo superior al 60% con la norma hipotética de eliminación del comercio ambulante, sobre el fundamento que “todos tienen derecho a trabajar”, viéndose así un proceso de solidarización con los comerciantes desde los compradores (CNC, 2017). Incluso locatarios del comercio establecido arguyen sobre el derecho al trabajo de los comerciantes (24%), seguidos por quienes dicen que se ven perjudicados por su presencia (19%), y quienes dicen atrae la delincuencia (17%). Respecto a climas de inseguridad en general vendedores, compradores y locatarios dicen habitar lugares poco o medianamente peligrosos.

3.6 Enfoque del estudio

Si bien la perspectiva modernista amparada en la dualidad formalidad/informalidad ha posicionado y postula las condiciones mínimas para la concreción del trabajo decente, al estar centrada en la erradicación de la informalidad laboral desestima las razones que hacen que el

trabajo en las calles siga siendo una oportunidad laboral para muchos. La adopción de dicho enfoque centra los esfuerzos en la elaboración de políticas que tiendan al declive de la actividad informal bajo el supuesto que quienes se autoemplean en el comercio informal lo hacen principalmente por carencias económicas, o bien aducen su ligazón con la marginalidad social y por ende como una situación susceptible de superar. Las medidas quedan en manos de los países miembros yendo desde el reconocimiento de la actividad laboral y de la ocupación de los espacios urbanos, hasta la discriminación y la persecución por considerarse una actividad ilegal, como el caso de Chile.

Por otro lado, desde la perspectiva del trabajo por cuenta propia, la realidad no puede ser comprendida en su totalidad. Las dificultades de acceso como de medición del sector cuentapropista informal no posibilitan dimensionar su extensión ni conocer una realidad que incluso ha sido denominada “economía subterránea”. Las dificultades para identificar y tipificar las diversas actividades que componen la esfera, aparejada a la ilegalidad de algunas actividades, imposibilita un acercamiento clarificador sobre el fenómeno de estudio.

En lo que respecta al Estudio de la Cámara Nacional de Comercio, entrega información importante relativa sobre el tratamiento y la relación que tiene el comercio ambulante en relación a los demás actores involucrados en su permanencia y restricción. El gobierno municipal, de quien dependen las respectivas ordenanzas, así como locatarios, compradores y vendedores ambulantes, son integrados en una red compleja que describiría la relación comercial en los Bienes Nacionales de Uso Público. Si bien sus resultados no llegan a ser expresión manifiesta de los preocupantes climas de inseguridad ciudadana relativos al comercio informal, no discute el tratamiento gubernamental que ha tenido y sigue teniendo el comercio ambulante. Al respecto, que las principales cifras sean otorgadas por Carabineros de acuerdo a las denuncias y aprehensiones evidencia el tratamiento que tiene en la actualidad y en particular en la comuna de Santiago.

Considerando estos antecedentes, el presente trabajo busca esclarecer y enfatizar en las razones que sustentan la permanencia de los comerciantes a pesar de los esfuerzos sistemáticos para su desplazamiento y erradicación. Yendo más allá de la lectura normativa anclada en la condición de formalidad, propone una lectura a partir de su propia experiencia

en tanto trabajadores por cuenta propia y como habitantes del espacio urbano. Esta perspectiva, además de ampliar el acercamiento, permitiría vislumbrar la naturaleza de las relaciones que caracterizan el espacio urbano en torno al comercio en las calles, en particular, de la relación entre vendedores y compradores, con la policía y entre los mismo comerciantes. Considerando los antecedentes entregados por el reciente Estudio sobre el Comercio Ambulante no Autorizado (CNC, 2015) busca mostrar las condiciones y motivaciones que sustenta aún el comercio ambulante, esto es, ahondar en la naturaleza de su legitimación social así como en la identificación de los principales hitos relacionales con la reglamentación municipal y los actores que rigen el espacio urbano. Por último, y en línea con lo anterior, pretende identificar aquellas aptitudes o habilidades propias de quienes mantienen un trabajo informal y por cuenta propia, sobre el supuesto de requerimientos especiales para llevarlo a cabo.

El presente trabajo de carácter exploratorio se sostiene a partir de tres aristas fundamentales presentadas en lo que sigue como marco teórico. Primero, una que discute la noción de informalidad laboral y sus limitantes para dar cuenta del problema de estudio, donde se recogen las principales discusiones así como las adopciones tomadas en la reglamentación local. En segundo lugar, y revelando el carácter cuentapropista del trabajo callejero, una dimensión centrada en el trabajo del individuo y su capacidad de agencia, esto enmarcado en los procesos actuales de individuación y singularización de las trayectorias individuales de los actores. En último término, un apartado que presenta la dimensión espacial centrada en la práctica habitante del espacio urbano, donde es posible diferenciar de su planificación y administración políticamente centralizada, los usos disímiles y heterógenos de sus transeúntes; lugar de control y conflicto, encuentro y sociabilidades que dan cuerpo a la propia vida urbana.

4 Marco teórico

4.1 Informalidad laboral

4.1.1 Enfoque OIT-PREALC

El concepto de informalidad fue acuñado por Hart en un estudio en Kenia en el año 1972 para caracterizar y diferenciar las unidades productivas por cuenta propia de las asalariadas (Silva: 2006: 18). La Oficina Internacional del Trabajo (OIT), para la década del 70, adopta esta definición para sostener la existencia del sector informal en base a actividades, en los países periféricos, que funcionan al margen del sector formal. Más tarde, junto con el Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC-OIT), realiza algunos análisis al sector informal tomando elementos de la Teoría de la Dependencia y el sistema centro-periferia de donde se aducen la coexistencia de tres sectores diferentes, uno moderno, otro tradicional rural y uno informal, siendo los dos últimos rezagados respecto al primero (Díaz Andrade & Gálvez Pérez, 2015). El contexto propiciado por las migraciones campo-ciudad, propio de mediados del siglo XX, crea las condiciones de desequilibrio entre la oferta de mano de obra carente de desarrollo económico y calificaciones y el desarrollo económico formal moderno (OIT, 2013a). Así, el sector informal sería producto de una lógica de sobrevivencia, “resultado de la presión del excedente de mano de obra por empleo, cuando los buenos empleos, generalmente en los sectores modernos, son insuficientes” (Tokman, 2001a: 22). Lo característico de estos primeros acercamientos tratan sobre un proceso pendiente de modernización en los países periféricos, así como de los empleos informales, donde los esfuerzos de los organismos internacionales descritos se centrarán en crear las condiciones necesarias para modernizar, formalizar y legalizar las formas de trabajo que están excluidas de la oferta de puestos de trabajo del sector moderno.

Siguiendo esta línea, sin embargo, el PREALC reconoce que los esfuerzos de la alianza internacional en torno a la modernización del subempleo en la región deben centrarse básicamente en aquel sector funcional de la economía informal, esto es, aquellas unidades productivas que sean plausibles de integrarse, mediante la adjudicación de créditos y apoyo insitucional, al sector económico. Por su parte, aquellas unidades productivas vinculadas a una práctica de supervivencia, con alta intensidad del trabajo y una relación capital-trabajo

deficiente deberían estar, más bien, propensas a la desaparición por la absorción del mercado laboral formal (Mezzera, 1993; PREALC, 1978).

Sin embargo, el proceso de modernización no necesariamente estaba ligado con un incremento sostenido de empleo en las principales ciudades como contracara de la migración y el crecimiento urbano, sino con el desarrollo de actividades por cuenta propia de escasa productividad y bajo nivel de ingresos (Silva, 2006). Así, el concepto de informalidad fue utilizado para hacer referencia a las empresas familiares, vendedores ambulantes y empleadas domésticas mostrando las dificultades para definir la unidad de análisis (OIT, 2013a), sin dejar de mencionar que más adelante se integrarían a esta categoría unidades productivas vinculadas al sector formal.

El enfoque de la OIT-PREALC por estar basado en el proceso modernizador de la economía o, como lo definen actualmente, en su grado de formalización del sector informal confiere al Estado un papel preponderante. Centrando su atención en la orientación de políticas públicas que hagan frente a la informalidad del trabajo, tanto del trabajo por cuenta propia como del sector asalariado desregulado, abogan por nuevos estándares de calidad y procesos de fiscalización que garanticen el trabajo decente (OIT, 2013a). En particular para el caso de atención de las unidades productivas prósperas en los principales círculos económicos, los procesos de ayuda para la incorporación plena a la formalidad van desde el fomento al desarrollo productivo de las microempresas, facilitando el acceso a los mercados y a los recursos productivos; el desarrollo de políticas y perspectivas de bienestar social que generen una interacción positiva con el desarrollo productivo de los pobres y, otra que dice relación con el marco regulatorio institucional, que busca suplir sus imperfecciones haciendo frente a las especificidades del sector informal (Tokman, 2001a).

4.1.2 Enfoque estructuralista

Atendiendo al desarrollo que ha sostenido el sector informal a fines de la década del noventa, no es posible delimitar la diferencia por oposición entre el sector formal e informal propuesto por la OIT-PREALC. Predominan las “áreas grises” que dan cuenta de procesos de funcionamiento matizados entre la ilegalidad absoluta y la legalidad plena, es decir, actividades informales que funcionan dentro de marcos regulados o, responden a ciertas regulaciones donde es posible evidenciar prácticas informales (Tokman, 2001a). Al respecto,

los procesos de globalización, la liberalización de los mercados a nivel mundial y la reorganización de la fuerza de trabajo en la economía global extendieron el campo donde se inscribiría el empleo informal (Silva, 2006). Este nuevo escenario propicia la proliferación de actividades informales en el plano legal por una disminución de la intervención del Estado y los entes reguladores (Díaz, Godoy, & Stecher, 2005). De aquí comienzan a replantearse las delimitaciones que tendría la informalidad en el plano laboral, donde ya no se trata tanto de una condición estructural aparejado al desarrollo productivo dualista de los países céntricos y periféricos sino que abarcaría más bien un proceso general de la economía capitalista (OIT, 2013a) y su reestructuración a partir de los noventa (Portes & Haller, 2004).

Los procesos de flexibilización laboral y la globalización producen mayores niveles de informalidad, lo que tendría repercusiones en la organización sindical y las regulaciones del Estado en materia laboral (Silva, 2006). La crítica sustancial de este enfoque en relación al de la OIT-PREALC es que la disminución de la informalidad no estaría directamente relacionada con la insuficiencia del empleo formal moderno; se trataría más bien de un proceso procíclico entre el crecimiento del sector formal y el informal, donde se presentan relaciones complejas de copresencia, lo que reafirmaría la tesis de una interrelación estrecha entre ambos sectores más que de exclusión o dependencia. En este sentido para Portes y Haller “las actividades informales quedarían siempre definidas como aquellas que se producen fuera del ámbito de la regulación del Estado” (2004: 12-13), es decir, que la centralidad de la definición está condicionada por la regulación estatal, yendo más allá de los niveles de productividad o de la relación capital-trabajo, caracterizando la informalidad más como un proceso que como un fenómeno específico y propio de los países periféricos.

4.1.3 Enfoque empresarial. Hart y De Soto

En una tercera perspectiva el énfasis recae directamente en la acción que tienen las personas que ejercen el trabajo informal. Siguiendo los postulados de De Soto (1986) en su libro *El otro Sendero*, se ve una acentuación en la actividad de los trabajadores informales y una crítica a las trabas legalistas por parte del Estado que obligan a las personas a desenvolverse en el trabajo informal. Las actividades informales se consideran como signo de un dinamismo empresarial popular, descrito por Hart (1990: 158, citado en, Portes & Haller, 2004) “como una instancia en que la gente retoma en sus propias manos parte del poder económico que

trataron de negarle los agentes centralizados”. Para ambos autores, y en especial para De Soto, el origen de la informalidad estaría dado por el espíritu emprendedor de los informales y por el espacio que da el Estado en cuanto al margen de agencia del sector informal; la informalidad queda definida como la respuesta popular a la rigidez del estado mercantilista en Perú y América Latina los cuales estarían orientados a la participación exclusiva de una pequeña élite. “La informalidad no es tampoco un sector preciso ni estático de la sociedad, sino una zona de penumbra que tiene una larga frontera con el mundo legal y donde los individuos se refugian cuando los costos de cumplir las leyes exceden a sus beneficios” (De Soto, 1986: 12). De acuerdo con el autor, la economía informal sería la expresión de un mercado verdadero, por estar exento de las limitaciones y regulaciones del Estado.

4.1.4 La informalidad y el comercio ambulante en Chile

Para el caso de Chile, la informalidad laboral ha sido un tema relegado y poco atendido sino hasta hace un par de años. Principalmente con fines estadísticos, el Instituto Nacional de Estadísticas ha comenzado desde 2017 un proceso de conceptualización y medición del sector informal (INE, 2017) que, siguiendo estrechamente las recomendaciones de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT) y de acuerdo a los antecedentes recabados de los países de la región, ha adoptado la siguiente definición operativa para el sector informal:

Son todas aquellas unidades económicas de mercado que no cuenten con registro en el Servicio de Impuestos Internos (SII) y tampoco puedan ser clasificadas como cuasi-sociedades, ya que no poseen una contabilidad completa o simplificada que les permita realizar una efectiva separación de sus gastos, por el lado de los Trabajadores por Cuenta Propia o Empleadores” (INE, 2018).

Sin embargo, también están contempladas en esta definición aquellas actividades de que se tiene escasa o nula información. Ésta es la Economía no Observada (ENO), donde están incluidas actividades de comercialización ilícita, así como aquellas legales que no son autodeclaradas por sus informantes, “producción oculta o subterránea”, siendo esta última situación la de aquellas unidades comerciales que buscan evadir impuestos y estar al margen de las regulaciones de las entidades competentes (INE, 2018: 21).

En lo que respecta a la informalidad laboral, ésta definición alude implícitamente al comercio ambulante. Aunque sea catalogada como producción oculta o subterránea logra ser unas de

las actividades más visibles de la informalidad laboral, por lo que la definición alude a un funcionamiento que no puede ser conocido por sus propios instrumentos. La autodeclaración del trabajo por cuenta propia informal no alcanza a dar cuenta de la realidad del comercio ambulante y ni siquiera de contabilizarlo concretamente. A pesar de ello, se adopta en este trabajo la clasificación de informalidad atribuida a la Economía no Observada por ser un punto en que se dirime, al menos, la informalidad respecto a la regularización en el Servicio de Impuestos Internos y los organismos de regulación y fiscalización comercial.

Prosiguiendo con la discusión que ha sido suscitada por el trabajo en las calles a partir de la década del 70' y su consecuente debate en torno a la informalidad laboral, se ve que la adopción de definiciones se alejan un tanto de lo que podría contemplar un trabajo decente (OIT, 2013a). En este sentido, es posible constatar, un límite difuso respecto a una definición de informalidad laboral. Dicha condición varía entre las condiciones laborales de sus trabajadores, la relación contractual que pudieran tener con un posible empleador o la regularización tributaria o comercial de la pequeña empresa. A pesar de ello se adopta en el presente estudio la definición de informalidad atribuida a la Economía no Observada por ser, después de todo, un piso mínimo que dirime entre actividades formales e informales.

4.1.5 Informalidad y trabajo independiente

A pesar que la definición se restringe al ámbito tributario, es preciso considerar las condiciones laborales en que se da el trabajo informal. Ciertamente es que la informalidad confiere un marco en el que las garantías de protección laboral y derechos quedan desestimadas para sus empleados, ya sean los cuenta propistas o los asalariados, sin embargo y en este sentido, lo que importa en el presente trabajo no es la deuda que tiene un empleador desleal para con sus trabajadores sino cómo los autoempleados enfrentan dichas condiciones desprovistos de las seguridades del trabajo formal. Si bien el enfoque está centrado en la dimensión normativa de inclusión o exclusión del sistema tributario, la informalidad implica mucho más que la regularización comercial de la pequeña empresa cuentapropista. Las condiciones laborales así como la propia concreción del trabajo por cuenta propia abre interrogantes en torno a las capacidades y mecanismos desplegados por los trabajadores en su autoempleo, donde interesa reconocer el escenario de pluriactividad en el plano laboral al que están expuestos los individuos en América Latina (Martuccelli, 2010). Estrechamente ligado a este

punto lo que resulta de principal interés no es tanto la propia informalidad tributaria sino también el trabajo que implica el cuentapropismo al margen de dichas regulaciones. Esto es, la manera en cómo se resuelven aquellas condiciones en un escenario donde el trabajo independiente es tanto una tendencia obligada de acuerdo a las condiciones estructurales que orientan las trayectorias laborales de los individuos como una opción frente a la heterogeneidad de dichos trayectos (Araujo & Martuccelli, 2012: 21).

En lo que sigue se aborda el lugar que ocupa el individuo en un escenario desprovisto de garantías estructurales e institucionales caracterizado como segunda modernidad y, centrado en el plano laboral y el papel de la agencia, que discute la capacidad de hacer frente que tienen los individuos y las bases sobre las que sustentan las distintas maneras de hacerlo.

4.2 Sobre el Individuo

4.2.1 Segunda Modernidad

Los cambios estructurales en el mundo del trabajo no pueden ser entendidos al margen de las profundas transformaciones a las que ha asistido la sociedad contemporánea en general en los últimos cincuenta años (Robles, 2000). El peso relativo que se le ha conferido a la esfera del trabajo en la configuración de identidades personales o como proceso estructural de identidades colectivas pierde la centralidad que ocupaba en la sociedad industrial (Díaz, Godoy, & Stecher, 2005). Este proceso, caracterizado por la radicalización, disolución, flexibilización y transformación de las estructuras de la sociedad industrial se inscribe en lo que el debate contemporáneo reconoce como Segunda Modernidad o Modernidad Tardía (Yopo, 2013). En este proceso se reconoce un debilitamiento de la idea que suponía una correspondencia entre la posición que ocupaban los individuos en la sociedad y la forma en que eran producidos como sujetos. En términos generales los conceptos de raza, etnia, género o clase daban cuenta de los perfiles colectivos que orientaban la forma de ser de los individuos en la sociedad en que vivían y se desarrollaban (Martuccelli, 2010); en la Segunda Modernidad estos conceptos pierden peso en la articulación de la vida social y se evidencian nuevos procesos que versan sobre el paso de la configuración de la propia personalidad al individuo y sus competencias (Beck, 2001).

La Segunda Modernidad está estrechamente relacionada con la concepción de un nuevo tipo de individuo compelido a una mayor y más profunda capacidad de reflexión. Enmarcados en un escenario de destradicionalización, los individuos están llamados a hacer frente por sus propios medios a los embates que produce una sociedad cada vez más desarticulada y diferenciada (Beck, 2001). En este sentido, el proceso de individualización, del mismo modo, remite a un enfrentamiento por parte de los individuos de la Segunda Modernidad a los efectos que produjo la primera (Araujo, 2012b).

4.2.2 Individuación

La discusión en torno a una modernidad reflexiva, que reincorpora la pregunta por los individuos en la sociedad, de cierta manera reposiciona el debate clásico de la sociología en torno a la producción teórica que trata sobre los procesos macro que caracterizan a las sociedades modernas. El paso de una modernidad industrial a una segunda modernidad se debe en parte al debilitamiento de las nociones generales que articulaban las relaciones sociales y la posición que ocupaban los individuos en el entramado social. De este modo, la pregunta por la producción de los individuos de los que se vale una sociedad quedaba supeditada a la primacía de los conceptos totalizantes de la sociedad industrial. La producción teórica de comienzos del siglo pasado centró su comprensión en grandes nociones omnipresentes y abarcadoras de la vida social; civilización, historia, sociedad, Estado-nación o clase, las cuales articulaban y daban explicación a la correspondencia o no, entre individuo y estructura. La articulación sistémica de los diferentes niveles de la realidad social estaban confinados a ser entendidos en una correlación directa, entre las organizaciones sociales y las dimensiones subjetivas de los individuos, siendo entendidos así, reduciblemente, como dos caras de una misma moneda (Martuccelli, 2007).

En la extensa tradición sociológica el par individuo-estructura fue un eje articulador de la explicación de diferentes procesos sociales atendidos por el análisis sociológico. La primacía otorgada a la estructura y los procesos macrosociológicos para dar cuenta de la realidad social relegó al individuo al plano de una manifestación inmediata de su posición social. En este escenario lo que primaba más era una lectura acentuada en uno de los dos conceptos que articulan la producción sociológica, lo que permite corroborar, por lo demás, que la existencia del individuo en cuanto tal no es novedosa en lo absoluto. El problema que se hizo recurrente

en dichas teorizaciones, no fue tanto el desajuste entre los teóricos y la propia experiencia de los actores en la vida social, sino que dicha explicación recurría indefectiblemente a distorsiones, mutilaciones analíticas o traducciones forzadas para dar cuenta de dichos procesos (Martuccelli, 2007). La idea sostenida de una correspondencia irrestricta entre la sociedad y el individuo que la encarna, sin embargo, comienza a desestimarse con mayor preponderancia en la segunda mitad del siglo XX, con la constatación de sociedades cada vez más heterogéneas, disímiles, donde la idea de integridad se deshace y donde sus individuos, aun compartiendo rasgos estructurales comunes, evidenciaban diferentes formas de producción de sí (Araujo & Martuccelli, 2010)

La relevancia que ha tomado el individuo como punto liminar de nuestra percepción social y, por ello, de las explicaciones que se den de la vida social, precede de la crisis de la noción de sociedad como recurso analítico. Así como ayer la comprensión de la vida social se orientó a partir de nociones abarcadoras y totalizantes, hoy le corresponde al individuo ocupar ese lugar para dar cuenta de lo social (Araujo & Martuccelli, 2010). De aquí, no se trata de centrar una postura ciega en el actuar individual y situar la experiencia como garante explicativo de lo macro; el movimiento que media entre el actor y el sistema social, la pluralidad y diversidad de la naturaleza específica de la vida social, no se halla en el propio individuo, sino en el intertanto entre individuo-estructura del que los actores son partícipes ilustres. Es en este sentido que la pregunta por el individuo y sus experiencias cobra relevancia, evitando sí recaer en la primacía analítica de la posición social del actor y ubicarlo a él mismo como únicas variables explicativas de lo social (Martuccelli, 2007).

4.2.3 La individuación en Chile

La individuación busca dar cuenta de la manera en cómo son producidos los individuos en una determinada sociedad de acuerdo a sus condicionantes estructurales, sin embargo, acentuando las biografías de sus actores, a fin de establecer una relación entre la historia de la sociedad y la biografía del actor. Lo relevante de esta matriz de análisis “no es saber cómo los individuos se integran a la sociedad, vía socialización o se liberan por medio de la subjetivación, sino de dar cuenta de los procesos históricos y sociales que lo fabrican en función de las diversidades societales” (Martuccelli, 2007: 30).

La expresión más contemporánea de esta matriz de análisis se evidencia en los debates en torno a la Segunda Modernidad y la primacía otorgada a los individuos en la confrontación de sus propias biografías, en el escenario desprovisto de las nociones sistémicas totalizantes de la primera modernidad o modernidad industrial (Martuccelli, 2007). Para Beck (2001) la individualización –una de las formas que adopta la individuación en la sociedad noroccidental (Araujo, 2012b)– está estrechamente relacionada con la Segunda Modernidad porque su rasgo distintivo apela a que, mucho más que en otros tiempos, la biografía debe ser asumida por los propios individuos. Del mismo modo, las insituciones se orientan sobre los individuos y no ya en relación a significados colectivos, del mismo modo los riesgos recaen sobre los individuos que se hacen responsables de sus biografías, sus aciertos y retrocesos. La individualización, como expresión de individuación en los países del Norte, reconoce la existencia de un individuo reflexivo y como producto de un largo proceso donde el Estado de Bienestar y las instituciones sociales fueron garantes de los significados sociales en la vida de los individuos (Yopo, 2013). El desplazamiento de las instituciones rectoras de la vida social se orientan a los individuos a quienes siguen asistiendo; de aquí que se trate de la conformación de un nuevo individualismo institucional (Martuccelli, 2007).

El caso de Chile dista bastante en lo que refiere al proceso modernizador y la constitución de sujetos reflexivos. La realidad vivenciada es totalmente disímil y comporta, para el caso, al Régimen Militar de los años setenta y ochenta como un proceso modernizador profundizado bajo el paradigma neoliberal (Araujo, 2012a). En cuanto a la relación de los individuos con las instituciones la situación es particularmente problemática. Lejos de constituirse en base a ellas o con el apoyo orientado a través de normativas regularmente inscritas, un conjunto significativo de iniciativas individuales tienden a afirmarse por fuera de las instituciones o en contra ellas (Martuccelli, 2010). Las instituciones no logran canalizar los cambios de la vida social en el contexto de una modernización profundizada en el modelo neoliberal; lejos de constituir individuos institucionales como en el caso europeo, para el caso chileno, la individuación queda relegada al trabajo de los propios individuos para asegurar su continuidad en la vida social (Araujo, 2012b). Es lo que Robles (2000) ha denominado una confrontación desregulada en relación a las instituciones que incrementa, de paso, las inseguridades ontológicas de los individuos. Cabe mencionar, el ámbito laboral resulta especialmente significativo en esta dimensión, donde los individuos se ven obligados a

buscar respuestas por sus propios medios frente a las falencias atribuidas, por ejemplo, al mercado de trabajo, haciendo del trabajo temporal o estacional, de la subcontratación y del trabajo clandestino una forma forzosa de subsistencia (Araujo, 2012b).

De aquí que sea preciso considerar la existencia desigual de recursos, materiales y garantías para el despliegue del trabajo centrado en los individuos (Martuccelli, 2010). Si bien por un lado, y en el marco de la Segunda Modernidad, se releva una amplitud del margen de acción de los individuos en la aticulación de su propia biografía (Beck, 2001), lo que le confiere mayores niveles de libertades individuales, también lo deja expuesto a diversas situaciones de riesgo, precarización y vulnerabilidad estructural (Araujo, 2012b). La individuación, de este modo, también supone una forma particular de dominación (Martuccelli, 2007) que sitúa a los individuos no tanto en una posición selectiva como una compelida por los requerimientos estructurales (Robles, 2000).

4.2.4 Individuación y el trabajo del Individuo

En el marco en que se inscribe la sociedad contemporánea de acuerdo a la articulación de la relación entre individuo-estructura o, más bien, en el diálogo entre el actor y el sistema social, cabe considerar el proceso de individuación descrito como una clave de análisis que permite dar cuenta de la especificidad de las sociedades a escala de los individuos (Martuccelli, 2007). Si bien por un lado se reconoce éste como un tránsito ineludible en una sociedad cada vez más diferenciada es preciso constatar que no adopta la misma forma en todas las sociedades contemporáneas, y el trabajo para América Latina es un ejemplo de aquello. Si en los países del Norte el individuo y el afronte de su nueva biografía está asistida por las instituciones, traducida en el mandato “haz de tu vida lo que te parezca”, para el caso de Chile y América Latina el imperativo se traduce como “arreglétela como puedas” (Robles, 2000). Insistir en este punto no es menor en tanto abre una interrogante sobre la forma específica que adopta esta confrontación no asistida y caracterizada por la vulnerabilidad estructural (Araujo, 2012b).

Con el fin de dar cuenta de los procesos cada vez más singularizados de las trayectorias biográficas de los individuos, atendiendo al mismo tiempo la pluralidad de fenómenos que adopta la vida social, centrar la atención en el trabajo desplegado por el propio individuo en la individuación es primordial. Este movimiento, a la vez que permite un acercamiento a la

realidad social a escala del individuo, evita situarlo en una posición psicologizante abordándolo desde los procesos de interiorización o inscripción –como lo ha hecho la socialización (Martuccelli, 2007)-, al mismo tiempo que desplaza la noción de un sujeto autónomo y con capacidad deliberativa, como lo supone la individualización para el caso de los países noroccidentales dejando solo posibilidades de lectura en torno a la insuficiencia y carencia de atributos (Araujo & Martuccelli, 2010; Araujo, 2012b).

4.2.5 Trabajo del Individuo y configuración de sujeto

Considerando la individuación como clave analítica para dar cuenta de los procesos sociales acaecidos en un tiempo histórico concreto a escala de los individuos, resulta necesaria la invocación de dichos individuos en tanto que agentes concretos, situados históricamente y encarnados (Araujo & Martuccelli, 2010). Tomar como punto de partida al individuo, responde a los requerimientos analíticos descritos, al mismo tiempo que considerar los actuales procesos de diferenciación y singularización social como determinantes a la hora de dar cuenta de la vida social de los individuos y la sociedad que conforman. De aquí que se reconozca en ellos un modo específico de hacer sociedad en la actualidad (Martuccelli, 2010). Atendiendo a la especificidad de América Latina y con especial énfasis para el caso chileno, la pregunta por la individuación apunta a abordar al individuo de una forma más asidua y matizada. Para ello, lo que sigue, se centra en la configuración de sujeto como una forma específica de producción de sí, considerando por un lado, las condicionantes estructurales que orientan la acción de los individuos pero, por otro, retomando la noción de experiencia para dar cuenta de aquellos trayectos disímiles que adoptan las biografías de los individuos en la Segunda Modernidad.

Siguiendo los postulados de Araujo (2012a) es preciso reconocer que la inteligencia de la acción social no es nunca resultado de una relación directa entre las determinaciones sociales y el individuo. De lo que se trata más bien, y prestándole particular atención a la agencia del individuo, es de una relación mediada por una representación del sujeto; sujeto que ha de ser entendido como el resultado del trabajo realizado por el individuo en el proceso de individuación. Simplificando: “el trabajo de los individuos para producirse como sujetos está condicionado por lo que le toca a la acción simultánea del ideal y de la experiencia social” (Araujo & Martuccelli, 2010: 88). Es decir, el sujeto no es ni producto de su libre arbitrio en

la vida social ni efecto de lo puramente normativo; es preciso reconocerlo como un trabajo constante e inacabado de configuración. De este modo la configuración de sujeto debe ser entendida como la resultante de un proceso complejo y crucial, de trabajo del individuo, donde confluyen de manera insoslayable tanto los ideales que orientan la acción como la experiencia vivenciada por los individuos en lo social; experiencia que funciona como tope inmanente a la articulación directa entre ideal y acción (Araujo, 2009a; 2009b).

La propuesta de Araujo se resume en la adopción del trípode analítico ideales- experiencia social- configuración de sujeto (2009a: 32), que permite dar cuenta del trabajo realizado por el individuo históricamente encarnado. Reconocer que el Ideal tramita para los sujetos un horizonte de acción en tanto marco de dignificación, reconocimiento, pertenencia y, por tanto, como sostén de la condición misma de sujeto (Araujo, 2009b) no puede ser entendido como regla general para la articulación de la acción social; comprender su actuación requiere de la inscripción de dicho Ideal en el Ideal del Yo, para seguir el planteamiento de Araujo (2009a); lo que explicaría, de paso, la acción siempre desigual del Ideal en su abordaje individual.

4.2.6 El saber sobre lo social

De acuerdo a lo anterior la distancia que existe entre el ideal y la acción está mediada por lo que la experiencia social aporta en el trabajo del individuo, donde las experiencias sociales se integran en tanto insumos para la orientación y acción de los individuos en el mundo social (Araujo, 2009a: 27). Si las experiencias contribuyen a establecer el contexto de posibilidades e imposibilidades desde las cuales el individuo habita lo social, es preciso considerar que no toda experiencia incide de igual manera en la acción de los sujetos, del mismo modo no todo ideal social, ni cada uno de ellos, se inscribe con igual preponderancia en el Ideal del Yo, por estar mediado por lo que la experiencia aporta al trabajo del individuo. La experiencia, por el contrario, significa para el individuo y su trabajo un insumo y un recurso a partir del cual decanta un saber, particular, sobre lo social (Araujo, 2009b: 88). Más concretamente, “la decantación de estas experiencias, a su vez, producen un saber sobre lo social y sobre uno mismo en él, el que interviene orientando las relaciones del individuo con el mundo” (Araujo, 2009a: 29).

La configuración de sujeto es el resultado del trabajo del individuo que está en el entremés conformado por la orientación de la acción de acuerdo al ideal y su inscripción en el Ideal del Yo, y lo que la experiencia depara como tope y barrera, que acusa, vía trabajo de significación y representación, un saber sobre lo social que aporta en la orientación de la práctica en lo social. La configuración de sujeto responde tanto a lo que orienta el ideal y lo que la experiencia “me dice sobre lo posible, lo aconsejable y lo eficiente para presentarme en lo social” (Araujo 2009a: 30). El saber sobre lo social que se despliega de la confluencia entre ideal y experiencia, no debe ser por ello entendido como una forma de inscripción e interiorización de los procesos de la vida social, sino como insumo y recurso en el trabajo del individuo para fabricarse en tanto sujeto (Araujo, 2009b).

En el marco de la Segunda Modernidad, entendida como un proceso transversal a la sociedad contemporánea que reconfigura y reordena la relación entre individuo y estructura, o más concretamente entre el actor y el sistema social, es que el proceso de individuación cobra relevancia. Si por un lado la Segunda Modernidad amplía los márgenes de agencia y la libertad de acción, también, es preciso reconocer, sitúa al individuo en una posición de vulnerabilidad social importante. Para atender a este proceso, reconociendo de paso la singularidad de las trayectorias de vida que toma el proceso de individuación para el caso chileno, se considera lo que Araujo (2009a) ha denominado un trípode analítico para la comprensión de lo social a escala de los individuos. Corolario de esta perspectiva es la centralidad otorgada a la experiencia como tamiz de la vida social orientada de acuerdo a Ideales, de donde decanta, conforme el trabajo del individuo y la configuración de sujeto un saber, particular, sobre lo social.

La experiencia, como elaboración subjetiva de un acontecimiento particular de lo social, opera como insumo para la decantación de un saber texturizado por la vivencia de cada sujeto (Araujo: 2009a), su propia experiencia lo ubica como pivote mediante el cual es posible atender tanto su experiencia como lo social en que se enmarca. El presente estudio toma este primer acercamiento, en tanto da cuenta de la propia experiencia en lo social al recurrir al trabajo realizado por el individuo en la configuración de sí. Un modo específico se detiene en la dimensión laboral que, como se ha dicho, se enmarca en los actuales procesos de

flexibilización del trabajo y la creación de sentido centrada en el individuo (Díaz, Godoy, & Stecher, 2005).

4.3 Espacio Urbano

4.3.1 La producción del espacio

El espacio (social) es un producto (social) (Lefebvre, 2013: 90). Esta premisa se sustenta en dos hechos que permitirían, siguiendo a Lefebvre, situar la dimensión espacial como una producción social. En primer lugar que supera cierta concepción del espacio-naturaleza, de orden primigenio dispuesto como materia prima sobre el que intervienen las fuerzas productivas y, de ahí la segunda consecuencia, que cada sociedad (o cada modo de producción) produce su propio espacio. Esta constatación apenas alude a que el espacio en tanto tal no está desprovisto de una historicidad y que la comulgación de actores, factores y circunstancias situados lo producen en tanto tal.

La producción social del espacio social lo estipula como un producto sobre el que se articula su propia producción, como insumo de su propia actualización; de este modo producto y producción no pueden ser entendidos de manera aislada sino como elementos de un mismo movimiento (Lefebvre, 2013). Esto se presenta como una premisa que permite situar la propia vida urbana –la producción del espacio en el capitalismo- como una actualización permante.

Si cada sociedad produce su propio espacio, en el capitalismo la forma que adopta indefectiblemente es la urbanidad, la urbe. Conforme la creciente diferenciación y división del trabajo, la ciudad se presenta como la base práctico sensible donde se organiza lo social; siendo el espacio producto de su propia historicidad se estipula de acuerdo a los lineamientos sobre los que se organiza la vida social en su conjunto, es decir, como obra de personas y grupos que la realizan en determinadas condiciones históricas. En este sentido la ciudad no puede ser entendida sino como expresión de la organización social, de acuerdo a su planificación, a sus símbolos e imaginarios, así como conforme a las prácticas que la habitan; en definitiva, en reconocer que la ciudad cambia cuando la sociedad cambia (Lefebvre, 1978).

4.3.2 La ciudad

En la producción del espacio, sin embargo, es preciso reconocer la disparidad que representa su propia proyección –en tanto producto- y el constante trabajo de producción de que es parte. Desde diferentes aristas pero compartiendo más o menos el mismo razonamiento distintos autores han postulado esta diferenciación al tiempo que es constatado el devenir que supone el peso que tiene uno sobre otro. La ciudad, para Lefebvre (1978), corresponde al orden próximo que opera como base sobre la que se articulan las relaciones sociales, vale decir, como materialidad presente e inmedita. En la misma línea De Certeau (2000) postula la ciudad como la planificación de la pluralidad de lo real que lo habita, es decir, también identificándola en tanto sustrato material. Por otro lado, también Bourdieu (1999) al discutir la simbolización del espacio social, identifica el espacio físico como el lugar en que toman cuerpo los elementos en exterioridad recíproca en la medida en que un lugar le es propio a cada elemento en su ocupación.

Reconocer la presentación de la espacialidad como proyección sensible abre paso a la interrogante por los factores que inciden en la producción social del espacio en tanto obra acabada y asimilable. En este sentido, la planificación, administración y regulación de la ciudad operan como ejes que orientan la vida social en tanto está plasmada directa e inmediatamente en su espacialidad física. Siguiendo los postulados de los autores mencionados, dicha administración estaría circunscrita al campo del saber, propio de la hegemonía y la planificación tecnocrática, como una representación del espacio (Lefebvre, 2013); donde la inercia del espacio social estaría atribuída a la inscripción que tiene en el espacio físico o en la ciudad (Bourdieu, 1999). Así, operando por medio de estrategias son configurados espacios propios, lógicos y matemáticos (De Certeau, 2000), afirmándose el espacio mismo como un espacio de ejercicio del poder (Foucault, 2002). El carácter histórico de la ciudad la postula como producto concreto de determinaciones político ideológicas que inscritas, buscan orientar el sentido práctico de sus usuarios y transeúntes (Delgado, 1997).

4.3.3 Lo urbano

Sin embargo, el espacio urbano, o la producción del espacio, comporta una doble constancia que, aparejada a su componente material, ha sido admitida desde distintas aristas. Para Bourdieu (1999) la *estructura espacial* es expresión de la reificación del espacio social sobre

el espacio físico, es decir, que la exclusión mutua propia de las relaciones sociales está retraducida en la exterioridad recíproca que proyectan los cuerpos en el espacio. En el mismo ejercicio Lefebvre (1978) plantea que *lo urbano*, como realidad social compuesta, no puede prescindir de la ciudad, como una base práctico sensible en la cual proyectarse. Es decir, que así como expresión de materialidad proyectada, la ciudad también confiere un espacio a su práctica. Ya sea como exclusión mutua de relaciones o como realidad social compuesta la ciudad planificada y material llega a ser practicada por medio de sus habitantes. Es en este sentido que la práctica espacial logra secretar su propio espacio, en un proceso crucial e histórico, que desplegado a nivel empírico inunda performática y coherentemente la ciudad. Lo urbano, en definitiva, está postulado como la ciudad practicada, que lenta y serenamente está constituida de relaciones a concebir, construir y reconstruir el espacio social (Lefebvre, 1978: 67).

La centralidad otorgada a las prácticas en el espacio está atravesada por el reconocimiento que tiene su incidencia en la configuración y transmutación del espacio urbano. El espacio arquitectónico, lógico y planificado de los tecnócratas, no puede abarcar la totalidad de la dimensión de la vida social, y es “abajo” donde las prácticas que lo habitan terminan por producir “otra espacialidad” distinta a la preconcebida urbanísticamente. Este movimiento no es propiamente individual, aún cuando se ampara en lo simplemente minúsculo y efímero, más bien por el contrario, rescata cada práctica como un lugar propio de determinaciones relacionales, donde el individuo partícipe de aleatorias combinatorias operativas “usa” y “consume” lo que ha sido producido de forma racionalizada; esto es que a la producción de imágenes se contraponen procesos siempre disímiles de utilización (De Certeau, 2000).

4.3.4 Las prácticas

El ejercicio desplegado por los usuarios del espacio urbano se postula como una producción inacabable que actualizada por medio de su enunciación no se reduce a una homogeneidad ni una coherencia lógica de su devenir; por el contrario, la formalidad de las prácticas presupone una “manera de hacer” como traducción de maneras de pensar y actuar, propio de los grupos precisamente marginados de su planificación y destino (De Certeau, 1999). Siguiendo a De Certeau, bajo la perspectiva de la enunciación lo que predomina es una lógica del tiempo por sobre el espacio, es la conjunción de un instante presente, una circunstancia y

un hacer lo que derivan en un *acto*, como una acción inventiva del individuo o el grupo. De esta manera los *contextos de uso*, si bien no están determinados por la cuadrícula de la vigilancia, están insertos en una red compleja de relaciones y campos de fuerza; proponiéndose las tácticas de consumo como una politización de las prácticas cotidianas (De Certeau, 2000). Las tácticas –a diferencia de las estrategias que le son propias al cálculo de las relaciones de fuerza y a la administración científico, político y militar- se presentan como una acción creativa sin un lugar propio, atribuida como movimiento, aprovechando ocasiones y sirviéndose de ellas para subsistir. Como un arte del débil, la creación del espacio impropio (o no concebido lógicamente) está determinada por una *ausencia de poder* (De Certeau, 1999: 44) o, como ha sido postulado por Rancière (2006: 19), siendo el lugar de la política un lugar de lo propio impropio.

La organización de la heterogeneidad que supone lo social, mediante la distribución jerárquica de lugares y funciones es algo propio de la *policía* (Rancière, 1996). Para Rancière (2009) tal distribución supone la repartición de lo común y la asignación de lugares y funciones exclusivos. En este sentido, el papel que juega la emancipación, vale decir la política en lo político, está asignado conforme el universal de la política, a saber, la igualdad por medio de su implementación discursiva y práctica (Rancière, 2006). La enunciación y el predominio de una lógica temporal por sobre una anclada en el espacio le otorga a la práctica espacial (Lefebvre, 2013), a las tácticas (De Certeau, 1999), o a lo propiamente urbano (Delgado, 1999) un papel preponderante sobre la configuración que logra la experiencia en la ciudad. Contrarrestando los designios de la *polis* -como orden político encargado de la administración centralizada de la ciudad-, la *urbs* se postula como el proceso que la sociedad urbana lleva a cabo sobre sí misma, esculpiéndose interminablemente (Delgado, 1999: 179), como actividad configurante de sus transeúntes (Delgado, 2007), en tanto obra perpetua y constante (Lefebvre, 1978) así como expresión del trabajo de la sociedad urbana sobre sí misma (Joseph, 1988). El carácter de lo urbano, en definitiva, está sustentado en el despliegue de los lenguajes naturales de sus transeúntes (Delgado, 2007: 12).

4.3.5 Espacio público

En un plano más histórico y relacionado a la planificación de la ciudad, puede atestigüarse en América Latina un cambio paulatino y sostenido en las últimas décadas en términos

económico-sociales como culturales y tecnológicos (Segovia, 2007). Teniendo como correlato más notable la modificación sustancial del espacio social en términos de desigualdad, marginalidad y polarización espacial. Estos cambios han estado fuertemente orientados por una dinámica económica-productiva que, a la par de la gestión urbana, ha organizado el funcionamiento metropolitano en torno a dos importantes procesos, a saber, una creciente polarización social manifiesta en clave territorial y una expansión difusa de la metrópolis (De Mattos, 2005). De esta forma el desarrollo de las ciudades ha estado orientado más por el mercado que por una planificación urbana de tono político o administrativo (Greene & Soler, 2005). Tal organización de las ciudades se ha manifestado en climas sostenidos de inseguridad, segregación espacial y en la privatización de los espacio públicos (Rodríguez & Winchester: 2005).

En la misma línea se ha postulado la ciudad como eje del espacio público y de ahí, cierta preocupación por la recuperación de los espacios entendidos como de dominio público (Segovia, 2007). Lo fundamental de este planteamiento es que el espacio público guarda una estrecha relación con la ciudad y su experiencia; reconociendo en él una forma representacional de la alteridad de lo social, en tanto lugar de la heterogeneidad así como lugar de contacto y generador de identidad; esto es, como expresión de su condición urbana en tanto cualidad histórica y situada (Carrión, 2016). Entender la ciudad como espacio público es reconocerla como expresión de las distintas realidades urbanas y las formaciones físico-sociales y sus contradicciones, principalmente las que dicen relación con la planificación de macro proyectos urbanos (mobiliarias, servicios financieros y comerciales) a la par de su representación de desigualdad (como lugar de protestas, ocupaciones y apropiaciones) (Ramírez Kuri, 2016). Con todo, el espacio público se sustenta primero en la diferenciación formal entre la propiedad pública y la propiedad privada, lo que delimita el acceso y uso de los bienes de uso común. Sin embargo, y a pesar de esta primera distinción, se reconoce que la naturaleza del espacio público depende menos de su estatuto jurídico que del uso que alberga propiamente tal, como espacio de dominio público; por ello además como expresión de la crisis de la ciudad y de la preocupación constante que suscita actualmente en términos de seguridad, tanto en Chile como en el Mundo (Segovia, 2007). La fragmentación, la inseguridad y la privatización del espacio público, en esta línea, son leídos como un acoso del espacio público (Carrión, 2016).

4.3.6 Territorialización: la calle

La segregación espacial no solo se traduce en las distancias y disonancias que existen entre los distintos puntos de la ciudad. Como se ha argumentado más arriba, la relación que existe entre la ciudad material y el espacio social que alberga puede ser estrecha (Bourdieu, 1999). De aquí que la ciudad no solo se erija en base a la construcción arquitectónica sino también en base a muros mentales, políticos y culturales recreando, en base a ello, menos una ciudad propia de individuos libres y soberanos y más una sucesión de territorios en los que la gente se repliega (Laub, 2007), lo que ha sido subrayado como un trabajo asiduo de territorialización del espacio urbano por parte de sus habitantes (Araujo, 2016c).

Al respecto se ha planteado que no existe espacio público en el sentido fuerte del término por cuanto la ciudad estaría distribuida en diferentes territorios y adjudicada y resguardada por diferentes dueños (PNUD, 2017). Como colección de territorios-sociedades (Laub, 2007) expresados en la concreción de “varios Santiagos” autónomos y desarticulados (Segovia, 2007), la territorialización de la ciudad conforme lógicas de jerarquización y diferenciación del espacio, se ha manifestado a nivel de las relaciones y las interacciones sociales a través de crecientes experiencias de discriminación y desigualdades. Con especial referencia a los sectores más populares de la ciudad (Rodríguez, 2016), la experiencia urbana está caracterizada por la estigmatización y el desprecio hacia quienes no pertenecen al lugar reclamado como propio (Araujo, 2016c).

Si bien está reconocida la primacía del uso y el dominio público del espacio público, esta acepción incluye ciertas nociones idealistas de lo que debería comportar el espacio urbano articulándolo como el espacio ideal del encuentro de la alteridad. Sin embargo, lo que prevalece y se acentúa, y que ha sido mostrado en diferentes estudios (Araujo, 2016c; Rodríguez, 2016; Laub, 2007), es que predomina una segmentación marcada de la ciudad y la territorialización como trabajo constante de sus habitantes, lo que se evidencia en importantes climas de discriminación, estigmatización y desprecio según sectores socioeconómicos. Si bien el propio espacio urbano es el lugar de encuentro lo que prevalece es una vivencia menoscabada de la experiencia *pública* del espacio.

A partir de aquí, y siguiendo el planteamiento descrito, se reconocerá el espacio urbano como aquella totalidad que significa el espacio planificado y su práctica, siendo la *calle*, la

expresión y la noción más concreta de la territorialidad de la ciudad, y por ello de la apropiación del espacio urbano. La calle, como espacio dispuesto, es el lugar en que toma forma y se realiza un espacio-tiempo apropiado, apropiación que pone de relieve la dominación del valor de uso por sobre el valor de cambio (Lefebvre, 2003: 18), y por ello como una especificidad del espacio urbano practicado.

5 Metodología y técnicas de investigación

5.1 Marco Metodológico

En este apartado se describen las elecciones metodológicas concordantes con los objetivos propuestos en la presente investigación atendiendo su dimensión cualitativa. Luego de definir el perfil de la investigación, se presentan los aspectos epistemológicos del carácter metodológico del estudio, para posteriormente delimitar la muestra de análisis así como las técnicas de selección y los instrumentos de recolección de información. Finalmente, se atiende al plan de análisis abordando además un plan logístico del trabajo metodológico.

5.1.1 Perfil de la investigación (Según Restituto Sierra Bravo)

5.1.1.1 Investigación básica

De acuerdo al carácter exploratorio de los objetivos, la finalidad del estudio es de tipo básica. Los objetivos predefinidos buscan generar conocimientos sobre el comercio ambulante y más específicamente sobre su actividad realizada en la calle. La finalidad básica del estudio enfatiza en la generación de conocimientos sobre el comercio ambulante como fenómeno social en relación a la producción del espacio urbano.

5.1.1.2 Estudio seccional

Por atender a un fenómeno específico de la sociedad en el Chile actual, el estudio es de carácter seccional. Se pretende atender el comercio ambulante como expresión local y situada del comercio en las calles sin desestimar algunos antecedentes históricos. El trabajo está abocado en la comuna de Santiago de la Región Metropolitana contextualizada en los años 2017 y 2018.

5.1.1.3 Investigación descriptiva

La pretensión del presente estudio es describir las formas concretas que toma el ejercicio del comercio ambulante en la Comuna de Santiago. Se trata, por lo tanto, de mostrar o describir el fenómeno del comercio ambulante sin, necesariamente, establecer nociones de causalidad sobre el mismo. Atendiendo, como se ha mostrado, a la carencia de antecedentes relativos a la vinculación de las dimensiones laborales y espaciales del trabajo en la calle, es que se busca dar cuenta de las variables que describen el fenómeno del comercio ambulante en la actualidad.

5.1.1.4 Investigación microsociológica

Bajo la impronta de un estudio a nivel de los individuos la amplitud del estudio es de tipo microsociológico. Aun atendiendo a las dimensiones estructurales que delimitan y orientan la acción de los individuos empleados en el comercio ambulante, el énfasis del estudio se centra en la experiencia individual del espacio urbano. Se trata de un abordaje que centra su interés en un grupo reducido de personas, a la vez que lo aborda en un espacio restringido para así dar cuenta con mayor profundidad de un proceso particular.

5.1.1.5 Basado en fuentes primarias

Por centrarse en el relato vivido de los comerciantes ambulantes, la fuente de información del presente estudio es de carácter primario. Atendiendo a la metodología de investigación cualitativa que tiene por instrumento la entrevista en profundidad, se busca recabar la información de primeramente, es decir, desde la experiencia propia de los comerciantes. Las fuentes primarias, también conocidas como de *primera mano*, poseen la riqueza de brindar información, testimonio y/o referencias directas respecto a la situación de estudio. En este sentido, son fuentes primarias de información, entrevistas formales e informales, discursos, fotografías, observaciones y apuntes del investigador, entre otros (Hernández, Fernández, & Baptista, 2010)

5.1.1.6 Investigación de carácter cualitativa

La investigación corresponde a un enfoque metodológico cualitativo en tanto se centra en la información recopilada por medio de la entrevista en profundidad. Lo que se busca es alcanzar profundidad en la recopilación de los datos más que representatividad de la población aludida. La metodología cualitativa estudia la realidad en su contexto natural, tal y como sucede, intentando tomar el sentido o interpretar los fenómenos de acuerdo con los significados que tienen para las personas implicadas (García et al., 1996). El carácter cualitativo además considera el objeto de estudio bajo una perspectiva holística, esto es, no reducible a variables discernibles y objetivables, tomando en cuenta además sus contextos particulares (Bodgan & Taylor, 2008). El estudio se orienta a descubrir el sentido que tiene la práctica social del trabajo en la calle para los sujetos que lo ejercen, por lo mismo, prescinde de una medición escalar y centra su instrumento en la capacidad del investigador para recabar la información pertinente a los objetivos de la investigación.

5.1.1.7 Estudio empírico

La principal pretensión del presente estudio es recoger de la experiencia de los comerciantes ambulantes la autenticidad de su vivencia en relación al ejercicio y las formas particulares de ocupación del espacio, por ello, prescinde de un escenario experimental. Del mismo modo, al incorporar la etnografía como herramienta metodológica considera lo empírico del campo y el desplante de los sujetos para dar cuenta de los objetivos propuestos al comienzo de la investigación.

5.1.1.8 Estudio sociológico de problemática social

El comercio ambulante sigue siendo un problema visible en su dimensión económica y social. Actualmente concentra su mayor interés en la incidencia que tiene, por un lado, en la competencia económica con el sector formal del trabajo, pero al mismo tiempo atiende en su dimensión espacial en relación a la disposición del espacio urbano, o los bienes nacionales de uso público. Vinculado a la victimización del espacio público e índices de inseguridad ciudadana (CNC, 2015) se torna como una problemática de intereses comunes y transversales que enfatizan en el tratamiento de la urbanidad, el trabajo, la economía y la vida social de las calles.

5.1.1.9 Investigación de Terreno

El presente estudio además de contemplar la dimensión discursiva experiencial de los comerciantes ambulantes de acuerdo a su trabajo y la relación con el espacio en el que toma lugar, considera una perspectiva que reconoce como central el desplante que se vive en el espacio urbano y la calle. La investigación y la recogida de información, se realiza de manera directa en el contexto natural de los y las participantes, sin introducir alteraciones ni condicionantes. En este sentido, el trabajo de campo es considerado como un proceso en que el investigador accede de forma paulatina a la información. En base a esto, es que además de la entrevista en profundidad dirigida a los sujetos auto empleados en el comercio ambulante, busca revelar las formas concretas en que se da la apropiación de los espacios urbanos por medio de la etnografía y la observación participante. De este modo, una parte central para el presente estudio es la presencia y concurrencia sistemática por parte del investigador.

5.1.2 Muestra

5.1.2.1 Universo

El universo está compuesto por la generalidad de comerciantes ambulantes no autorizados de la Región Metropolitana. Cabe mencionar que el universo de comerciantes comprende infinidad de maneras de trabajar en la calle considerando sus herramientas y formas de trabajo. Solo por mencionar algunos pueden identificarse los vendedores ambulantes propiamente tal, que venden u ofrecen sus productos caminando o desplazándose constantemente. Hay quienes se ubican con estructuras metálicas o toldos lo que los ubica de manera más o menos permanente y estacional en sus lugares de trabajo. Y están quienes deben disponer de recursos fáciles de asir y moverse por la contingencia de su persecución y constante desplazamiento.

5.1.2.2 Muestra

La muestra se centra en éste último tipo de comerciantes que, por no estar autorizados, están destinados a cambiar de lugar constantemente. Para ello se consideran comerciantes ambulantes no autorizados de la Comuna de Santiago, mayores de 18 años, con al menos dos años de experiencia en la venta ambulante. Entre hombres y mujeres, nacionales y extranjeros.

5.1.2.3 Tipo de muestreo

De acuerdo a los objetivos planteados el tipo de muestreo es teórico y no probabilístico por cuanto se centra en la profundización y no en la extensividad de la información. Corresponde, de acuerdo con los planteamientos del estudio, a personas auto empleadas en el comercio ambulante en la Comuna de Santiago que no posean permiso municipal para su ejercicio. Para el caso, los criterios del muestreo están determinados por el investigador de acuerdo a los requerimientos de los objetivos propuestos (Goetz & LeCompte, 1988). Para ello se estipulan cuatro criterios de selección con sus respectivos fundamentos, a saber, condición de autorización según Ordenanza Municipal, edad, años de experiencia y posición de actividad de comercio ambulante.

La edad y los años de experiencia aluden a la experiencia sostenida en la venta en la calle por parte de los comerciantes. Se privilegian personas mayores de edad bajo el supuesto que ésta

es su principal actividad laboral además de contar con al menos dos años de antigüedad en este tipo de prácticas.

La muestra se desprende del universo de comerciantes ambulantes que ejercen en la comuna de Santiago; de acuerdo a la Ordenanza Municipal (Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, 2009) los comerciantes son diferenciados entre estacionados y ambulantes; siguiendo esta distinción la muestra se centra en aquellos comerciantes estacionados en bienes nacionales de uso público, como calles, plazas, pasajes y parques.

Además de la delimitación muestral sobre los casos de análisis se incluye una delimitación espacial dentro de la comuna de Santiago. La Municipalidad de Santiago ha desplegado un plan de contingencia y erradicación del comercio ambulante denominado Comercio Justo (Municipalidad de Santiago, 2017). En este plan delimita su estrategia territorial que incluye los sectores de mayor conflicto y desacato, como son, el Casco Histórico y Plaza de Armas, además de Paseo Puente, Barrio Franklin y Meiggs. De acuerdo a esta distinción y con el fin de delimitar la atención a ciertos sectores de la comuna se ha optado por el Casco Histórico y Barrio Meiggs. La elección metodológica está orientada por el carácter céntrico de estos sectores respecto a los demás; por su cercanía con la Alameda Avenida Libertador Bernardo O'Higgins y por ser los puntos de mayor conflicto en relación al comercio no autorizado.

5.2 Instrumento de recolección de información

Para la recolección de la información se utilizaron dos herramientas metodológicas que resultan ser complementarias y no excluyentes. Aparejado al trabajo de campo por medio de la etnografía, fue incluida la realización de entrevistas en profundidad semidirectivas para ahondar y llegar a aquellos contenidos que no podían ser recabados en las entrevistas informales del trabajo etnográfico. Aunque el trabajo de campo comenzó por la observación participante, ambas herramientas fueron potenciadas recíprocamente durante el proceso de terreno, es decir, que no fueron estipuladas bajo un presupuesto secuencial ni jerárquico dentro de la investigación.

5.2.1 Observación Participante

La observación participante contempla un acercamiento no intrusivo por medio de interacciones sociales no ofensivas y buscando la aceptación de las personas (Bodgan & Taylor, 2008). Su fin es identificar contextos y situaciones en que se generan y producen los

universos simbólicos en su compleja articulación y variabilidad (Guber, 2004: 171). Esta técnica de recolección de datos contempla la observación y la participación en el grupo el cual se desea acceder y se caracteriza por ser flexible y no estar sobre determinada al comienzo del trabajo investigativo, por el contrario, susceptible de ser modificada y adaptada en el proceso de campo siendo constantemente evaluada y corregida durante el proceso (Goetz & LeCompte, 1988). Contempla instrumentos donde se sistematiza y organizan los datos recolectados, incluyendo registros escritos, visuales o audiovisuales.

5.2.2 Entrevista semidirectiva

La entrevista semidirectiva es una herramienta flexible y dinámica y resulta imprescindible en investigaciones que busquen esclarecer la experiencia subjetiva del sujeto (Bodgan & Taylor, 2008). Buscan revelar la forma social de la estructura de la personalidad del entrevistado, evitando recaer en la instigación de la experiencia personal e individual. Su mayor pertinencia metodológica estriba en la potencialidad de su situación proyectiva para revelar las relaciones con la posición social de referencia al cual pertenece un actor (Ortí, 1986). En este trabajo se realizaron 10 entrevistas en profundidad semidirectivas a distintos comerciantes ambulantes de la comuna de Santiago. Estas implicaron un contacto previo cara a cara o bien la derivación por un cercano de confianza que logró el nexo. La selección por redes resulta ser una estrategia útil en casos en que los individuos estén dispersos o no existen canales formales para acceder a ellos (Goetz & LeCompte, 1988).

El acercamiento de la entrevista en profundidad al sujeto individual permite captar aquella experiencia no sólo desde el nivel práctico, en un orden del hacer del entrevistado ni, de acuerdo al canal de enunciación, como en el orden del decir. La entrevista se encuentra en un campo intermedio en el que encuentra su pleno rendimiento metodológico, como un decir del hacer (Alonso, 1999).

5.3 Plan de análisis

Análisis categorial: por medio de este análisis se pretende brindar un ordenamiento a la información obtenida, en base a la selección de las unidades más significativas acorde a los objetivos de la investigación. Lo anterior, con el fin que la información sea más reducida y manejable para los posteriores análisis, fortaleciendo la construcción de conclusiones finales desde diversos tópicos y campos de sentido, los que cumplen con los requisitos de

exhaustividad, exclusión mutua y de un principio clasificadorio. La información organizada por tópicos proviene tanto de las observaciones sistemáticas en el campo como de la información recopilada por medio de las entrevista en profundidad.

Así, tanto el material recopilado por medio de las entrevistas y de acuerdo al trabajo etnográfico, ha sido organizado sobre los siguientes tópicos: i) Uso y ocupación del espacio, ii) actores en relación: público, policía y comerciantes y; iii) desarrollo de aptitudes y competencias para trabajar en la calle.

6 Análisis

Con el fin de enriquecer la perspectiva adoptada se ha integrado un breve antecedente respecto al comercio en las calles en la Región Metropolitana y en particular en la comuna de Santiago. Con ello no se intentan recrear las implicancias directas que tendría aquella realidad con la dinámica actual del comercio ambulante, sino presentar de manera sucinta ciertas líneas que permiten comprender un fenómeno social de larga data. Este punto, además, permitirá refutar algunas nociones manejadas sobre la aparición y proliferación del comercio en las calles presentadas en los antecedentes de este estudio, ancladas principalmente a partir de la década del 70'. Sirviéndose de esta base se prosigue con la presentación general de los resultados del estudio para terminar con algunas reflexiones sobre la perspectiva teórica abordada, así como relevar el aporte que significa para la discusión sobre el comercio informal, y lo que ha buscado aportar esta investigación.

6.1 A modo de preámbulo. Breve apartado histórico

6.1.1 Urbanización de Santiago, la ciudad escindida

Este apartado se basa principalmente en fuentes historiográficas que abordan el comercio ambulante desde diferentes perspectivas reconociendo su presencia a mediados de siglo XIX en Santiago. Posterior al proceso independentista comienza a darse la consolidación de la nación así como de las principales ciudades del país, interactuando en esta dinámica distintos actores donde el comercio en las calles, o más ampliamente, los sectores populares ocupan un lugar importante.

La ciudad de Santiago se erigió en base a dos sucesos que confluyen en el tiempo, sin embargo, de semblanza antagónica. La ciudad fue consolidándose de acuerdo a un proceso de expansión urbana sin precedentes explicado principalmente por la migración de campo-ciudad que venía dándose desde el tiempo colonial pero se masificaría en el siglo XIX a partir de la década del 40 (Salazar, 2004). Evento que, además, coincidiría con la consolidación nacional posterior al proceso independentista, donde se recrearía un ideario sobre la imagen y edificación de las principales ciudades; que sería aprovechado e impulsado por una

próspera oligarquía quienes destinarían recursos públicos y privados en la urbanización de la ciudad capitalina (Muñoz, 2013).

Santiago se construyó bajo un ideal modernizador que, con rigor, quiso asemejarse a la arquitectura y estilo europeo (Muñoz, 2013; Salazar 2004). La modernización se dibujó en la urbanización de las principales ciudades del país, como Concepción, Valparaíso y Santiago (Brito, 1995), construyéndose edificios y paseos de estilo parisino buscando dejando atrás el escenario polvoriento de la colonia. La instauración del transporte, la iluminación de las principales calles de la ciudad y el abastecimiento de agua potable fueron medidas que reflejaron avances de modernización y urbanización (Romero, 1984).

La edificación de la ciudad propia y culta de la oligarquía, sin embargo, prontamente contrastaría con la expansión de una ciudad otra, a la que tuvieron que afrontar sobre la marcha y no siempre de la mejor manera posible. Las autoridades y la propia sociedad culta vio así, con espanto, cómo de conforme el crecimiento del flujo migratorio iba gestándose en los arrabales, una *ciudad* paralela, que poco a poco invadía y encerraba la ciudad limpia y opulenta (Salazar, 1985). En ella, como pudieron, fueron asentándose gran parte de los llegados campesinos o bien por quienes deambulaban por las distintas ciudades del país buscando mejores condiciones de vida (Romero, 1997). Así Santiago fue transformándose a la par de la modernización del país, de una manera espontánea y sin límites claros, donde el día a día de la población marginal y pobre, fue abriendo paso a una ciudad desbordada más que planificada.

El crecimiento fue alimentado principalmente por la migración rural a la que la elite no puso reparo, sin embargo, sino cuando fue francamente incontenible (Romero, 1997). Más abandonados a su suerte que atendidos por la sociedad patricia, los rotos de la ciudad solo se hicieron visibles cuando las condiciones de subsistencia que estaban reproduciendo no fueron ya admisibles, por la nula salubridad de sus condiciones así como por la población que día a día abarrotaba las principales calles, reproduciendo formas de subsistencia a la vez que incrementando tasas de marginalidad, delincuencia y violencia por doquier (Salazar, 1985). Este proceso de transformación no cesó desde 1830 luego de la crisis postrevolucionaria de la Independencia hacia finales de siglo, momento que corresponde al fin de la primera expansión y a los albores de nuevos cambios sociopolíticos de magnitud en la sociedad chilena (Romero, 1984: 58).

Santiago se consolidó como una ciudad fundamentalmente escindida y demarcada³, tanto por sus prácticas como por la imagen que proyectaba la “ciudad culta” y el “aduar africano”, concepto acuñado por algunos patricios alrededor de 1870 para referirse a los arrabales peonales de la ciudad (Salazar, 1985: 231). Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que dichos aduares resultaran ser un escollo de magnitud frente al ideal modernizador que buscaba detentar la elite de la época (Muñoz, 2013). La modernización no solo pasaría por la construcción de la ciudad ilustrada, opulenta y cristiana (Romero, 1997: 59) sino por la exclusión sistemática de aquella otra ciudad, “suerte de Cairo infecto”, emplazada en los rancheríos, las “habitaciones redondas” y más tarde en los conventillos (Brito, 1995).

La imagen dual de la ciudad se condecía con las prácticas que alentaban a las autoridades a deslindar a los pobres y rotos del centro de la ciudad, para quienes el bajo pueblo no era más que lugar de vicio, violencia y muerte. Y en parte tenía razón. Muchas de las actividades a las que se vieron obligados los pobres para sobrevivir rozaban la delincuencia, la mendicidad y la prostitución (Brito, 1995).

Santiago se resumía en la prosperidad de la oligarquía chilena de la época salitrera, pero también en las tensiones que el mundo de los pobres recreaba en torno al ideal modernizador (Brito, 1995: 30). La ciudad culta viéndose atrapada e invadida por la ciudad bárbara no podía sino defenderse a través de mejoras estéticas y represión policial (Salazar, 1985: 233).

6.1.2 Arrabales de la ciudad y la calle

La expansión de los arrabales no encontró mucho más impedimento que los propios medios para poder erigirse alrededor de la ciudad culta. Así, lentamente fue configurándose un espacio propio, aparte y autorreferido en el que los pobres lograban subsistir en base a su propia condición de miseria (Goicovich, 2006). Mucha de la sociabilidad, sin embargo, que lograron recrear en el rancho provenía de una amplia experiencia propia del campesinado donde las mujeres cumplieron un rol protagónico. La sedentarización, por parte de éstas, fue clave en la reproducción de una forma de vida contraproducente con el ideal modernizador

³ El carácter escindido de la ciudad quedaba reflejado, en 1870, con Benjamín Vicuña Mackenna como Intendente de Santiago, quien con categoría ilustraba la ciudad de los rotos: “*Se ha edificado en toda el área un inmenso aduar africano en el que el rancho inmundo ha reemplazado la ventilada tienda de los bárbaros, y de allí ha resultado que esa parte de la población, el más considerable de nuestros barrios [...] sea sólo una inmensa cloaca de infección y de vicio, de peste y de crimen, un verdadero ‘potrero de la muerte’ como se lo ha llamado con propiedad*” (citado en Romero, 1984: 58-59).

de la ciudad donde los pobres, no solamente abocados a prácticas inmorales de subsistencia, reprodujeron la vida campesina sustentada en el apoyo y la solidaridad que demandaban las cruentas condiciones de vida (Brito, 1995).

La importante y creciente migración que caracterizó el siglo XIX, propició cambios significativos en el entramado citadino y no solo en lo que concierne a la disposición material de la ciudad. Además de su asentamiento paulatino, los pobres poblaron la ciudad haciéndose visibles de acuerdo a sus prácticas y ocupaciones. Gran parte de los gañanes, población alimentada por la migración rural, se desempeñó como trabajador informal no calificado, siendo peones o en el servicio doméstico para el caso femenino; así como vendedores ambulantes, cocheros y policías. La migración fue nutriendo el funcionamiento propio de la ciudad, a través de las ocupaciones y oportunidades así como a las habilidades y destrezas de mujeres y hombres. En este sentido, por ejemplo, el servicio doméstico llegó a ser una oportunidad de ascensión ocupacional cuando las mujeres no tenían impedimentos como tener una familia o cuidar de los hijos. En este caso ser lavandera, costurera o comerciante ambulante, e incluso la prostitución, fueron ocupaciones que lograron congeniar el cuidado y mantenimiento de hijos y familia (Brito, 1995: 28).

De las nuevas ocupaciones el comercio ambulante fue el más visible. Por situarse en calles más céntricas, paseos y Mercados de Abastos, lograron expandirse y hacer de la actividad un medio de sustento factible. Incentivado por estímulos estacionales o con motivos de fiestas, el pequeño comercio fue la actividad más próxima para el gañán que llegaba a la ciudad o para quien perdiera el empleo, siendo una oportunidad ocasional como el comienzo de una carrera laboral (Romero: 1997).

El mundo paralelo construido y reproducido por los sectores populares logró constituirse como un espacio propio y autorreferido. Desplazado y apartado de la ciudad culta aunque compartiendo su espacio, se ancló por medio de prácticas y modos de vida que hicieron fluir un ambiente profuso de experiencias donde la calle operó como escenario imprescindible. Si hay algo que pudiera confrontarse a la idea modernizadora de la ciudad ilustrada, sus paseos y construcciones, fue la calle como lugar y ambiente procreado y alimentado por el mundo popular. Nicho de ocupaciones diversas y espacio de sociabilidad e intercambio, la calle comportó un lugar de diálogo y encuentro entre quienes se arreglaron la vida como pudieron,

a expensas de las autoridades y la institucionalidad, e incluso en confrontación a ella (cfr. Goicovich, 2006; Salazar, 1985; Brito, 1995; Romero, 1997). Fue donde se reprodujo la vida y el trabajo, siendo el comercio ambulante una actividad particularmente visible y especialmente dispuesta para los peones urbanos. La inestabilidad propia de la migración así como de las condiciones de trabajo propiciaba un aire de escaso arraigo que se complementaba con una actividad instantánea y diaria, como el comercio ambulante. La calle implicaba para cada trabajador la posibilidad de un empleo y otro destino, donde se podía ganar el día vendiendo frutas o helados; por ello estando instalada en el centro de su idea de trabajo (Romero, 1997: 99).

6.1.3 Migración y oferta laboral: gañán o peón urbano

Si bien la migración rural significó transformaciones importantes en materia de asentamiento también fue problema considerando la escasa oferta de trabajo asalariado, o trabajo dependiente, al que podían optar los peones urbanos o gañanes al llegar a la ciudad. De hecho, para Goicovich (2006: 210) la estructura económica precapitalista del siglo XIX, estaba dividida fundamentalmente en dos modalidades de trabajo: el trabajador por cuenta propia o trabajador independiente –labradores, campesinos, comerciantes regatones, buscones o pirquineros, etc.- y el trabajo dependiente en su modalidad eventual – como peón- o permanente –como inquilino.

Sumado a la escasa oferta de modernas fuentes de trabajo se sumaban sus condiciones precapitalistas. Contractualmente eran inestables y mantuvieron durante gran parte del siglo XIX relaciones laborales más cercanas al mundo tradicional de la hacienda que al moderno trabajo asalariado. Eran persistentes los castigos físicos y no estaba garantizado el vínculo contractual independiente del trabajador; las jornadas de trabajo eran extenuantes y, muchas veces, el pago diario estaba supeditado al ánimo del capataz o a las condiciones del trabajo realizado. Dadas las condiciones de los trabajos públicos como del peonaje militar, fue apenas sorprendente que los peones evitaran aquellas formas de ‘trabajo asalariado’ y buscaran actividades más flexibles para ganarse el sustento. Así, el peonaje urbano, en este sentido dio claras muestras de su preferencia por el comercio minorista o por devenir “regatones” (Salazar, 1985: 244). Las autoridades interpretaron sino como una prueba más de la invencible inclinación peonal hacia la ociosidad, sin embargo, donde pudieron

desplegar una actividad suficientemente dinámica y persistente como para inutilizar los esfuerzos de las autoridades en su erradicación, en todo el siglo XIX.

El crecimiento de los trabajos callejeros fue exponencial, en particular de los vendedores ambulantes. Junto a cocheros, cuando se masificó el transporte público y familiar, así como con la policía que desde tiempo de Portales no cesó de enfilarse; mercachifles y regatones – sector vastísimo cuyos límites respecto del extenso e indiferenciado sector de los gañanes es difícil de establecer- se multiplicaron por cada rincón de la ciudad (Romero, 1984: 61). Para 1865 el 75% del empleo se subdividía entre artesanos, servicio doméstico y gañanes, correspondiendo éstos dos últimos a la mitad del total de ocupados (ibíd.: 88-89). Según los datos del Censo de 1875 para el departamento de Santiago, sobre unas 78.000 personas ocupadas había unos 21.000 artesanos, 20.000 domésticos, 21.000 artesanos y 14.000 gañanes (ibíd.: 60); es decir, casi el 20% de los ocupados era proclive a ser trabajador independiente, incluido vendedor ambulante. El pequeño comercio, el lavado ajeno, la costura y el servicio doméstico también fueron ocupaciones a las que se abocó la mujer de sectores populares donde, para el periodo descrito, se estima que en promedio un 76.2% de las mujeres se dedicó a estas actividades, estando muy alejadas de lo que fuera una fuerza de trabajo asalariada (Brito, 1995: 40-41).

Ser regatón o armar un pequeño puesto de venta de alimentos, frutos del país, dulces o helados; significó una salida viable frente al problema del desempleo y la subsistencia. Aunque tomó especificidades propias para el caso de hombres y mujeres, la magnitud y presencia que logró en las principales ciudades y sus calles fue indiscutible. Preferentemente visible por la actividad, los regatones pronto se encontraron con la primicia que buscaba expandir la ciudad patricia, cuando las autoridades, conforme el ideal de modernización y urbanidad, inició un ardid que sería constantemente reevaluado para lograr exterminar el comercio regatón. Así, en diferentes ocasiones se optó por reubicarlo, considerarlo o controlarlo de diversas maneras.

6.1.4 Comercio ambulante y sectores populares

La proliferación del comercio regatón se sostuvo por varios factores que confluyeron en la generación de un dinamismo propio y autosustentado. El comercio ambulante resultó ser una consecuencia del crecimiento urbano de modo que éste propició todas las condiciones para

su asentamiento paulatino y duradero. Tanto la migración y la expansión de la ciudad así como la desocupación, relativa a la escasa oferta de trabajo dependiente, se sumaron a aquella sociabilidad propia que se recreó continuamente en las calles, en el rancho o el conventillo, y que hizo del vendedor ambulante un personaje valioso para la subsistencia de los sectores más pobres. Ello no sólo porque significó un medio de sustento propio de quien lo ejercía, sino también porque se convirtió además en un soporte importante relativo al abastecimiento de la ciudad (Goicovich, 2006).

Entre los factores más reconocidos de su relativo éxito frente al monopolio de la plaza de abastos y de los controles municipales, está la permanencia del carácter popular que investía el comercio callejero. Las nefastas condiciones de habitabilidad hacían de la calle un lugar predilecto de sociabilidad y subsistencia, donde el truque también fue considerado como una práctica propia del mercadeo popular (Goicovich, 2006; Salazar, 2004). Las leyes económicas que regían la expansión de la ciudad bárbara parecían ser más liberales que las de la ciudad culta y, sobre todo, culturalmente más coherentes, asegurando al comercio urbano, un mercado en expansión, fraterno y exclusivo, donde la fidelidad a la cultura campesina y sus patrones de producción y consumo fueron replicadas por más de un siglo (Salazar, 1985: 249).

En este sentido fueron las mujeres quienes dominaron casi por completo las ventas públicas de alimentos, instalándose con cocinerías y fritanguerías. Reconocidas como las “vivanderas” (Salazar, 1985), podían congeniar la crianza de los hijos incluso aprovechando el propio cuarto o el rancho para levantar un negocio de comida orientado a la calle. Las cocinerías y las chinganas, como espacios de recreación y sustento del mundo popular (Romero, 1988), significaron un ambiente propicio para el trabajo por cuenta propia y el comercio ambulante, logrando masificarse sobre todo en fechas festivas. Expendiendo diverso tipo de alimentos y bebidas, hombres y mujeres se abocaban a la vida en las calles donde los vendedores eran proveedores, y en algunos casos hasta animadores, particularmente las mujeres que en ramadas y “corralillos” no trepidaron en promover la música y el baile (Salazar, 1985: 273).

6.1.5 Regulación y orden público

La ocupación deliberada del espacio público no estuvo, empero, desprovista de reclamos y asunciones por parte de autoridades, locatarios de las plazas de abastos o vecinos del centro de Santiago. La expansión desmedida de los arrabales y del mundo popular, así como del comercio ambulante, fueron motivo para que comenzaran a adoptarse medidas de control cuando el exterminio pareció inviable. Ya a principio de siglo XIX se informaba al Cabildo de Santiago el descontento en el público consumidor a causa del “desorden en que están los Abastos” y por la estafa de sus vendedores y los muchos revendedores que tenía la plaza (Salazar, 1985: 246).

Las impresiones que causó el comercio ambulante, en particular con los subastadores de la Plaza de Abastos, no fue siempre el mismo. Si en principio declararon una guerra abierta por la competencia desleal que implicaban los comerciantes a las afueras de mercados y en las principales plazas, luego fueron utilizados a su favor. No sólo la ocupación desmedida era motivo de reparos por parte de locatarios, la anticipación de los ambulantes sobre los campesinos introductores de “frutos del país” a la capital les otorgaba todavía más ventajas sobre aquellos. Comprar y vender a precios más bajos hacía congregarse mayor público y preferencia.

Ante la dificultad de controlar el escurridizo comercio regatón, las autoridades optaron por imponerles tarifas y contribuciones. Esto no solo significó que fueran recodidos como comerciantes y por eso con derecho a ocupar el espacio común; además significó un problema de proporciones cuando fue preciso desplazarlos por los desórdenes, bullas e inmundicias que acarreaban en las calles. Para ese entonces, las autoridades se hallaron en un callejón sin salida, “sobre todo cuando comprendieron que las contribuciones de los regatones configuraban una parte sustancial de los ingresos (informales) del Subastador de la Plaza y, por tanto, del mismo tesoro municipal” (Salazar, 1985: 246). Así, las contradicciones municipales se hicieron evidentes y a pesar de los problemas que ocasionaba el comercio en las calles se tenía conciencia que el pago de contribuciones gravaba a la gente de más escasos recursos; fue en base a esto que en 1883 y 1884, se presentaron dos proyectos destinados a suprimir el pago de derechos a los vendedores “al menudeo, que venden en canastos u otros objetos portátiles preparaciones de masa, duraznos cocidos, mote, dulces y

frutas”, sin embargo, con la indicación que no debían estacionarse de forma definitiva en las calles y plazas sino trasladarse continuamente de un lugar a otro, vale decir, devenir ambulantes (Brito, 1995).

Con la pretensión de controlar el movimiento de los regatones se les permitió que se asentaran en lugares determinados; estos fueron los “caxoneros”, que constituían una suerte de “mercado de las pulgas”, también llamados “baratillos” (Salazar, 1985: 246). Lo anterior resultó ser una medida avalada por los comerciantes siempre y cuando dicha movilidad no escatimara sus ventas o la concurrencia de público. Si las condiciones de la nueva ubicación además de las inclemencias temporales no solventaban la venta y concurrencia de público, volvían a los mercados o deambulaban como hacían regularmente. Con todo, las medidas en torno a mejorar las condiciones de orden e higiene propuestas por las autoridades regularmente no se cumplían donde incluso la persecución policial no fue una medida que garantizara el control en las calles. El aire de cercanía que mantenían con el mundo popular, ya sea por el reclutamiento en sus filas así como por las relaciones de camaradería que mantenían, hicieron de la vista gorda y el pequeño soborno una salida viable a la persecución (Romero, 1997: 98).

6.1.6 A modo de síntesis

Sin duda las calles fueron un espacio privilegiado para el desarrollo del comercio popular, y más, para la expansión del mundo de los pobres. Ferias de frutas y verduras, fritanguerías, comercio de abastos, eran actividades que coadyuvaban en el abastecimiento de la misma población rural que migraba a las principales ciudades. Abocarse a la vida de la calle no fue tan sólo una más de las expresiones que la elite veía como inclinación a la ociosidad. La expansión de la “ciudad bárbara” propició la emergencia de actividades y prácticas provenientes de la vida campesina que, tomando otros bríos, se reprodujo de acuerdo a las propias condiciones de la expansión, la carencia y coherencia de los sectores populares.

El rancho (Brito, 1995), la chingana o la ramada (Salazar, 1985), así como la calle misma (Romero, 1984) fueron el hábitat y lugar de la contracara a la “ciudad culta”. Las mujeres, dominando con particular dedicación el pequeño mercado de comidas y alimentos edificaron no sólo en sus ranchos un lugar de abastecimiento, sino también, con ocasión de días festivos o juegos públicos concurren en masa a las plazas, cañadas o sitios designados con sus

cocinerías y fritanguerías; haciendo parte ineludible del evento el comercio y la venta callejera (Salazar, 1985: 273). Del mismo modo, la oferta y la demanda o la estacionalidad, recrearon una pauta de vida para los trabajadores no calificados quienes se radicaron en torno al abasto de la ciudad, que luego dio vida a la Plaza y más tarde a la Vega Central (Salazar, 2004) donde también concurrieron amasanderas y cocineras.

Durante los siglos XVIII y XIX las pequeñas actividades comerciales y de producción artesanal constituyeron nichos privilegiados por los sectores populares para su subsistencia y abastecimiento donde el intercambio regular de bienes y servicios fue una práctica cotidiana del bajo pueblo. Es por ello que las ocupaciones de los pobres configuró menos una clase asalariada estructural y más un movimiento social heterogéneo y marginal, pero con capacidad de construcción de tejidos económicos y sociales autónomos o semiautónomos (Goicovich, 2006: 121). La precarización de la vida popular hizo gestar poco a poco una sociabilidad urbana diferente a la planificación de la ciudad ilustrada concorde su proyecto modernizador; reprodujo espontánea y paulatinamente amortiguadores y soportes en los que pudo sobrevivir. El comercio ambulante como práctica comercial, regenerativa, y diariamente alimentada fue una muestra de dicho espontaneísmo, que se hizo presente de forma masiva pero imprescindible en las calles de la ciudad.

6.2 Santiago y el comercio ambulante hoy

6.2.1 Municipalidad de Santiago

Un siglo después, y de manera sostenida en los últimos años, la Municipalidad de Santiago ha desarrollado diversas instancias mediante las cuales se busca combatir el comercio en las calles (Municipalidad de Santiago, 2017). Santiago, comuna que alberga el triángulo fundacional de la ciudad, se presenta como un centro aún vigente y lleno de vitalidad; alberga la concentración de las principales funciones públicas y administrativas de la capital, por lo que moviliza y atrae un tercio de los viajes realizados en el Gran Santiago (Green & Soler; 2005). Esta centralidad le otorga un matiz particular a la preocupación constante de la regularización del espacio urbano, en términos de higiene y orden, así como a la sostenida presencia de comerciantes en sus calles.

La política persecutoria que ha llevado a cabo la comuna de Santiago en el último tiempo, ha sido replicada con especial esmero por Estación Central, Providencia y Las Condes, que son las comunas colindantes al poniente y al oriente siguiendo la principal arteria de la ciudad – Alameda/Providencia/Apoquindo. En estos casos la sanción no sólo ha estado referida a los vendedores ambulantes sino también se ha extendido a sus compradores. Así como Santiago, en Providencia se ha lanzado en 2018 una campaña denominada “Evita una multa, no compres en la calle”, que tiene como principal premisa “sin demanda, no hay oferta” (Municipalidad de Providencia, 2018). Incluso en la comuna de Las Condes, donde el comercio no tiene mayor presencia, recientemente ha sido promulgada una ordenanza municipal que estipula multas de 1 a 5 UTM a personas que compren, vendan o realicen cualquier acto de comercio en Bienes Nacionales de Uso Público, o bien impidan u obstaculicen el libre tránsito en dichos bienes (Municipalidad Las Condes, 2018); “el que Providencia se ponga más estricto nos va a afectar porque significa que algunos comerciantes ambulantes van a querer desplazarse a Las Condes” afirmaba el alcalde de la comuna, Joaquín Lavín (Radio Cooperativa, 2018).

Concretamente en la comuna de Santiago se ha creado en 2017 una iniciativa de seguridad coordinada en conjunto por el municipio, Carabineros, PDI y Seremi de Salud, denominado Comercio Justo. Éste busca regular el comercio en la comuna y los principales sectores donde proliferan los comerciantes ilegales, como son el Casco Histórico, Franklin y Barrio Meiggs. Fundado en la competencia desleal que significa para el comercio establecido no solo se ha abocado a los comerciantes sino también a quienes sean sorprendidos comprando en el comercio ilegal (Municipalidad de Santiago, 2017).

En esta línea, se incorporó en 2018, la Subdirección de Actividades Comerciales en Bienes Nacionales de Uso Público, organismo encargado especialmente del problema del comercio ambulante tanto en su arista comercial como relacionada a la ocupación del espacio urbano (Ministerio de Economía, Fomento y Turismo, 2018). La Subdirección busca ampliar las facultades de fiscalizadores municipales pudiendo éstos solicitar la cédula de identidad de personas sorprendidas en actividades comerciales ilícitas además de decomisar mercadería a comerciantes ilegales, estando resguardados en procesos de fiscalización (Municipalidad de Santiago, 2015a). El organismo está facultado para decretar Zonas de Exclusión, Saturación

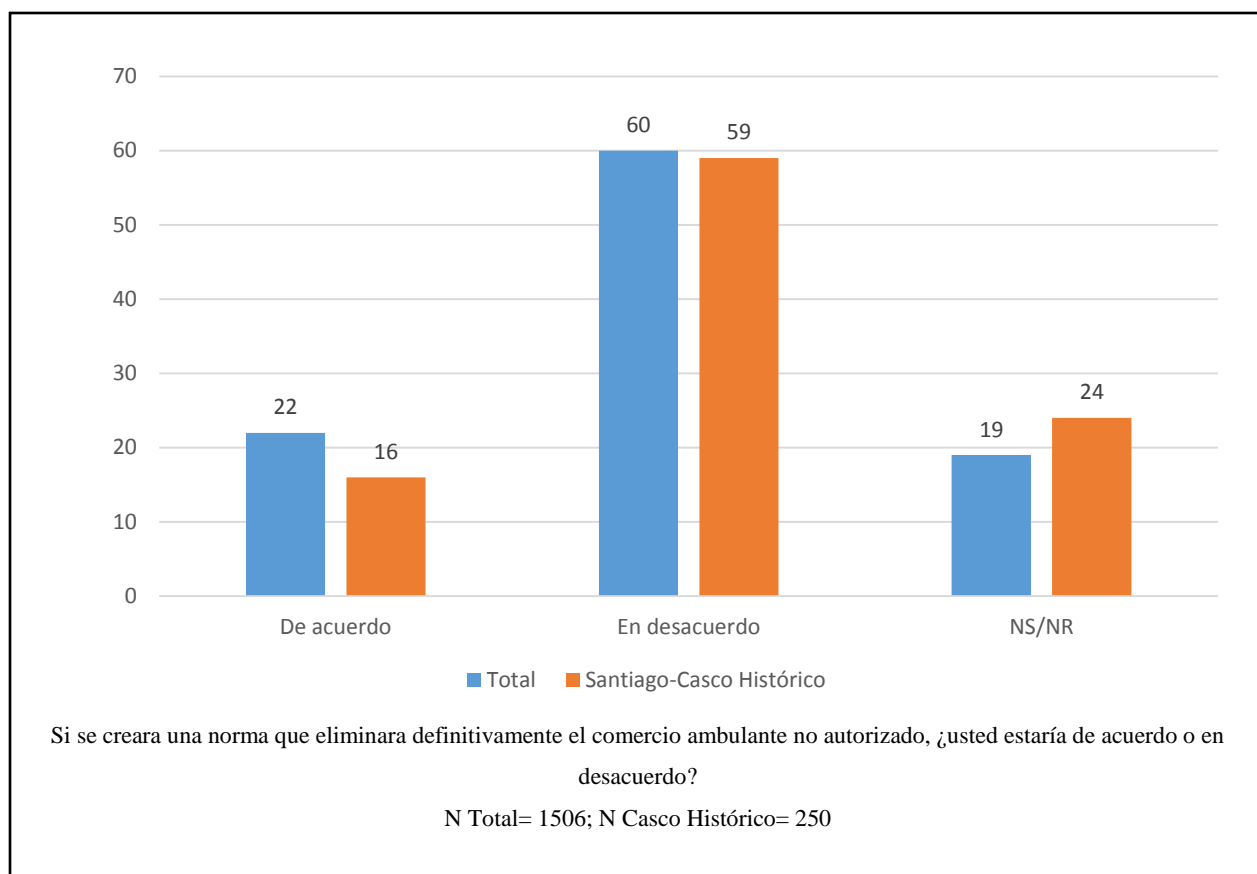
o Comercialización con el fin de delimitar las áreas donde no está permitido otorgar más permisos, lugares en que debieran disminuir los comerciantes ambulantes así como zonas donde puedan adjudicarse patentes comerciales, respectivamente (Municipalidad de Santiago, 2015b).

La atención sobre el encuentro comercial también alude a la demanda que tiene el comercio en las calles y, por eso, a la validez y concurrencia que logra a propósito de sus compradores. El hecho que sean incorporados los compradores como potenciales agentes delictivos posiciona la actividad como asumida, compartida y avalada por ambas partes y por ello, también como focos de persecución. (... el lugar que ocupa el comercio ambulante--- estudio)

6.2.2 Casco Histórico

Según el estudio de la Cámara Nacional de Comercio titulado “Comercio ambulante no autorizado y sus implicancias en la seguridad ciudadana” publicado en 2015, enfocado en 5 comunas de la Región Metropolitana incluida la comuna de Santiago; un 60% de los encuestados estaría en desacuerdo respecto a una norma hipotética de eliminación definitiva del comercio ambulante. De acuerdo con los resultados los compradores se sienten atraídos por los bajos precios de los productos ofrecidos así también porque existen garantías respecto al cambio de productos defectuosos y por considerar que los productos adquiridos son de buena calidad (CNC, 2015). También son aludidos los puntos de encuentro como la feria, o las calles aledañas a la casa o lugar de trabajo.

Gráfico N°3. Norma hipotética de eliminación del comercio ambulante (%).



Fuente: tomado de Estudio del Comercio Ambulante no Autorizado y sus implicancias en la Seguridad Ciudadana (CNC, 2015: 88).

El comercio ambulante no sólo demanda atención en el plano laboral respecto a las condiciones de sus trabajadores, incluso podría preverse que este punto no es el que más llama la atención. Por el contrario, la relación comercial con los puestos establecidos y locatarios por concepto de competencia desleal es una de las razones que más propende a su regularización. La sanción sobre el encuentro comercial busca delimitar los márgenes de aceptación que tiene la demanda del comercio ambulante al mismo tiempo que condiciona su propio lugar de encuentro. Al respecto, en cada una de las ordenanzas municipales se especifica una sanción sobre la obstaculización o interferencia del libre tránsito en los Bienes Nacionales de Uso Público, lo que muestra la doble faz de la inconveniencia del comercio ilegal en las calles. Competencia desleal y comercialización ilícita además de obstaculizaciones, ruidos, suciedad y desorden, como agravantes de climas de inseguridad ciudadana y delincuencia.

6.2.3 Del centro, la Alameda, y los lugares del comercio ambulante

Lo anterior no deja de ser cierto sobre la base de la interferencia que logra el comercio en las calles a propósito de los transeúntes y de la propia imagen del centro. A ratos atiborradas de comerciantes algunas esquinas y paseos son imagen de algo que pareciera expresión de desorden pero que, sin embargo, opera conforme lógicas y normas implícitas de organización (Ministerio de Economía, Fomento y Turismo, 2018).

La comuna de Santiago está ubicada al centro de la Macro Región Central (Territorio Metropolitano Globalizado que comprenden de las Regiones de Valparaíso, O'Higgins y Metropolitana de Santiago), compartiendo límites con diez comunas de la Región Metropolitana (CNC, 2015). Esta centralidad le otorga una importancia mayor relativa a la disposición y visibilidad de sus espacios, donde el comercio ambulante es reconocido como una interferencia (Garcés, 2012). En este sentido la higienización del espacio urbano orienta las concurrencias y ocupaciones avaladas por las autoridades, siendo la presencia de comerciantes y el desorden que conlleva su actividad una razón de señalamiento por parte de vecinos y el propio municipio. Sin embargo, así como ha sido la estética de las principales ciudades el móvil de la persecución de los comerciantes también se ha abogado por una línea que busca centrarse en la conservación del patrimonio histórico propio de los centros urbanos, como ha sido el caso de México y El Zócalo (Silva, 2010).

Para el caso de Chile y la comuna de Santiago, tan sólo el Casco Histórico alberga una población residente de 36.000 habitantes y una población flotante aproximada de 2.1 millones de personas (CNC, 2015). La concentración de grandes flujos de personas como su concéntrica ubicación propone a la comuna y al centro como lugares idóneos para la ubicación de comerciantes ambulantes. De aquí también que pueda inferirse la importante presencia de carabineros y el despliegue de operativos, así como la elevada cantidad de denuncias y aprehensiones en comparación a nivel regional y nacional donde representó, en 2016, el 74% y el 48% respectivamente⁴.

Juan Manuel, que lleva varios años trabajando en la venta de masas y empanadas en el centro de Santiago, advierte la preferencia por la concurrencia de público:

⁴ Ver Gráficos N°1 y N°2, en Antecedentes.

“Lugares masivos, conciertos, salidas de metro, en lo posible donde hayan universidades, en lugares comerciales donde haya harta gente, Estación Central, terminales de buses [...]

Lugares donde transite mucha gente, por lo menos, esas son mis oportunidades”

(Juan Manuel, 33 años).

Del mismo modo, Renato, vendedor de fotografías antiguas, atestigua de la dinámica de organización que logran los comerciantes en una de las principales esquinas de la comuna y la capital, al instalarse en una de las salidas del transporte subterráneo con cajas y paños en el piso:

“Si tú te poní a ver bien la dinámica de las ventas, se arma un, se arman calles cachai [...]

afuera del Metro Santa Lucía por San Isidro, veí, hay como tres cuadras de weones

vendiendo y todos se ordenan”

(Renato, 32 años).

6.2.4 Comercio ambulante. Irrupción, intervención, apropiación

El uso tradicional de la calle ha estado vinculado siempre a ser un lugar de encuentro, espacio para el tránsito y destinado al mercado (Gehl, 2002). Sin embargo, no se representa como un espacio vacante a ser ocupado, son las propias actividades que alberga la que le otorgan sus principales cualidades. El tránsito, el mercado o el encuentro de personas son la representación de lo que *vemos* en la calle. El espacio urbano, en este sentido, se da por medio del acontecimiento y solo en el momento en que éste toma lugar en él. No es un lugar, sino un *tener lugar* de los cuerpos que lo ocupan en extensión (Delgado, 2007: 12). La ocupación del espacio mediante su trabajo, posiciona al comercio ambulante como una práctica propia de territorialización, entendida como un desentendimiento de la directriz urbanística que pretende proyectar y determinar su correcto uso (Delgado, 1999), transformándolo y practicándolo de maneras disimiles y heterogéneas según conveniencias y constantes evaluaciones. La organización y el ordenamiento de la dinámica de las ventas resultan ser, así, expresión de una apropiación y territorialización en la que *tomar un lugar*, es más que colmarlo; es practicarlo y de paso, subvertir y conferirle un carácter distinto al que pretende.

La apropiación de los lugares puede expresarse de muy diversas maneras de acuerdo a los recursos o herramientas de que disponen los comerciantes. No siempre contando con materiales exclusivos para la venta y el puesto de trabajo, los utensilios y artefactos encontrado en la calle resultan ser insumos para promover sus productos. Como ejemplifica Mario (33 años), *“al principio me tengo que buscar*

una cajita, dos cajas para armar mi mesita, armo mi mesa y le pongo mi paño". Dependiendo de infinidad de factores como la hora del día, la estación del año o la cantidad de público concurrente, varía el lugar y los materiales para emplazar el puesto de trabajo, donde son recurrentes los manteles, las cajas de cartón o pequeñas sillas. Lo que prima es que sean instrumentos de escaso valor y fáciles de asir, en caso de tener que movilizarse o tener que reducir el puesto ante la fiscalización. *Tirai un paño de mantel, un mantel no más po, y tirai las cosas encima. Porque no podí tener más instrumentos cuando no tení un permiso*", comenta Cristian (22 años), vendedor de productos de estación.

A la salida del metro no es extraño ver un vendedor apoyado en la baranda voceando y ofreciendo. Más allá dispuestos con pequeñas parrillas o carros para la preparación de alimentos, ofrecen sus comidas y colaciones al paso. Siguiendo el flujo de transeúntes, que emana incesante de las escaleras subterráneas, se ubican en hileras continuas, de frente, simulando una pequeña feria con insumos para celulares, accesorios de mujer, películas, quesos, ropa y artículos de aseo, donde las superficies en altura facilitan la cercanía y presentación de los productos. En los semáforos también se ubican con pequeños dulces o botellas de agua, ofreciendo a quienes esperan cruzar y de donde resultan algunas ventas. Así, cada punto de inflexión o estacional del flujo, se presenta como una oportunidad para instalación siempre momentánea y alerta, dedicada a la vente. Instalándose y reacomodándose, los comerciantes irrumpen y se apropian de aquellos lugares, que por momentos cambian de función para convertirse en recursos y materiales del puesto de trabajo. Incluso con su sola presencia y corporeidad un comerciante logra anclarse a lo material constituyéndose como una irrupción que se adosa, anunciando un producto, o enunciando una intervención que acontece de súbito y se instala⁵.

Para Rancière (1996), en este sentido, la *política* como verificación del estatuto de igualdad se contrapone en todo momento a la *policía*, que opera mediante la adjudicación jerárquica de lugares y ocupaciones. Lo hace en lugares y con palabras que les son comunes aun cuando articula una nueva representación de ese lugar y transmuta el estatuto de esas palabras. Siguiendo el planteamiento del autor, se trata de una producción mediante actos en una instancia con una capacidad de enunciación no identificable en el campo de experiencia dado,

⁵ Ver Anexo N°4, Fotografía N°1.

y que por el contrario, corre en paralelo como una nueva representación del cambio de la experiencia. Articula una nueva representación de lugares y palabras impropias, en el espacio configurado por la *policía*.

El papel adjudicado por el comerciante y su ejercicio deslinda los límites propuestos por el orden urbano y su proyección habitante. Traspasa la funcionalidad proyectada en la materialidad de la ciudad y se instala articulando un nuevo escenario aunque temporal, visible y presente. Ocupación que difiere a la del transeúnte que no proyecta más que la forma de un flujo (Delgado, 1999: 178), el trabajo del comerciante persiste en el tiempo y en ello se hace susceptible de ser reconocido como parte del paisaje urbano. La intervención se traduce como una primacía del tiempo sobre el espacio, en una apropiación que modifica estéticamente por medio de su práctica el espacio habitado⁶. Construyendo escenario imprevistos, gritando y emplazando los lugares de trabajo, anuncia su procesos de territorialización, donde los ritos y la autoproclamación de la ocupación palian la falta de legitimidad simbólica de la grandilocuencia ornamental de la ciudad (Joseph, 1988).

Situar el comercio ambulante como un agente significativo en la construcción y producción de lo urbano, apela a considerar aquella práctica y forma de habitar la calle como constituyentes de dicha producción. Si por un lado, la ciudad y su resguardo, está interpelada por la acción del orden político y los agentes policiales, por otro, debe su articulación a lo eminentemente urbano y a las maneras de *ocuparla* y, con ello, de dotarla de contenido. En este sentido, y siguiendo a Delgado, la *urbs* representa la actividad configurante de los transeúntes que con cierta asiduidad se contraponen a los designios de la planificación urbanística (Delgado, 2007). Corresponde al propio trabajo de la sociedad urbana sobre sí misma (Joseph, 1988), donde los lenguajes naturales de sus transeúntes orientan y sustentan lo urbano (Delgado, 2007); donde también las relaciones, encuentros y conflictos que alberga, dirimen el carácter de su experiencia (Araujo, 2016c; Araujo & Martuccelli, 2012).

⁶ “Poner el arte al servicio de lo urbano no significa ornamentar el espacio urbano con objetos de arte [...] esto quiere decir que los tiempos-espacios se convierten en obra de arte y que el arte pasado se reconsidera como fuente y modelo de *apropiación* del espacio y del tiempo [...] El arte, prescindiendo ya de la representación, el ornato, la decoración, puede convertirse en *praxis* y *poiesis* a escala social: el arte de vivir en la ciudad como obra de arte” (Lefebvre, 1978: 158-159).

Tomando como premisa la presencia sostenida y deliberada de los comerciantes en el centro, en adelante se abordarán las principales relaciones y experiencias de las que se hace parte. Conforme la ocupación no convenida y atendiendo la naturaleza propia de su trabajo orientado a la venta y el público, en lo que sigue se revelarán tres importantes actores con los que se relaciona a diario: el público, la policía y los demás comerciantes ambulantes.

6.3 La relación con el público

6.3.1 Transgresión-no agresiva

Las relaciones comerciales en los Bienes Nacionales de Uso Público están caracterizada por la intencionalidad de los comerciantes al vender en la calle. Irruptoramente en algunos casos, aunque más silente en otros, lo que prima es la intención de poder “llegar a la gente”, de captar su atención y mantenerla mientras se ofrece o se intenta vender un determinado producto. El grito, es el recurso más aludido por los entrevistados al momento de hacer conocer su mercadería, por su oficio y el lugar donde se emplazan, vociferar, alardear y mostrar son recursos ineludibles para captar atención y potenciales clientes. Están obligados a *llamar* y atraer a la gente con quienes mantienen una relación hiperlocutiva. A esto se debe que por lo general despliegan una energía vocal y corporal que los fuerza a ir a lo esencial sin matiz alguno, sea para captar la atención de los compradores o alabar sus productos (De Certeau, 1999: 27).

“... yo grito mi mercadería y trato de atraer a la gente pa que venga pal lado mío, pa que vean el producto que estai vendiendo, todo, y tratar de meterle, puta si te van a comprar quinientos pesos tratar de que compren una luca, dos lucas” (Sergio, 34 años)

Estos modos de presentación o abordaje del público, sin embargo, no son asimilados como recursos transgresores cuando la mayoría de las veces interfieren el curso regular de una caminata o llaman la atención sorpresivamente. La dislocación que logra el comerciante sobre los transeúntes y la clientela no es asimilada por éstos como una afrenta y es posible identificarla como una *transgresión-no agresiva*. Esto sin duda porque interfiere las más de las veces de manera irruptiva y sagaz, ya sea el tránsito o la atención de un transeúnte, sin embargo, siempre con cierta connivencia por parte de éstos. Después de todo, tanto la calle

y su vorágine, la bulla, el estruendo y el desorden, no son experiencias ausentes para sus habitantes.

A pesar de la vehemencia en el ofrecimiento de los productos -que va desde el grito, los aplausos, la interposición en el trayecto o la entrega en mano de los productos ofrecidos- y el permanente traspaso de los límites propios, es extremadamente excepcional que una persona recrimine o reaccione abiertamente de manera negativa frente a este tipo de prácticas. Aunque muchas veces puede ser una intromisión, resulta una manera convenida de ofrecimiento y de interferencia en la atención especular de los transeúntes en la calle. Juan Manuel (32 años) lo explica así:

“...siempre con el grito, de repente podí llegar y llamar la atención de la gente gritándole ¡dobraítas con queso, pruebe mis doblaítas, están ricas chiquillos! Podí caerle bien al cliente gritando bien, de manera respetuosa y que digan quizás, ya, por qué no me dai una doblaíta, se ven ricas ah. Y todo depende de ti”.

También *“a la gente le gusta la picardía; que andí llamando a la gente, que venga pa’ cá, tirando su tallita...”* comenta Sergio (34 años), en la medida que son expresiones permitidas por el contexto del mercado y la calle. Lo esencial para los comerciantes es acortar la brecha y la distancia que media con transeúntes, e incluso entre ellos mismos. Se trata de mover, traer, llevar a la gente donde el grito, las bromas y las suspicacias picarescas están disponibles como recursos para *encantar, caer bien* o solo *molestar*. El llamamiento, además, nunca está dirigido especialmente a cada persona, se trata más bien de alusiones generalizadas que buscan captar la atención de alguno y que de paso también pueda hacer que otro se sienta interesado (Gehl, 2002). En este sentido es común que cuando una persona comience a hacer algo, o verse interesada por algún ofrecimiento, sean otras las que le sigan y se sumen; la curiosidad y la disposición son ánimos contagiosos en la calle y más cuando se hace bien la oferta. Lo que importa es llamar la atención y el grito funciona bien porque, como explica María (37 años) *“si tú gritas como que le llamai la atención, primero, después de llamar la atención se acerca esa persona y donde los demás ven que hay una persona viendo llama más gente y llama más gente”.*

Así también se comprueba la dinámica urbana entre individuos y acontecimientos de influirse y estimularse recíprocamente (Joseph, 1988). La distancia y la desconfianza parecen ser un

escollo eludible por medio de ardidés grandilocuentes donde la intromisión no es leída como un insulto sino incluso como algo gustoso y correspondido. Así, lo que prevalece más que la planificación es la facultad de improvisar y atraer: “*es que no es qué se dice o qué se hace: tení que tener poder de convencimiento*” especifica Cristian (20 años).

Este despliegue sirve para ejemplificar, de modo particular y significativo, una práctica de ruptura de las distancias que goza de márgenes insospechados de aceptación en comparación con otras esferas relacionales en la calle, como el caso del transporte público para dar un ejemplo (Araujo, 2016b). Lo que evidencia, al mismo tiempo, es que se trata de interpelaciones con una alta consciencia de la observancia de los límites en cada interacción, es decir, que a pesar de ser una práctica irruptiva no alcanza a ser desmedida; se trata de un traspasar aunque constante, controlado. Lo llamativo de esta forma de trato resulta a la luz de la irritación altamente pregnante de las relaciones e interacciones sociales en el momento actual de la sociedad chilena y sobre todo en el espacio público (Araujo, 2016c). La consciencia de habitar lugares e interacciones altamente jerarquizadas, leídas bajo marcos de discriminación e imbuidas de autoritarismo propone una predisposición confrontacional cargada de irritación y de defensa frente al abuso en el espacio público (Araujo, 2016a; Rodríguez, 2016).

Si bien la experiencia en las calles está caracterizada por una clasificación constante de los espacios a transitar como propios o ajenos, esto no precisa necesariamente un menoscabo cuando hay códigos extendidos de horizontalidad entre sus ocupantes (PNUD, 2017). No se trata, por cierto, de una experiencia lo suficientemente homogénea para ser enmarcada exclusivamente en criterios asociativos de clase o posición socioeconómica, pero sí, presentando indicios que presuponen un entendimiento claro y exclusivo de la interacción en torno a la venta, lo que ubica al comerciante como un agente que acondiciona un lugar en que las amenazas interaccionales están, al menos momentáneamente, alejadas. Lo que opera en la transgresión-no agresiva es un reconocimiento y una legitimación por parte de los transeúntes al trabajo realizado por los comerciantes ambulantes, otorgado sobre la apropiación del espacio común y en la flexibilidad de los límites del “metro cuadrado” propio. Aunque puedan manifestarse pequeños gestos, lo que prevalece es una permisividad

a la actividad y a sus recursos, que no es leída como una agresión o algo a lo que se deba responder como tal.

6.3.2 Comercio ambulante. Su disposición

*“Si no tení buena relación con la gente,
la gente no te compra; si aquí tú viví de la gente.
Si de repente hay gente que te viene a comprarte todos los días...
Y esa misma gente después se va haciéndote amiga tuya, tu clientela”.*
(Crístofer, 22 años)

A pesar de los diferentes grados de interpelación al público por parte de los comerciantes la base sobre la que se sustenta su trabajo es, por lo menos, una disposición abierta, afable y contenedora. No sólo se trata de una interpelación permitida; “ganarse la gente” también amerita un desplante en el que se hagan manifiestas las preferencias por parte del público sobre los oferentes. Si la condición para vender es lograr cierta cercanía y familiaridad con los clientes, lo preciso es contar con recursos o herramientas que hagan posible dicha aproximación. Tener un encanto, en este sentido, es tanto un recurso inapelable para entablar buenas interacciones como de concretar satisfactoriamente el trabajo.

“Uno trata de encantar a la gente para que la gente vuelva. Si tratái mal a la gente, después la gente no va a volver [...] tenimo el encanto de dama, caballero, señorita, lolito, lolita, y a todos se les respeta, sea pa'llá, sea pa'cá, en el sentido... tengan sus detalles. Pero uno siempre dama, caballero, señorita, qué se le ofrece, ¿está con la duda?, venga, sírvase, pruebe, si quiere me compra y si no, me da las gracias. Entonces ahí ya tení un encanto con la gente, entonces la gente ve tu producto; ah ya, están exquisitos, dame seis, dame doce; y así los hemos ganado a la gente.”

(Héctor, 37 años).

La amabilidad para con el público es parte indisociable de la manera como se concibe el trabajo en la calle. “Tení que ser lo más amable posible, pa que te compren” resume Sergio (34 años). *Vivir de la gente* no es menor pues ello es lo que ordena precisamente las

interacciones, de las que se siente responsable el comerciante, donde recae lo factible de su venta, y, por tanto, lo promisorio de su trabajo. La naturaleza del encuentro está cruzada por un ánimo de fidelidad y compromiso, familiaridad y dedicación; *“ellos son los primeros con lo que hay que tratar. Primero es el cliente y después son los amigos”* aduce Jesús (22 años), comerciante venezolano, quien lleva trabajando dos años en la calle, entre Venezuela, Colombia, Ecuador y ahora, hace tres meses en Chile.

Llamar a la gente no es tan sólo recurrir a la hiperlocución, es también recrear instancias que hagan que el comprador en algún otro momento vuelva. Aun cuando puedan ser recurrentes algunas personas -la clientela- la disposición al trato es especialmente dedicada en algunos casos.

“Todo depende de la llegá’ que tú tengas, o sea, muchas veces la atención hace que el cliente se devuelva, muchas veces la manera en que los atiendes, la manera en que los saludes. Siempre ser respetuoso con el cliente, saludarlo, agradecerle por la compra, es importante que el cliente... de vez en cuando preguntarle cómo está” (Juan Manuel, 32 años).

“Nosotros tenemos una llegada buena, te puedo hablar desde mi experiencia, tenemos una llegada más amable, a la gente la tratamos bien, tenemos hartos clientes que van y nos compran y van y hola, como están, como les ha ido chiquillos. Entonces terminamos haciendo relaciones. Pero es por el trato también...” (María, 37 años)

La disposición de los comerciantes para con el público, de atención particular, amabilidad y confianza, implican cierta cercanía pero sobretodo reciprocidad. La condición de una conversación entre desconocidos solo aflora cuando los implicados están a gusto y más, si se ven ocupados en el mismo asunto (Gehl, 1987). No es un mandato simplemente, por más que esté atravesada por una apelación, es también un llamado que es respondido y otorgado finalmente como una preferencia. Vender en la calle es más que simplemente ofrecer, es también conversar.

“Hay que ofrecer lo que uno está vendiendo no más, igual ponerle algo de chicharra a la gente pa’ que, pa’ que entre [...] meterle chicharra, un poquito de conversación, tratar de sacarle una sonrisa, como le gusta a la gente que la traten en la feria, sacarle su sonrisa;

molestarla a la gente”

(Sergio, 34 años).

La venta se perfila como un ejercicio poblado de ardidés que ameritan esfuerzos disímiles dependiendo de las circunstancias pero del que se busca tener una respuesta. La calle, como espacio predilecto para el encuentro y la apropiación espacio-temporal concentrada en el valor de uso –por sobre el valor de cambio- (Lefebvre, 2003) propone la interacción como sujeta a una “ocurrencia contextual”. Las situaciones se inscriben en una tensión elástica, prospectiva-retrospectiva, donde el sentido común opera como telón de fondo (Joseph, 1988). No precisamente una falta de sentido es lo que reina el encuentro y la interacción entre comerciantes y compradores, el que la gente *quiera* ser molestada, responde a un exceso de sentido, compartido y coherente. Alimentado de las sustancias relacionales de la calle, siendo más que intérprete un *actuante* (Delgado, 1999), el actor logrará instalarse en el instante siguiente si consolida su actuación. Los gestos cargados de atención y amabilidad, o el encanto, son en principio, recursos y disposiciones de las que se vale el comerciante para llegar a la gente, quien responde de distintas maneras a ese llamado.

De este modo la socialidad en el encuentro callejero no es más que el conjunto de experiencias en virtud de las cuales un actor se encuentra “más o menos” indeciso respecto a los límites propios y del otro (Joseph, 1988), donde la capacidad de salir airoso a cada instante pende de las herramientas y recursos relaciones con que se cuenta. Es en este sentido que la transgresión-no agresiva se trasluce como la expresión de un diálogo bidireccional en que el ánimo latente del encuentro, el acontecimiento y el contexto, están insertos en un devenir de sucesos de carácter puramente pragmático. Tanto la enunciación como la reapropiación constante de la que se hace parte el comerciante en su ejercicio, instaura, de manera permanente, un presente relativo a un momento y un lugar, planteando un contrato con el otro en una red de sitios y relaciones particulares (De Certeau, 2000). La disposición del comerciante descansa en la asimilación que tiene tanto del espacio-tiempo como del juego que resulta del contexto y la situación; lo que lo posiciona como un artífice de una interacción que, por lo límites difusos entre el sí mismo y el otro, propios del espacio urbano, se complementa indispensablemente con el ánimo del transeúnte o el comprador.

La inclinación propia de los vendedores se condice con las principales funciones que ha tenido y aún comporta el espacio urbano. Si bien el mercado, y su consecuente “vida en la calle”, se ha ido convirtiendo en algo estrictamente controlado (Gehl, 2002), o privatizado (Rodríguez & Winchester, 2005), el comercio ambulante se presenta como vestigio de prácticas anteriores a la planificación, reglamentación y ordenamiento de las relaciones e interacciones circunscritas al comercio. En este sentido también, la calle es asimilada como un espacio desorganizado, amorfo, sucio y ruidoso; frente al mall o el centro comercial, como espacio destinado a la transacción comercial siempre ordenado, limpio y receptivo (Segovia, 2007). Precisamente esta diferencia es la que caracteriza el encuentro del comercio callejero. La *relación de casería* que se forma entre vendedores y compradores termina por identificarlos en un mismo ambiente, donde predomina la “buena atención”, a distancia de la relación atenta pero impersonal que se gesta en los espacios donde el comercio y el encuentro siguen cursos protocolares y gerenciados de cortesía institucional (Salazar, 2004).

6.3.3 Su contracara. La gente

El trabajo de los comerciantes se sustenta en un reconocimiento básico sobre las interacciones en la calle y es que, concretamente, nadie está obligado a hablar con nadie.

La calle, como se ha argumentado, está en lo más próximo a lo líquido e inestable que comporta como espacio de encuentro. Espacio itinerante o territorios circulatorios (Delgado, 1999), la calle se presenta como insumo de una práctica que se alimenta de su acontecer interminable e inagotable. Situado en el orden de lo no concebido (lógicamente), el comercio se ubica en frente a los compradores como evento circunstancial al que no han de recurrir con especial afirmación, es decir, que la concurrencia y la compra, o la simple interacción, como se ha dicho, están más cercanos a ser un encuentro espontáneo y propio del momento (CNC, 2015; 2017) –una primacía del tiempo sobre el espacio (De Certeau, 2000)- antes que evento pautado y predeterminado. La calle, como principal espacio público de la ciudad (Jacobs, 2011), logra ser el afuera por excelencia, donde tiene lugar la actividad poco anclada; donde la casualidad y la indeterminación juegan un rol preponderante en cada interacción (Delgado, 2007). En la calle, “o solo a pie”, puede darse una situación significativa para el

contacto entre desconocidos, donde el individuo, suficientemente a gusto pueda tomarse el tiempo para experimentar, detenerse o participar de una situación (Gehl, 1987)⁷.

El ánimo que orienta el encuentro entre compradores y vendedores no puede ser otro que el de la no constrictión. En el terreno de lo espontáneo, la cercanía o la curiosidad, no pueden estar sino inscritas en una licencia propia de quien se acerca, mira o escucha. La especial disposición del comerciante tiene como premisa, pero también como multiplicador, el ánimo del público y la atención que ofrece en su caminar por el trabajo que está haciendo en la calle. Y por el momento es tan sólo eso: acercarse a mirar, curiosar, preguntar o comprar algún producto, implica tomarse el tiempo para hacerlo.

“Lo que me gusta de esto es que la gente como que baja la guardia, porque llegan, lo ven y se quedan pegados; se dan un tiempo para ellos, llegan con otra, con otra energía, y por ende podí entablar una conversación cachai. De hecho, yo he tenido conversaciones bacanes con gente, con viejos, no se po, con señoras, y como que se forma un tema, de por sí al momento de ya ver la foto se establece un tema, o varios temas. El tiempo, la edad, la ciudad... y la misma gente se ponen a conversar entre ellas, se ponen a contar historias, es bacán esa weá, de hecho es lo que más me gusta de lo que estoy haciendo, que de verdad como que de repente le cambiai un día a una persona [...] así como hay gente que se va cagao de la risa, (otros) van achacaos, ven la weá, conversan un rato, y pa!”

(Renato, 32 años)

“...que aquí aparte de haber clientes hay seres humanos también, personas que necesitan hablar con alguien y te cuentan cosas. Y de repente te cuentan sus problemas o te cuentan sobre algo y se quedan conversando contigo, y se quedan pegados, y de ahí vai generando relaciones”

(Juan Manuel, 32 años)

La posición de los compradores y del público en general, se enmarca en un escenario no constrictivo, o que *no le compromete en nada*. Así, la reproducción del diálogo está caracterizada por la voluntad de sostenerlo, ya sea por la necesidad de comprar o por simple interés. Si bien mucho del ánimo que caracteriza un encuentro está supeditado a las

⁷ Para un ejemplo, ver Anexo N°4, Fotografía N°2.

circunstancias o los modales del comerciante, también ha de descansar en la inclinación que tenga una persona cuando acuden a él.

“Y la gente, pucha a la gente, yo me relaciono harto con la gente y me río, me entretengo, converso con algunas señoras, no falta la que se explaya conmigo, me cuenta su vida, entonces igual es bacán”

(María, 37 años)

Como se ha dicho el ánimo espontáneo recrea condiciones en que la conversación aflora sin miramientos y provista de confianzas inusitadas, al compartir experiencias y vivencias, o simplemente comentarios sobre lo que se vende y ofrece. En los puestos de trabajo no sólo prima la interacción entre vendedores-compradores; en los casos en que logran congregarse grupos en torno a la venta son recurrentes las interacciones entre los propios concurrentes. Al decir de Jacobs (2011), la estructura social de las aceras depende mucho de personajes públicos auto designados donde su principal cualificación es que *es* público, vale decir, que conversa e interactúa con diferentes personas, haciendo circular la palabra y dando vida a ese espacio, en la medida en que también ponen en contacto a unos con otros. Las personas buscan ubicarse cerca de otras personas en la medida en que los espacios estén dispuestos para ello (Gehl, 1987) y la instancia comercial de los ambulantes, parece al menos, propiciar micro espacios de sociabilidad. Incluso, en esta misma línea, es necesario reconocer el papel que cumple el artista o el humorista en el centro de Santiago; como trabajador de la calle también posee la capacidad de congregar recreando ambientes de distensión y complicidad generalizada en el público asistente. Un contraejemplo de ello puede ser el transporte público, donde por ser un espacio de mayor densificación no es infrecuente la experiencia de irritación y disputa que significa entre sus usuarios (Araujo, 2016b). En estos espacios la constricción al encuentro y la cercanía parece ser forma ineludible de interacciones cargadas por el hastío y la premura; lo opuesto a lo descrito por los entrevistados en relación a sus compradores, donde lo que se da más bien, es la experiencia de la fluidez de la copresencia y la conversación (Joseph, 1988).

“por ejemplo, como llevo tanto rato vendiendo en la calle, mis amigos de ahora o la gente con la que me relaciono, casi toda, es gente que he conocido en la calle, vendedores

cachai, gente que me ha comprado...”

(Renato, 32 años)

6.3.4 El comercio y su clientela. Una cuestión de ambiente

Si bien no todas las experiencias se enmarcan en este aire de afabilidad y atención recíproca, lo que importa remarcar es que sí logra presentarse como un escenario caracterizado por la distensión y la disposición a una experiencia no constrictiva y, con ello, no necesariamente displacentera de la calle. El ejercicio de apropiación y territorialización a la vez que aparejado a la relación de disposición y condescendencia entre comerciantes y transeúntes, logra configurar un ambiente que podría caracterizarse con claros y diferentes lindes. Así, el ambiente que recrea esta dinámica puede entenderse como una característica emergente de la relación entre el espacio físico y sensible y los usos y las prácticas de sus habitantes (Arizaga, 2016).

Subrayar que el cometido de los vendedores no descansa únicamente en lograr vender sino más en recrear las condiciones espaciales, anímicas, situacionales para que ello ocurra; es otorgar predominancia a una formación o transformación del ambiente en que toma lugar. En este sentido, y como se ha afirmado, la enunciación como recurso hiperlocutivo significa un insumo relevante en la construcción del ambiente. El sonido, particularmente, opera como principio activo del acontecimiento, da acceso a lo que está sucediendo, y mediante él se puede acceder a la vida social misma, como una formación específica, propia de las formas que adoptan las interacciones y las relaciones de las personas entre sí y en el espacio (Thibaud, 2013). El grito, los aplausos y el desplante de los vendedores, imprimen indicios dispuestos a la percepción de los usuarios que no transitan de manera específica de uno en uno, sino que abarcan y constelan un escenario en que se propician intereses y encuentros particulares y comunes; por ello es preciso considerar el espacio de las prácticas como un espacio practicado, y por ello, como primer síntoma de la valoración de sus habitantes (Arizaga, 2016).

Para el caso del comercio ambulante, o más genéricamente la venta en la calle, vale la pena referirse a la *feria* como ejemplo de un lugar propio, donde se reproducen aires de horizontalidad, bienestar y naturalidad de las relaciones sociales en particular para los

sectores populares. La calle o la feria son para éstos un lugar donde se garantiza la inexistencia de malos tratos, o al menos los relacionados a su condición socioeconómica o la estigmatización. Ahí se puede ser uno mismo y también se puede “ser alguien” (PNUD, 2017: 217). La feria es un lugar donde no se está llamado a ocultar la procedencia social, siendo un espacio donde se generan lazos de reciprocidad entre vendedores y concurrentes (Araujo, 2016b); o como describe Salazar, “en muy pocos otros lugares los ciudadanos encuentran un ambiente cívico como el de las ferias libres o el de los puestos de venta callejeros. Por eso, el comportamiento de los consumidores *complementa* por su lado ese tipo casi excepcional de relación inter-ciudadana” (2003: 92). Sin embargo, aun cuando la feria es un espacio replicado en diferentes puntos de la ciudad, no es sino en los sectores populares donde logra su máxima expresión, pues es ahí, donde se dan instancias de sociabilidad esporádica pero que recrean códigos provenientes de una historia, una identidad y una memoria común (Araujo, 2016b: 22).

Esto es particularmente visible en los puestos de trabajo o relucido por los mismos entrevistados:

“...como que la gente [...] que vienen del barrio alto, como que en general no compran en la calle, cachai, y si es que te compran ahí [sectores altos], son oficinistas, gente que no vive ahí. La actitud; que viene un tipo que tiene mucha plata... no vai cachai. Por ejemplo, un día que vendía comida me di cuenta, fui un día a vender a Lollapalloza, no fui a vender, pero quería ir a vender [...] y nadie compraba, estaban los mismos que están en todos los conciertos y no vendían nada y todo estaban alegando, porque es otra dinámica, otro público, son otros los que van” (Renato, 32 años).

La apelación constante a los recursos utilizados en la feria por los comerciantes ambulantes, como los gritos o las diferentes cadencias y entonaciones para vocear, logran recrearla como un micro ambiente en torno a la venta callejera. Donde, una vez más, no es un movimiento unidireccional, resultado de una apelación incontestable, sino precisamente *una dinámica*, compartida, sabida y entendida; como un “exceso de sentido” (Joseph, 1988). El comercio ambulante se ancla como una práctica de raigambre histórica que tiene la feria, paradigmáticamente, como referente más próximo; sobre todo considerando que ésta llegó a ser la instauración de lo que en otro tiempo fue el comercio urbano-regatón presentado en el

preámbulo histórico⁸. El lugar que toman los comerciantes en el espacio urbano, se sirve de recursos y recrea un ambiente, que apela indefectiblemente a un movimiento conocido:

“Ocupai el grito tradicional, como en la feria, que gritai, ¡dobraítas con queso, calentitas, chaparritas, dobraítas jamón queso, llévelas, están fresquitas, calentitas! Es como, es como trabajar en La Vega, o en la feria, tení que llegar a la gente de alguna forma. Se ocupa mucho lo tradicional, lo del chileno, lo del chileno comerciante, el ambulante, que ofrece sus productos mediante el grito”.

(José Miguel, 32 años)

La feria, como lugar icónico del comercio callejero, es presentada como un espacio de dinámica estable, que pretende además, “resguardar aquellos grados de solidaridad que se articulan, también, como una red de protección práctica (“defenderse de la autoridad”, por ejemplo de la entrada de carabineros”) y simbólica (“sentirse como en casa”)” (Araujo, 2016b: 21) para los sectores populares. Recurrente situación aludida por los comerciantes, la complicidad que mantienen con el público se apuesta, muchas veces, como una ayuda frente a situaciones de amenaza. Como comenta Jephthe, comerciante haitiano vendedor de zapatillas:

“Ellos pasan a veces, ellos compran nosotros, si ellos vienen los pacos, ellos nos dicen, ellos mismos dicen: chiquillos, ahí vienen los pacos, ahí vienen los pacos; ahí mismo nosotros arrancamos. Si tienen alguna zapatilla que se cayó en el suelo, ellos mismos lo recogen para nosotros hasta que se vayan los pacos. Ellos no es tan racista con nosotros”

(Jephthe, 34 años).

Vender en la calle está marcado por el ánimo en que se inscribe la interacción de comerciantes y compradores, o en torno al vendedor, donde su desplante —el grito como principal expresión— coadyuvan a recrear e incentivar un ánimo latente entre transeúntes y compradores. La experiencia que brinda la sociabilidad en la calle en torno al comercio se atribuye a una disminución de las distancias sociales y del aparente ánimo escéptico del

⁸ “Sólo en 1938, con el triunfo del Frente Popular, se ratificó de modo definitivo el subsistema de abasto conocido como ‘ferias libres’ [...] Era la primera vez que el comercio popular lograba un reconocimiento formal e institucional, incluido el derecho a operar en plena vía o espacio público. Ya no era necesario ocupar ese espacio de modo furtivo, a hurtadillas, como invasor o como proscrito” (Salazar, 2003: 82-83).

contacto, o de la introspección. La territorialidad de la calle permite recrear, para los sectores populares, micro espacios de códigos y normas comunes donde no están tan presentes el estigma o la discriminación como barreras de proximidad entre desconocidos. Es también la calle, como la feria, un lugar metafórico del espacio propio, donde se es liberado de la condición de sospechoso y pueden desatenderse los esfuerzos de simulación y ocultamiento del estigma (PNUD, 2017). La oscilación, y el vaivén que media las cercanías más o menos próximas entre los transeúntes, descansa en el trabajo de territorialización que desempeñan en su conjunto produciendo un ambiente y un espacio.

6.4 Relación con la policía.

6.4.1 Práctica espacial. Práctica política.

“La policía dice que no hay nada que mirar en una calzada, nada que hacer salvo circular. La política consiste en transformar este espacio de circulación en espacio de manifestación de un sujeto [...] Consiste en refigurar el espacio, lo que hay que hacer, que ver y que nombrar”.

Rancière (1996: 72)

Si bien por un lado la actitud de los vendedores está orientada al público concurrente, lo que garantiza su trabajo, también ha de enfocarse en resguardar las condiciones para lograr hacerlo. Lo que posibilita su presencia en las calles, en concreto, es la ausencia de la policía. Como regentes del espacio urbano, Carabineros y fiscalizadores, son los encargados de resguardar los preceptos de la ordenanza municipal y consecuentemente de perseguir a los vendedores ilegales; siendo así su copresencia un imposible en la concreción de las funciones de ambos actores.

Para Rancière (1996), lo propio de la *policía* es la organización de la heterogeneidad de lo social mediante la distribución jerárquica de lugares y funciones. Ésta está definida como un proceso heterogéneo de lo político, representado por el gobierno y la asignación de la comunidad conforme lugares y funciones exclusivas. Aquí lo que prevalece no es tanto un “disciplinamiento” como una regla del aparecer de los cuerpos; una configuración de las ocupaciones y las propiedades de los espacios donde las ocupaciones se distribuyen (ibíd.:

44). Sin embargo, por medio de su implementación práctica y discursiva, la *política* se postula como una contraparte constituyente de lo *político* al poner de manifiesto el conflicto de la partición desigual de lo común en la distribución jerárquica. Así, tanto la práctica espacial como su enunciación corroboran el conflicto entre la *policía* y la *política*. En el mismo sentido, situado preferentemente en el orden temporal del espacio y en la perspectiva de la enunciación, los *contextos de uso* se insertan en una red compleja de relaciones y campos de fuerza, proponiéndose las prácticas de consumo como una politización de las prácticas cotidianas (De Certeau, 2000). Como recurso del débil, la creación del espacio impropio, o *sin discurso*, está determinado por una *ausencia de poder* (De Certeau, 1999: 44), siendo el lugar de la *política* el lugar de lo *impropio*.

La regulación por parte de Carabineros conforme la ordenanza municipal, vinculada a una economía del espacio urbano, atribuye su función a garantizar no sólo transacciones económicas lícitas, sino a resguardar el libre tránsito donde las aglomeraciones y el comercio ambulante se presentan como indicio de victimización del espacio público (CNC, 2015). De este modo, Carabineros y fiscalizadores, se presentan como uno de los principales interlocutores de comerciantes ambulantes. Al ser el espacio urbano herramienta fundamental de su trabajo, se hace evidente la relación con los regidores al tiempo que se manifiesta el conflicto político relativo a la legitimidad de su ocupación.

6.4.2 Alternancia en el espacio

Dispuesto formalmente para el resguardo, vigilancia y protección de la ciudad, la policía comporta para los comerciantes una piedra de tope, y un agente de persecución. “*Son lo que molestan*” dice Cristián (20 años). Los carabineros son el único y principal escollo del trabajo en la calle, sin embargo, asumidos como parte indisoluble del mismo. Para María (37 años) la única desventaja está representada en “*la ley; definitivamente la ley. Porque tú pierdes todo*”. La relación aunque conflictiva y contraproducente, se hace parte del trabajo de los comerciantes:

“...y de aquí hay que ir a darle color pa’ ‘llá po. Enfrentarse con la policía, y que permiso y camina y que aquí que acá; entonces los acostumbramos a la rutina ya po, ya los da lo mismo que un paco te diga ‘tení que irte’ o ‘ándate’, ya es como rutina no más” (Héctor, 37 años).

Si bien el encuentro y la interacción pueden tomar cursos disimiles según los involucrados, lo que orienta la relación alternante y evitativa en la ocupación del espacio es la posibilidad de trabajo que concede. Jesús (22 años), comerciante venezolano radicado hace poco menos de un año en Chile, lo resume a la inversa: *“si está el paseo solo, sin comerciantes, es que significa que hay cariblaneros (sic)”* (Jesús, 22 años).

Esta situación también puede sustentarse en un acuerdo más o menos explícito entre carabineros y comerciantes⁹. Ya sea por esfuerzo de los comerciantes o por acuerdo mutuo, lo que guía su relación de evitación es el beneficio o la licencia que otorga a ambos. Sin embargo, importa acentuar de momento, que la evitación se hace condición del trabajo en la calle así como expresión del conflicto atribuido al espacio y su administración.

De acuerdo a la relación espacial de exclusión mutua del espacio social (Bourdieu, 1999), los carabineros *“llegan más a persuadir... como que pasan, los comerciantes se van, y cuando se van, vuelven”* (Renato, 32 años). Aun cuando resuene evidente, la ocupación alternante es expresión del conflicto respecto a los usos planificados del espacio y al mismo tiempo, de la dinámica que constantemente acomodada se desentiende y se lo apropia por medio de la práctica. Concreción de aquel espacio impropio donde la táctica sólo toma lugar en ausencia del poder (De Certeau, 1999: 44).

6.4.3 Policías y comerciantes. Una relación de ambivalencia.

“y lo peor que tienen ellos, ellos te insultan a la primera palabra, la segunda, porque somos de la calle, no te tratan con respeto. [...]. No es como cuando tú vai en un vehículo, buenas tardes caballero, porque yo ando manejando me paran de otra manera... Es otro el trato que te dan. Por el simple hecho de andar en la calle”.

Mario (54 años)

La dinámica de evitación constante entre comerciantes y carabineros se postula como premisa de una relación más compleja y contradictoria de lo que aparenta. Si bien, y de

⁹ *“De repente se da que se conversa sí: ‘pero pucha jefe, hasta qué hora van a andar o ¿esta parte está muy brígida?’; o a veces ellos mismos nos dicen: ‘chiquillos no se ganen aquí a esta hora porque vamos a estar pesados’, cachai”* (María, 37 años).

acuerdo al extendido ánimo de inseguridad que admite la población, la policía y guardias municipales y privados son mayormente solicitados en los espacios público; no siempre representan la misma función. En términos generales, la interacción y relación con los agentes de seguridad estaría orientada según las personas y el sector socioeconómico con que se dialogue. Mientras que para sectores de mayores recursos logra representar protección y resguardo, en los sectores populares la estigmatización y la discriminación resulta una brújula al momento de guiar la interacción cara a cara con la policía. Para los sectores de menos recursos es patente una experiencia eventual de maltrato, donde tienden a operar bajo lógicas de sospecha; caracterizándose ésta relación como cargada de ambivalencia (PNUD, 2017).

6.4.3.1 Discriminación

Por constituirse en un actor relevante en el trabajo diario, la relación e interacciones con carabineros o guardias municipales nunca es unívoca ni se resuelve de la misma manera. Son diversos los factores que inciden en el encuentro de vendedores y policías. La discriminación, así como la estigmatización atribuida al oficio de vender en la calle, predisponen una interacción donde la disposición espacial y el semblante de los cuerpos (poner las manos atrás para dirigirse a carabineros); la decodificación de las intenciones (buscar momentos de escapatoria), así también la sutil gestión de las distancias, recrean experiencias y estrategias que permiten nutrir o revelar desigualdades en el trato (Araujo, 2016c).

En este sentido, se es espacialmente sensible al momento de recibir y codificar el trato, que está orientado tanto por la apariencia –tanto la ocupación como la vestimenta y la apariencia corporal- como por el trato ofrecido frente a la sospecha (PNUD, 2017). Cuando es conocida la experiencia a recibir un trato desigual por la imagen proyectada, se hace necesario un trabajo acucioso de ocultamiento y disimulación de los estigmas o atributos que delaten el lugar de procedencia del sospechoso (Araujo, 2016c). La disimulación o el intento de obviar el prejuicio por parte de la autoridad son los primeros intentos que pueden jugar a favor, sin embargo, en caso de ser inviables, el trato o la respuesta ofrecida dirime el acercamiento de los policías. Aunque pueda ser un recurso, el enfrentamiento o la contestación están más lejanos a aparecer de manera inmediata, la conversación y el respeto son recursos que permiten salir airoso de un procedimiento. *“Entonces si te ven limpio, te ven vendiendo pan, si hablai bien, si no te botai a choro, te va a decir ya flaco, anda no más [...] todo depende*

de cómo tú te relacioní con las personas. Todo depende de cómo trates, te van a tratar”
(Juan Manuel, 32 años).

Trabajar en la calle es también estar propenso a ser catalogado como delincuente¹⁰. A pesar de no ser una acepción abiertamente compartida, sí resuena como idea el vínculo estrecho que puede haber entre el mundo delictual y el comercio en la calle. Esta relación, no siempre presente, es sabida al momento de enfrentar un requerimiento policial. Adoptar cierta postura, o el uso de ciertos epítetos para referirse a la autoridad, también dejan relucir una posición que reafirma el estigma. Saberse constantemente en infracción, o en una esfera ilícita, predispone un desplante de sumisión y acato que puede ser considerado o explotado por determinado funcionario policial. Ya sea por estigma y discriminación o por ser las razones de trabajar en la calle, la delincuencia y el mundo delictual están siempre presentes.

“La mayoría de los que trabajamos en la calle hemos sido delincuentes, hemos sido flaites, hemos sido peliadores. Yo nunca he sido delincuente, nunca he sido pelia’or pero he tenido caleta de amigos delincuentes, ladrones, traficantes; de alguna forma tení... la calle está muy ligada a eso”

(Juan Manuel, 32 años).

6.4.3.2 Diferencias en el trato: siempre depende del funcionario.

La labor de carabineros aunque contraproducente es también asumida como parte de la rutina de los comerciantes, lo que implica, desde luego, su propia aceptación como infractores constantes. Si bien existe un marco que orienta las relaciones entre fiscalizadores y vendedores, también son situaciones que se resuelven caso a caso de acuerdo a los manejos, recursos o herramientas de que dispongan ambos actores. En este sentido es sabido por los comerciantes que el encuentro depende en mucho del carácter del funcionario y del grado que mantiene en la institución. *“Los más jóvenes, son más nuevitos, son más buena onda pero cuando ya llegan a cierta etapa se ponen pesaos, cachai. Porque obviamente los*

¹⁰ María (37 años), resume este ánimo compartido entre compradores y comerciantes: *“...como te decía al principio la gente cree que la gente de la calle son todos delincuentes y la mayoría, bueno si bien es cierto hay hartos delincuentes, o ex delincuentes cachai, hay gente que ha estado presa, que no encuentra trabajo apatronado porque tiene los antecedentes manchados”*.

*obligan a que tienen que ser de cierta forma” (María, 37 años). Tener más carácter trata de ser menos permisivo y cumplir con la ley a como dé lugar, por ello también, ser más autoritario en caso necesario. Como relata Héctor (32 años): “*todos los funcionarios no son iguales, de repente hay funcionarios que son terrible así secos: ‘eh no, ya, tu carnet, parte’. ‘Pero jefe ¿me puede escucharme?’; ‘eh, no, no, no quiero hablar contigo, toma ahí tení la boleta’”.* O como dice Juan Manuel (32 años), para quien Carabineros es representación clara de opresión: “*es que hay pacos y pacos. Hay pacos tolerantes y pacos malditos, así, perros po, cachai”.**

Del mismo también pueden llegar a ser considerados con los vendedores en los casos en que logran ser reconocidos como trabajadores y responsables de una familia en la mayoría de los casos¹¹. El juego que media las interacciones le atribuye en momentos diferentes a cada uno de los actores responsabilidades sobre el curso que toma el procedimiento. Si por un lado es demandado el respeto a la autoridad, donde el reconocimiento en calidad de infractor es ineludible para los comerciantes; también es solicitada la licencia para eludir el procedimiento traspasando la responsabilidad y tono de la acusación a manos del funcionario.

Depende de los carabineros, si el carabiniro te puede darte la posibilidad para trabajar, te la va a dártela, pero no todos son iguales, como te vuelvo a repetir, todos los carabineros no piensan igual. Hay carabineros que de repente te pasan y te dicen, trabaje no más”

(Héctor, 37 años)

La cercanía entre carabineros y comerciantes aunque inusitada es más o menos recurrente. No siempre dirime el mismo criterio pero “*siempre depende del funcionario”* como dijera uno de ellos (carabiniro, entrevista N°2). En este sentido los grados de permisividad otorgados por la policía para el trabajo de los comerciantes pueden traducirse como conversaciones “entre personas”, donde también a los policías le es reconocida su labor.

“Si no es tan mala [la relación]. Si Carabiniro igual hace su pega no más, si uno ve que Carabiniro viene, te parai, te escondí cosa que él no te vea. Y si no te ve, va a seguir de

¹¹ Según el Estudio de CNC (2015) para el 64% de los vendedores entrevistados el comercio ambulante es su principal fuente de ingreso.

largo no más”
(Sergio, 34 años).

O también como relata Héctor (37 años) sobre las rondas y los operativos:

“Sí pero es que de repente uno tiene que mirar que es pega de ellos igual po, cachai o no, uno siempre respeta a los policías, por ejemplo yo tengo esa de jefe, papito; no, yo me retiro...”

En general en los casos en que se entabla una conversación a propósito de la fiscalización, la capacidad de los comerciantes se pone a prueba de acuerdo a los recursos y estrategias de las que se valen para obviar el decomiso de los productos, la multa e incluso la aprehensión. Al respecto, un punto que confluye como recurso ineludible de consideración es la familia o el rol que se tenga en ésta. Los hijos, como argumento retórico o visiblemente en el trabajo callejero, llegan a ser una razón aparentemente válida para la consideración de los policías. Héctor (37 años) en extenso un episodio que presencié justo antes de conocerlo, donde en un parafraseo de su diálogo deja entrever el “carácter del policía” así como la forma en que logró resolver la situación:

“...y nos vamos y justo aparecen tres carabineros y me dice:

- Bueno ¿y no te dije? Esta es la tercera, cuarta vez.

- No... -y le conté lo mismo- no pero es que...

- ¡Ya, vamos con el carro y todo!

- Pero cómo me vai a quitarme el carro, todos los cabros chicos que ando trayendo trabajan conmigo, son mis hijos, ¿los vai a dejar así, de brazos cruzados? ¿Tú no tení hijos?

- No es que a ti no te interesa si yo tengo hijos.

- No pero, es que a mí no me interesa, pero yo te estoy poniéndote en mi lugar, pa que tú te pongai en el lugar mío, yo sin esto, mañana ¿qué voy a hacer yo mañana?

Así que ya, un poco más de conversa con él me anotó en un papel” (Héctor, 37 años)

También Juan Manuel (32 años) ejemplifica en esta línea:

“Nada, al contrario. Puta jefe por qué no me deja arrancar, tengo que irme con la platita pa mi hijo, pa comprarle pañales. Por último el weón, el weón también es papá po, la va a verla por ese punto de vista” (Juan Manuel, 32 años)

Incluso dicho recurso fue retratado por un funcionario policial en una de las entrevistas informales del trabajo de campo. *“Siempre depende del funcionario. Por ejemplo, yo podría pedirle los papeles a ese caballero [mayor], ¿y si no los tiene, o se le olvidaron? No podría llevarlo, podía ser mi papá, o mi abuelo”* (carabinero, entrevista N°1).

6.4.3.3 Dinámica conciliada

La demanda implícita y recíproca por “dejar trabajar” también recurre al reconocimiento de la autoridad por parte de los infractores. Que sea una dinámica conciliada implica respetar los lugares simbólicos en la correspondencia perseguidores/perseguidos. Así, muchas veces los vendedores no arrancan ni se esconden, sólo se paran y hacen el ademán de huir; y aun cuando sea una precaución, es un gesto suficiente para no desafiar la autoridad, por el contrario, para reafirmar su estatuto en el espacio a vista de los demás habitantes.

“...si igual te ven, pero tratan de... al paco lo que le importa es que uno tenga como el respeto, no tanto a ellos, al uniforme. Ellos también andan haciendo su pega, si también son mandaos. Si ven que vo no te parai, la gente va a decir ‘está trabajando y cuál es el respeto al uniforme, a la institución’, toda la esta [...] Pero igual hay pacos que son seres humanos y te dicen, “puta cabros, o por último párense y dejen que nosotros pasemos, que los dé la pasá no más y ahí se ponen, pa que la gente no ande sapiando, reclamando; que de repente puede andar un coronel, un mayor, que ande de civil y que ve que no hacen su pega, vamos a tener problema nosotros””

(Sergio, 34 años).

Lo que se ve pausado por un momento es el rol y la tarea en calidad de autoridad y vigilante del espacio público por consideración de los comerciantes, su trabajo, y su familia. Sin embargo, no es simple gesto de amabilidad pues replica una dinámica de cómplices en que los carabineros también demandan “hacer su trabajo”. La persecución y su negociación es

incorporada como parte de la rutina cuando el espacio se constituye en una herramienta de trabajo -para los comerciantes- y lugar de trabajo –el orden público- para la policía; siendo ésta acaso la expresión más clara de la ambivalencia relacional y alternancia en el espacio. Se trata de una práctica conciliada y sustentada en la elusión del procedimiento que si bien da momentáneamente la opción de trabajo a los comerciantes, se verá más adelante, representa un campo en el que también está presente el miedo, la frustración y la violencia.

6.4.4 Abuso y enfrentamiento

6.4.4.1 Descontexto. El caso de los migrantes.

De alguna manera la discriminación está relativamente asumida y justificada por las posiciones conocidas entre policías y comerciantes. Puede que ellos mismo no sean delincuentes pero saben, y aseguran, no es muy difícil ser relacionado con ello o tener una experiencia cercana a ese ambiente. Así, la discriminación o el maltrato no llega a representar un impedimento para persistir en el trabajo, por el contrario, la relación conflictiva se hace parte de la rutina de ambas partes. Trabajar en la calle es reconocer el estigma atribuido por la institución que, de acuerdo las distintas ordenanzas municipales vincula el comercio con situaciones de vulnerabilidad y marginalidad cuando no necesariamente es así (CNC, 2017). La legitimidad otorgada a la función policial, sustentada en la dotación desigual del ejercicio del poder, dibuja en los comerciantes dinámicas que reafirman, visualmente, el estatuto de Carabineros.

La dinámica conciliadora que posibilita el trabajo en la calle sobre el reconocimiento – paradójico- de la autoridad no es algo muy presente para quienes no son claras aquellas reglas implícitas. Lo que ha mostrado el caso de los migrantes dedicados al comercio ambulante es que la labor persecutoria de Carabineros, cuesta ser asumida como legítima o valedera. Concretamente no se da crédito a su consentimiento por cuanto es percibida como una injusticia o por lo menos una afrenta injustificada. En esta línea son recurrentes las comparaciones que hacen con sus países de origen donde el comercio en las calles tiene otros límites. Héctor (33 años) comerciante peruano que se ha dedicado toda su vida a vender en la calle, y hace un par de años viviendo en Chile, lo muestra:

“La diferencia allá es que allá nadie te molesta, o sea que allá tú vendes donde quieras, los policías allá se dedican a la delincuencia no a los que se ganan la vida honradamente. Lejos acá, acá la inseguridad, te ven vendiendo algo te corretean, te quitan las cosas, te ponen multas, se los llevan, los llevan a la comisaria, hasta te golpean; solamente por vender ah [...] Pero aquí en Chile, hay bastante injusticia; bastante injusticia. Y peor cuando uno es extranjero”

También Jesús (22 años) comerciante venezolano que ha trabajado también en Ecuador, lo ejemplifica:

“en Ecuador no era tan difícil, era más sueva. Más suave la cosa con la policía porque allá son municipales, son estatales que sólo se encargan de formar [...] pero cuando ya llega acá y ve de que si estás en la calle, si estás trabajando y ves un caribano tienes que correr, por qué, porque si no vas a perder tu mercadería (sic)”

Desconociendo la dinámica implícita o la relación que debe mantenerse con Carabineros, para los comerciantes migrantes su labor se anuncia como injusta. Que te lleven las cosas o que haya que correr por estar trabajando en la calle no es algo fácil de asimilar cuando se lleva poco tiempo en el país y en el negocio. Jephthe, que con solo tres días en el país se abocó al trabajo callejero lo comenta:

“La primera vez que yo salí a vender a la calle, y yo no sabía cómo es. Cuando yo vi los pacos me queda sentado, todo mundo, todas las personas salen arrancando y me queda sentado, ahí llegan los pacos y me quitan todo la primera vez, porque yo no sabía eso”
(Jephthe, 34 años).

El desconocimiento y la descontextualización de las prácticas locales hacen que el accionar de la policía sea percibido como aún más injusto y fuente de profundas frustraciones. Si para los chilenos el trabajo se presenta atravesado por la incerteza, este sentimiento se profundiza en los migrantes para quienes representa un ánimo permanente de miedo e inseguridad. Incluso en estos casos la relación directa con Carabineros significa poner en riesgo la permanencia a veces aún indocumentada en el país; las razones para temer y mirar con mayores dificultades el trabajo en la calle se hacen presentes para los extranjeros.

“No le gusta tanto [trabajar en la calle]. Porque sale y trabajamos, y sale a trabajar con miedo, porque, y salimos, con que vienen los pacos y nos quitan todo, la mercadería que uno está comprando con su plata, y está, está trabajando asustado, esa no me conviene. [...] Y no soy ladrón, y no soy robando nada, con todavía los pacos tienen que arrancar, eso no me encanta, no me interesa” (Jephte, 34 años).

La relación con la policía si bien puede enmarcarse en difusos marcos de conveniencia recíproca también puede comportar, para el caso de los extranjeros, una paradoja sobre la injusticia que representan. No habituados a los códigos compartidos, o al respeto demandado por el uniforme, los carabineros son vistos como fuente de abuso de poder y desmesura. La justicia y la institución además de presentarse como contradictorias revelan el sentimiento de descolocación que suscitan para el caso migrante, traducido como impotencia y frustración.

“Yo creo que no es un delito vender en la calle, pero acá te persiguen como si estuvieras vendiendo droga [...] Algunos no tienen ni estudios, igual que los peruanos, no tiene un estudio, algo para poder defendernos; ¡tenemos que vender nada más!, o trabajar para otros” Omar (33 años).

6.4.4.2 Operativos y proceder policía. Sus consecuencias.

El respeto por el uniforme y el esfuerzo de los comerciantes en la disimulación y ocultamiento del estigma, sumado al reconocimiento de la relación vertical y a la adopción de las posiciones correspondientes, puede hacer que éstos obvien el procedimiento o alivianar la sanción. Por otro lado, la ausencia de dicha consideración abre paso a sanciones amparadas en el autoritarismo y el abuso de poder por parte de los policías. En estos casos, socavada la legitimidad de la autoridad, la confrontación y el uso de la fuerza se presentan como insumos para abandonar la sumisión y el consentimiento.

La irregularidad del procedimiento y la ambivalencia que subyace a cualquier encuentro ha tomado en el último tiempo nuevos bríos según los entrevistados. Junto a los tratos discriminatorios y abusivos sobre los comerciantes se ha vuelto recurrente la práctica de decomisar las mercaderías ofrecidas por los comerciantes, eso sí, sin dejar constancia de ello y sin multar ni aprehender a los vendedores. Esta forma de dar solución al problema del

comercio en la calle, se relaciona estrechamente con la eficacia que significa. Llevarte todas las cosas para que no puedas vender es suficiente, ya no es necesario llevarlos a todos. De hecho este proceder está admitido como un apoyo a las policías en su combate contra el comercio por parte del municipio.

Desde 2015 existe en Barrio Meiggs y sector de Estación Central el Plan Desayuno. Este plan busca en coordinación de Carabineros y la Municipalidad de Santiago, erradicar el comercio ambulante en el sector Alameda.

“Se realizan operativos periódicamente desde las 7 am hasta las 10 am retirando del sector a aquellos comerciantes ambulantes no autorizados que por lo general se instalan en carros de supermercado ofreciendo desayunos, jugos, etc. La Municipalidad de Santiago aporta con vehículos municipales para el traslado de las especies requisadas en los operativos” (CNC, 2015: 204).

Para el caso del Casco Histórico se integra en la coordinación la Dirección de Seguridad Vecinal y la 1ª Comisaría de Carabineros de Santiago; y al igual que en Barrio Meiggs los operativos buscan fiscalizar los permisos municipales, identificar a aquellos que no tienen así como quienes lo tengan cumplan con las normativas correspondientes. En esta ocasión también “la Dirección de Seguridad Vecinal facilita una camioneta de manera de poder trasladar las especies que son requisadas” (CNC, 2015: 202).

El decomiso en general es visto como una injusticia, y más cuando está respaldado institucionalmente, situación a la que han respondido los comerciantes.

“Sí, le digo, porque los policías de mi país no roban a los que se ganan la vida honradamente, le digo, lo que tú estás haciendo, tú me estás robando, me estás quitando mis cosas. Yo tengo familia, y qué voy a hacer ahora sin nada, y encima me vas a poner multa. ¡Cállate o te hago un parte porque estás agrediendo a los Carabineros! Así me dijo, me calló la boca. No me hicieron multa, y me vaciaron toda la mochila, toma, me dice; me dejaron toda la mochila vacía. Ya, vete”

(Omar, 33 años).

Aun cuando significa una oportunidad de elusión al procedimiento queda manifiesto como un procedimiento completamente irregular y carado por el carácter abusivo de la institución. Jephthe (34 años) también relata un hecho similar: *“ellos me preguntan qué nacionalidad que tú eres, digo yo solo haitiano. Ahí mismo ellos, se acercan, ellos me dejan ahí vacío, ellos toman la mercadería”,* y prosigue, *“ellos me dicen entonces, vete pa tu casa”*.

En una de las entrevistas realizadas en las cercanías del Cerro Santa Lucía y a propósito de los aportes de la Municipalidad y la Dirección de Seguridad Vecinal descritas más arriba, Sergio (34 años), al pasar una camioneta blanca me relata:

“En esa weá blanca se llevan los carros... Los pacos, los inspectores... Denante pasaron las otras dos, adonde te vean, si ahora andan en cualquier camioneta andan los weones. Andan casi puros municipales pero con un paco, con un paco, dos pacos... No, te llevan las puras cosas. O sea, prácticamente te andan cogoteando. Si po, te quitan la mercadería, la echan arriba y se van, te dejan ahí, no te hacen el parte, ni una weá.

Y eso quiere decir que te están cogoteándote no más po”

El robo aludido por los comerciantes tendría su correlato en la venta de esos mismos carros, herramientas de trabajo, por los propios carabineros en otros sectores de la ciudad. A pesar de no ser una información corroborada es común la sospecha de que los carabineros se quedan con las mercancías decomisadas. Para Omar (33 años), esta práctica es recurrente en los operativos, tanto así que la alude constantemente: *“Y el galón y la carreta de vuelta la revenden, el galón y la carreta. Lo que yo he escuchado es que van a los depósitos y ahí los revenden a otro precio, más barato. Lo que yo digo, aquí no hay ni justicia”*.

6.4.4.3 Enfrentamiento

Estos hechos de injusticia, sin embargo, también pueden y son respondidos por los comerciantes. A veces el enfrentamiento directo toma el lugar que antes tuvo el pequeño diálogo para dirimir las situaciones de fiscalización. El abuso percibido por las aprehensiones traducido como en impotencia puede ser desbordado y levantar acciones impensadas en los comerciantes.

El enfrentamiento también es producto del socavamiento de la legitimidad de la autoridad y, como se ha visto, en mucho se ve mermada por las prácticas abusivas de los carabineros. El

respeto concedido por parte de los comerciantes nacionales a cambio del puesto de trabajo, puede establecer una relación más o menos conciliada entre el trabajo de policías y vendedores, sin embargo, esto no es compartido de la misma manera por la colectividad migrante. Como se ha indicado, la descontextualización de la persecución del trabajo en la calle no da pie para legitimar si quiera el trabajo de los carabineros en las calles del centro. El no manejo de los códigos que resguardan el lugar simbólico de la autoridad los posiciona también, en algunos casos, con mayor propensión a un cuestionamiento asiduo de la legitimidad de los procedimientos y de ahí también al enfrentamiento. Omar (33 años) relata un episodio que fue bastante divulgado por los medios de prensa en que una pareja de carabineros fue literalmente acorralada por una turba de comerciantes que, lanzando y forcejeando, intentaban arrebatar la mercadería decomisada¹²:

“Sí, los mismos chilenos, claro, lo acorralaron, un paco con una paca vino, creo que fue aun haitiano, le quita sus cosas, lo jaló, y todas sus zapatillas, y todos los comerciantes chilenos le aventaron zapatillas, le agarraron a puñetes, hasta lo han hincado aun carabinero los mismos comerciantes, porque son muy abusivos, demasiado abusivos”

Es preciso señalar, en este episodio, el respaldo brindado por transeúntes a los comerciantes en contra de los carabineros. Los medios señalaron, y como se vio en las imágenes (TVN, 2017), una anciana tuvo que socorrer a la pareja uniformada y hacer frente a la arremetida de transeúntes y comerciantes. En este sentido, pueden distinguirse comerciantes que se plantean de lleno en disputa con carabineros. Si bien siempre prima el respeto y los esfuerzos para salir ileso de la fiscalización, hay algunos más propensos a mediar el encuentro por la fuerza. Mario (54 años), para quien la policía es representación del abuso, relata a propósito de una aprehensión:

“Y yo en ese momento traté de irme. Me tomó de la correa del pantalón como a un delincuente, y yo no sé, con mi arrebato, no me di cuenta tampoco, hice un movimiento brusco y le boté la gorra. Mentira. Yo le pesqué la gorra al weón y se la tiré al tarro de la basura, porque justo estaban ahí el tarro de la basura”

¹² Este episodio fue captado por las cámaras de vigilancia en el sector de Barrio Meiggs donde es recurrente la presencia de haitianos y otros migrantes congregados a la venta ambulante. Fuente: (Radio Biobio, 2017) (TVN, 2017) (ADN Radio, 2017).

O como sostiene Sergio (34 años), es su respuesta en casos de aprehensiones o fiscalizaciones:

“Porque uno lleva tiempo, años trabajando y conoce cómo es la calle, toda la weá, y no vai a dejar que venga Carabinero y te lleve todas las cosas así por así [...] Hay que luchar. Correr, toda la weá. Si hay que, puta, hacerle la trancadilla al paco pa’ que vo podai librar tu mercadería, lo vai a hacerlo porque es tu fuente de trabajo. Y de ahí están comiendo una, dos familias con esa plata. Tení que cuidar tu mercadería”.

(Sergio, 34 años)

Como telón de fondo, este juego se postula como la condición mínima sobre la que se desenvuelven una serie de relaciones e interacciones que no dejan de llamar la atención. Ya la demanda por el respeto al uniforme se presenta como un contenido soterrado de la conciliación en la ocupación del espacio, pero también son recurrentes los diálogos o las advertencias de los policías sobre los procedimientos, horarios y lugares de fiscalización. Es decir, que la propia función de los carabineros puede verse empañada por las consideraciones que existen respecto a los comerciantes. La apelación a la familia es el principal recurso argumental al que recurren constantemente y que busca atenuar la verticalidad propia de la relación carabineros-comerciantes.

Como contracara de la ambivalencia positiva que resulta de las conversaciones se presenta abierto un campo en que la discriminación y el mal trato son recursos para identificar y tratar con los vendedores. Estas situaciones identificadas como abusivas cobran respuestas que, amparadas en la deslegitimidad de la autoridad, resultan en enfrentamientos individuales y colectivos. El carácter injusto investido por la policía es expresivo en el caso migrante.

La ambivalencia es propia de carabineros y comerciantes: los primeros pueden ser los jefes y la autoridad respetada, pero también ladrones, los “malditos y los perros”; los segundos pueden ser trabajadores y padres de familia pero además, delincuentes, traficantes o estafadores.

6.5 Relación entre comerciantes

Un aspecto fundamental atribuido a la venta callejera, como se ha visto, es la distribución del espacio. Si bien los comerciantes lo disputan principalmente con la policía no queda ahí resguardada la posibilidad de su ocupación. La competencia entre comerciantes también es un escollo al que tienen que hacer frente tanto para buscar posicionarse como afirmarse ante otros una vez asentados.

6.5.1 Territorialidad

El ánimo de disputa que inviste la calle para los comerciantes está siempre presente. Vender en la calle es “hacerse un lado”, ganar un espacio y defenderlo estando ahí. La persecución de carabineros hace que las posiciones se mantengan siempre en movimiento lo que hace del traslado y la reubicación una actividad más o menos sostenida; movimiento en que las posiciones son intercambiadas o negociadas, sobre todo cuando funcionarios o fiscalizadores llegan para quedarse.

Según los grupos o los productos ofrecidos, hay quienes abogan por trabajar con más personas a los lados, o cerca de ellos, porque así pueden ayudarse mutuamente en la alerta ante la proximidad de vigilantes. Para otros significa una desventaja pues en caso de tener que arrancar, “las encerronas” de carabineros hacen que la huida sea más difícil por la cantidad de comerciantes que intentan librar de los procedimientos. Incluso trabajar con más gente a los lados puede ser motivo de distracción y por lo tanto de peligro frente a imprevistos. Compartir o no compartir el espacio también es un asunto crucial respecto a los demás trabajadores de la calle.

El conflicto entre comerciantes también puede darse porque ofrecen los mismos productos, o del mismo rubro, y por la diferencia de precios en que son ofertados. Modificar el valor sin previo acuerdo entre los más próximos puede suscitar enfrentamientos, por considerarlo una práctica desleal o desigual en torno a la venta. También llegar a vender comidas cerca de otros que ofertan alimentos puede generar resquemor, cuando llegan a “quitar la clientela” o las ventas bajan. *“A pesar de que sean productos distintos siempre va a haber alguien imponiéndose. Si aquí tenía que ganarte tu esquina, tenía que ganarte tu lugar y pa eso de repente tenía que pelear, agarrarte a combos”*, relata Juan Manuel (33 años), ejemplificando la competencia de productos comestibles.

La territorialización del espacio es vivida como imprescindible en la medida que garantiza la fuente de trabajo. La calle es parte de un proceso de asignación de territorios donde son reconocidos los límites propios y ajenos, y aunque sea una característica expresa en las dimensiones macro de la ciudad (Araujo, 2016c; Rodríguez, 2016; Laub, 2007), también se distribuye en las prácticas cotidianas de sus habitantes, donde los grados de cercanía y densificación, o del otro en general, son percibidos como fuente de desconfianza, o un competidor en recursos básicos como el espacio o la dignidad (Araujo, 2016c). Para resguardar el espacio es necesario el despliegue de recursos que garanticen la estabilidad en la calle; la venia de un conocido, un pariente o un amigo resulta requisito la mayoría de las veces. Llegar y ser reconocido por otros permite aludir la responsabilidad de “marcar territorio”, aumentando las probabilidades de enfrentamiento. Tener una llegada es asunto primordial para lograr posicionarse en ciertos espacios del centro; *“no cualquiera [puede trabajar], tení que tener una llegá, algún lugar, algún conocido, no se po...”* (Cristian, 22 años); o como también comenta Sergio (54 años), *“tendría que tener algún contacto, que igual los cabros son medios pesaos, que igual son medio territorialistas, cada uno tiene su esquina [...] igual que la calle es libre, pero igual te quedan mirando mal, te quedan mirando feo”*.

El encuentro, sin embargo, puede tomar un cariz más amable dependiendo de la experiencia y de los esfuerzos puestos en ello. Aunque el enfrentamiento siempre resuena latente, las cualidades de cada vendedor, sus productos o el lugar donde quiera ubicarse inciden en la manera en que se resuelven las situaciones de encuentro. En cualquier caso, pensar en ir a vender a un lugar que no es el habitual significa un riesgo y una apuesta, en la que se puede ganar o perder, donde la apropiación territorial dirime lo fructífero del negocio.

“Justa, como instalar la bandera como le digo yo. Claro así le digo, yo de repente digo, yo voy a instalar la bandera en tal lado, ya, vamos a probar suerte, por ejemplo yo he ido a otras comunas y no sabí con la sorpresa que te vai a pillarte, con otros comerciantes que no les va a gustar que tu lleguí. Como que genera conflicto. Pero como uno que es más viejo y es más sabio, uno tiene hartos años en la calle, uno le dice no po, puta, nos alcanza pa todos” (Héctor, 37 años)

La acomodación en los espacios limitados de la calle pasa por el tiempo transcurrido en ella. Tener donde llegar es contar con antecedentes de asentamientos extendidos en el tiempo y por ello también reconocidos por otros. La temporalidad del espacio y la ocupación de la calle, son dos elementos resultantes de una práctica extendida que se retroalimenta, donde la posibilidad de trabajo está sustentada en la experiencia que tenga el vendedor en un lugar determinado; vale decir, de acuerdo al tiempo que lleva haciéndolo pero también, y como consecuencia, de las relaciones o redes que ha constituido en dicho proceso. Esto permite que, a ojos y conformidad del resto, un comerciante tenga la legitimidad de ocupar un espacio, en la medida en que es reconocido su trabajo, en cuanto a su rubro o experiencia, así como a la territorialidad que mantiene con o a expensas del resto. La ocupación de un espacio es en mucho también un asunto de respeto y reconocimiento, y aunque de momento sea una primicia, es el carácter o las cualidades intrínsecas de cada quien donde descansa esta posibilidad.

“Lo que pasa es que hay un tema de respeto, cachai. El que llegó a la calle se ganó un espacio x, es un tema de territorio, o sea, entre los comerciantes se conocen y saben cómo es uno, cómo es el otro, cada cual, tienen ciertas características, cachai [...] A nosotros nos han invitado a trabajar en otras partes pero no vamos a invadir el terreno de otros. Si como te digo, el tema de trabajar en la calle, es un tema de respeto y de compromiso también” (María, 37 años).

6.5.2 Trabajo en familia y redes

Tener dónde llegar no es tan solo contar con la venia de un comerciante ya asentado. La posibilidad de inserción en el trabajo callejero también está orientada a personas del círculo cercano así como del propio grupo familiar. Las condiciones que otorga el trabajo independiente así como la necesidad pueden ser razones de peso para que se sumen parientes o amigos cercanos o que el negocio sea abiertamente una empresa familiar. Al mismo tiempo que puede suplir una situación temporal de cesantía también incrementa los recursos de protección y ayuda que demanda el trabajo en la calle. En este sentido, también el trabajo informal es una resultante de las condiciones estructurales del mercado de trabajo en el Chile actual, donde la flexibilización laboral y la exigencia del sostenimiento de la posición social,

hacen del trabajo por cuenta propia una opción viable (Araujo y Martuccelli, 2012). La influencia que tiene o puede tener el trabajo independiente informal sobre el grupo familiar o los cercanos resuena como la ampliación de una oportunidad laboral pero también, como recurso de apoyos y protecciones en el propio trabajo en la calle.

Las relaciones amicales o de parentesco permiten sustentar y reafirmar un trabajo que fácilmente puede tomar el carácter de empresa familiar, donde la herencia del oficio o el profesionalismo en el rubro se vuelven expresiones propias del comercio ambulante (CNC, 2015). Se trataría de una práctica que excede el esfuerzo propio e individual integrando, de diferentes formas y en distinto grado, cooperaciones o complementos ‘desde la casa’, donde además de una extensión de la red laboral se grafica la ayuda y la contención. Como relata Mario (54 años) rememorando su infancia: “[...] *todos participaban, los que no iban a vender tenían que picar cebolla, pelar huevo, cooperar en alguna cosa en la casa. Nadie se quedaba de brazos cruzados*”.

Si bien por un lado y en término prácticos otorga mayores resguardos al momento de pararse en la calle, el comercio ambulante y la empresa familiar también conllevan otros beneficios. De acuerdo a la división del trabajo o a la multiplicación de sus operaciones permite reducir los costos de operación así como representar una salida viable cuando el trabajo asalariado no responde ni a las expectativas ni a las necesidades (Salazar, 2003). Su eficiencia es tal que permite absorber los costos relativos a la “guerrilla irregular y prolongada” con policías y municipios, al mismo tiempo que puede “entenderse como un ‘logro’ personal y familiar [...] (que) permite desarrollar una identidad y una cultura sociales que, en un nivel básico, producen satisfacciones, solidaridad y... vida” (ibíd.: 91). La herencia del saber sustentando en el “aprender mirando” presente en la mayoría de los relatos otorga al antecedente familiar una impronta sustantiva del trabajo en la calle.

“Mis tíos, claro po, la familia. Tú sabes que la familia de nosotros siempre fue más pobre, por decirlo así, o vulnerable, vivían muchas familias en una casa, entonces todos dependían de lo mismo, todos vendían doblaítas con queso, entonces siempre estuve desde niño viendo el estilo de cada uno, elaborando, haciendo masa, calentando el pan, vendiendo también, salí a vender con ellos, entonces desde pequeño me nacía a mí preguntarles a ellos cómo se hacía el pan, y ellos me decían siempre mira y aprende, mira

y aprende. Y aprendí po”

(Juan Manuel, 33 años)

La venta en familia puede tener varios niveles y varias acepciones según los casos. Así como otorga ventajas para quienes se emplean en él, los beneficios pueden ser más o menos ambivalentes según el caso. Como se ha visto, no es difícil encontrar vendedores padres que andan con hijos e hijas, ofreciendo sus productos o estacionándose momentáneamente en algún lugar. Aunque la cercanía y la posibilidad de pasar más tiempo con los hijos resuenan como ventajas comparativas sobre el trabajo apatronado, también se le admite como una realidad no muy óptima para niños o niñas en proceso de formación. La hostilidad propia de la calle como la infinidad de acontecimientos imprevisibles son percibidos como amenazas con las cuáles se hace difícil o imposible lidiar. Héctor (37 años) que vende churros con sus cuatro hijos, lo comenta: *“Igual las desventajas que de repente, porque yo trabajo con mi familia, y a lo mejor mis hijos igual ven muchas cosas, aunque uno no quiera que, no quiere que ellos vean, pero las ven igual”*. Además, en esta misma línea, la suciedad o la inseguridad a la que están próximos los infantes hace del trabajo en la calle una fuente de riesgo y vulnerabilidad constante.

El trabajo en familia toma la forma extendida de la apropiación del espacio y en él son reconocidos los comerciantes y sus relaciones. Trabajar en familia no implica solo extender la oportunidad de un ingreso extra, también es un referente familiar que se extiende en la independencia de cada uno de ellos. Si en un comienzo se hace presente el trabajo con los hijos, son éstos los que heredan la práctica y el saber, independizándose en su rubro y negocio. De este modo, no siempre abocados todos en el mismo punto en torno a la venta, pueden verse reconocidos los parientes con los cuales no se mantienen relaciones laborales pero que, sin embargo, se sabe han optado por el mismo camino del comercio ambulante. Héctor (37 años) alude a la relación laboral independiente que mantiene con sus hermanos que también trabajan en el centro. O Sergio (34 años) que, a propósito de la antigüedad en el centro comenta: *“Sí po, también andan con sus cositas. Tenemos compadres, primos, cualquier gente, si casi todo en el centro, casi todo es familia. Y todos se conocen, los de aquí con los de Ahumada, los de Puente, los de la Plaza”*.

6.5.3 Familia y migrantes

Un punto intermedio entre la venta de la familia nuclear y las amplias redes descritas, se manifiesta con especificidad el caso migrante. En algunos de ellos, como los haitianos, peruanos o ecuatorianos, su presencia en las calles es particularmente visible por los amplios grupos en que se disponen a vender en la calle. En general mantienen otro tipo de lógicas y dinámicas en torno a la venta y no opera tanto la competencia por rubro, como los chilenos, para quienes se vuelve contraproducente vender lo mismo y en el mismo lugar de otro comerciante. Para los extranjeros esta situación es diferente y de ahí que el grupo familiar también otorgue otras garantías.

El caso de los comerciantes peruanos se evidencia por la dedicación que prestan a la venta de comidas en la calle. La preparación de comidas locales y la identidad peruana congrega un público mucho más específico, que produce un ambiente donde son compartidas las recetas, los códigos y el lenguaje propio de sus integrantes; lo que ha sido reconocido como “centralidad étnica” para el caso peruano (Garcés, 2011). Para el caso de haitianos y ecuatorianos, lo que ha llamado la atención en las observaciones es, precisamente, la lógica poco competitiva de su emplazamiento y oferta en algunos casos y la dinámica familiar replicada en torno a la venta. Siendo el idioma el primer signo de exclusividad, se suman las preparaciones de comidas que ofrecen compatriotas comerciantes así como comportamientos y expresiones culturales propios de cada grupo.

Especialmente para el caso de los migrantes la familia o la cercanía de sus coterráneos significa un ambiente de contención en la ciudad y lugar de residencia. Del mismo modo que están próximos a sus propios espacios habitacionales, se dedican a la venta en la calle reproduciendo rasgos culturales así como formas de socialización. En este sentido, para Garcés (2007) el espacio apropiado por la colectividad migrante se vuelve un lugar de encuentro, flujo de información y opción de acceso a servicios centralizados volviéndose un “espacio transnacional”.

“Sí. Hay muchas de la que llegó nuevo, hay mucho haitiano que llegó nuevo, que no sabe, que salió a buscar trabajo y que no halló trabajo, y yo trae a mi casa, yo le presté plata a ellos para que compré la mercadería, le enseñé cómo que ponemos el tickete y sale con ellos a vender, a ver cómo que va para pagar a lugar, para pagar agua, para pagar luz

[...] *Nosotros ahí, cada persona ayuda, uno ayuda a otra. Si los pacos nos quitan la mercadería a uno, no tiene con qué comprar, y yo tengo, les presta, si primo tiene, lo presta. Para que consigue plata para conseguir la mercadería, así estamos nosotros ahí. Así nosotros nunca falta la mercadería. Nosotros vivimos como, como si fueran familia”*
(Jephte, 33 años).

Así como se hace presente la disputa por el espacio y los precios entre los comerciantes, también es manifiesta la ayuda y la contención en momentos en que se hace necesario. La solvencia, sobre todo frente al decomiso de Carabineros, es una ayuda que recae en los familiares o amigos y de la que dependen los comerciantes para seguir trabajando. Cristian (22 años), con quien presencié el arresto de un amigo vendedor ambulante, alude al compañerismo como la única salida frente a las adversidades que surgen y cambian el panorama del trabajo: *“ahora el hombre no va a tener plata y qué va a tener que hacer uno, igual le va a tener que prestarle una monea po, pa que pueda seguir trabajando y no se ponga a robar”*.

6.6 Ser comerciante y trabajar en la calle

Tanto la exclusión normativa del espacio urbano como la compleja red de relaciones e interacciones que caracteriza la experiencia de los comerciantes en el centro de Santiago, conforman el ambiente en que se despliega la actividad cotidiana de los vendedores. La premura de su inminente desalojo así como el esfuerzo propio de la venta y la cercanía al público, orientan y determinan la manera en que pueden o deben conducirse en la calle, como lugar de trabajo, pero también en lo urbano, como la actividad configurante de sus transeúntes (Delgado, 2007).

Estas dos condiciones no hacen sino figurar un terreno en que la posibilidad de salir airoso se presenta siempre sorteada por la infinidad de factores que moldean las interacciones, donde no opera tanto la incertidumbre como un exceso de sentido en que el “tal vez” condicional de cada suceso práctico sólo prefigura una posición de relativa reserva, donde el actor instalándose en el instante siguiente habría consolidado su actuación (Joseph, 1988:

111). Caracterizado lo urbano y la calle como “espacios-movimiento” o “terrenos circulatorios”, por donde circula la dimensión más líquida e inestable de la ciudad (Delgado, 1999: 178), el comercio se ubica, además que en el espacio no convenido, en la arista tangencial de dicho flujo. A pesar que dialoga con él y es modelado y modelador de su cariz, no se acopla, al menos en este caso, a su corriente perpetua; apuntando al espacio como territorio a conquistar y apropiarse, se adosa a la materialidad de sus veredas, esquinas, semáforos y escaleras, en donde interactúa incansablemente aprovechando ocasiones o haciendo de sucesos, acontecimientos en que se detiene el transeúnte (a mirar, escucha o curiosear); o aprovechando su detención, en espera del semáforo, en la fila o el paradero.

De manera evidente las condiciones de su trabajo articulan la manera en que lo desarrolla y la forma que adopta a cada momento. Aunque prescriptivamente como presencia indebida, está ubicado preferentemente como espectador y actor del acontecer urbano, que erosionando sus percepciones también se alimenta de ellas, retribuyéndole éste por medio del grito, la alerta y el movimiento, la vida propia de la calle. No hay recetas o una manera de trabajar en la calle, por el contrario, hay tantas posibilidades como personas o vendedores, como comerciantes y situaciones de encuentro y venta. De aquí que en las *maneras de hacer* lo central no sea el sujeto sino los modos de acción o esquemas de operación, y lo relevante, mostrar aquellas *combinatorias operativas* donde el actor es tanto su autor como su vehículo (De Certeau, 2000: XLII).

La ausencia de un libreto, paradójicamente, se asemeja a la ausencia de un contrato de trabajo, donde están estipuladas las obligaciones y los procedimientos, documento técnico que describe las instalaciones y los requerimientos del trabajador. En la calle los procedimientos como el acondicionamiento del lugar de trabajo es algo que se llega a realizar con lo disponible, con lo que depara el momento y su material.

En lo que sigue se describen algunas de las principales razones de quienes se emplean en el comercio callejero y la relación que mantiene el antecedente con la manera de concebir en el trabajo en la calle. De acuerdo con esto, serán abordadas las formas en que se resuelve caso a caso la venta, considerando las aptitudes y/o habilidades que tiene cada quien para vender, ofrecer y tratar en la calle. Por último, también se mostrarán las concepciones que tienen los vendedores de la calle misma, y cómo de acuerdo a ello se desenvuelven en su trabajo diario.

6.6.1 Antecedentes

6.6.1.1 Pobreza y lazos familiares.

Una de las principales premisas para llegar a trabajar en la calle, es tener algún antecedente directo o experiencia cercana asociada al comercio ambulante. En general resulta ser un ámbito más o menos desconocido por el común de las personas, lo que hace que esté cargado de prejuicios y no sin sus correspondientes justificaciones. En este sentido, es preciso reconocer, el trabajo en la calle también está bastante ligado a la delincuencia o cierta *informalidad moral*. Esto porque también le son adjudicadas prácticas de dudosa reputación, comenzando por la desobediencia manifiesta a la autoridad en las calles. Si bien muchas veces los trabajadores comercian productos comprados o de elaboración propia, también son proclives los rubros a la falsificación, el contrabando o la venta de productos robados.

Conforme esta faceta es cierto que el comercio callejero también comporta un antecedente manifiesto relativo a la pobreza o la marginalidad. Por ser una empresa que en general prescinde de recursos o materiales para su realización, se presenta como una actividad infinitamente heterogénea en su oferta, así como próxima y factible para cualquiera que se decida a realizarlo. En este sentido la necesidad de procurar un ingreso extra en el hogar o simplemente el sustento propio, son razones suficientes para emplearse en la calle. Cristian (22 años) daba cuenta de esta delgada y difusa línea que separa la práctica delictual y el trabajo en la calle; ayudar a un amigo para que siga trabajando es también evitar que, en caso contrario, se decida por robar. Vender en la calle, en este sentido, pareciera ser la actividad primera disponible después de hacer lo moralmente incorrecto aun cuando en su abanico esté contenida el robo o la estafa, como ha sido mencionado por varios de los entrevistados. En todo caso, la pobreza resuena como una de las más fuertes razones de por qué emplearse en un trabajo como este. *“Porque uno es pobre po. La legal, porque uno es pobre po, cachai o no. Uno igual tiene que rebuscárselas”*, argumentaba también Cristian (22 años).

Si bien el vender en la calle es una opción de salida frente a la pobreza y de evitación de prácticas delictuales, también está muy influenciada en caso que sea un antecedente familiar. Como se ha visto más arriba, antes de ser pensado el comercio callejero fue una opción laboral factible para quienes no estaban en edad de salir a buscar un trabajo. La cooperación

del negocio familiar ha sido en algunos casos una realidad tan próxima que no alcanzó a postularse como una opción, crecer trabajando en la calle también fue el primer aliciente para seguir haciéndolo con el correr de los años. Como comenta Sergio, que vendía desde pequeño con su padre en paraderos y micros:

“Como los nueve años. Yo me acuerdo que estaba como en tercero básico cuando empecé a ayudarle a mi papá a vender en el paradero [...] Me subí a la micro yo, iba vendiendo yo, de a poquito, de a poquito, hasta que un día me mandaron a comprar y no aparecí en toda la tarde”

Sergio (34 años).

6.6.1.2 Indocumentados

El antecedente del trabajo en la calle, aunque no imprescindible, ayuda a insertarse de manera más sostenida en el rubro. En general atribuido a condiciones de escasas y urgencias económicas el comercio en las calles resulta ser un empleo a la mano de quien lo necesita en consonancia con los pocos requerimientos formales que amerita. Expresión de aquello acaso sea la población migrante que, la mayoría de las veces indocumentados, ven en el comercio ambulante una oportunidad laboral y de sustento en su proceso de regularización.

“Y yo le digo a ellos (carabineros) que yo busqué trabajo, que las empresas no me contraté y por eso ello, me trata de trabajar en la calle, lo cual yo tengo que pagar un lugar, yo tengo que pagar agua, yo tengo que pagar luz, todo eso (sic)”

(Jephte, 34 años)

“Me dedico al, a vender en la calle, desde que vino, busco trabajo, este acá todo es con documento, todo es con carnet. Sin documentos nadie te da trabajo. Y si te dan trabajo sin documentos te explotan”

(Omar, 33 años)

La relación entre el comercio ambulante y la población migrante, principalmente haitianos, peruanos, bolivianos y ecuatorianos, se ha hecho patente en el último tiempo. También, como consecuencia del creciente flujo migratorio, el comercio en la calle se vuelve una opción factible de sostenimiento económico, pero no tan solo eso. Como ha sido mostrado por Garcés para el caso de la colectividad peruana en Santiago (2007; 2011 y 2014), el comercio

migrante logra constituir micro espacios de sociabilidad donde son replicadas prácticas culturales propias, donde se difunde información importante, se accede a los servicios centralizados y se extienden lazos recíprocos en condiciones adversas. Los lugares son desbordados en sus prácticas y sentidos permitiendo el establecimiento de vínculos sociales y comunicación de tipo transnacional (Garcés, 2007). De hecho, en este caso particular, la reunión en torno al comercio ha sido una tónica en algunos sectores como ha sido retratado en las observaciones y entrevistas. El trabajo en familia de la colectividad migrante expresa la extensión de las referencias y las ayudas en la inserción del trabajo en la calle. Cómo no recordar el relato de Jephthe, vendedor haitiano, que incluyó a varios compatriotas al comercio, prestándoles dinero y enseñándoles la dinámica comercial y persecutoria, que conlleva dedicarse a vender en la calle. Es en este sentido que la diferencia sustancial entre comerciantes chilenos y extranjeros se hace evidente. La oportunidad laboral para éstos no da cabida a la competencia, lo que prima es ganar algo con qué pagar el diario vivir, por ello, vender todos juntos, y todos lo mismo, no es un problema.

Según el Estudio de la Cámara Nacional de Comercio (2015), el 15% de los encuestados eran comerciantes extranjeros, siendo la mayoría de ellos personas entre 18 y 39 años de edad; “lo cual podría significar un trabajo de entrada para jóvenes de distintas nacionalidades que buscan radicarse en Chile” (CNC, 2015: 7). Desglosados los resultados, se ve que la mayor presencia de éstos se da en el Casco Histórico con un 42% correspondiendo el 52% de éstos a población peruana. Estación Central y Barrio Meiggs son zonas que también concentran preferentemente comercio ambulante inmigrante. Con especial presencia de peruanos y haitianos, la ocupación deliberada de los espacios libres y veredas del barrio comercial, han hecho reaccionar a locatarios (donde se concentra el mayor descontento por parte de estos según el Estudio) quienes demandan a las autoridades por medio de carteles y gigantografías, “calles libres y seguras”¹³.

Más allá de este tipo de situaciones importa relevar la capacidad que ha tenido la venta callejera para la población migrante. Así, el trabajo por cuenta propia ha significado un recurso valioso frente al trabajo formal, cuando no se pueden cumplir con sus requerimientos formales o cuando las condiciones y salarios no logran solventar las necesidades de sus

¹³ Ver en Anexo N°4, Fotografía N°3.

empleados. Jesús, comerciante venezolano, llevaba 3 meses en Chile al momento de la entrevista y argumentaba:

“Si yo voy de trabajo, no me subasta el sueldo para pagar un departamento como tal, entonces eso es lo que cuesta acá. Santiago es carísimo, carísimo, todo es caro, entonces, en la calle... quizás no, no da lo suficiente, pero da más que un local, sí me entiende”

(Jesús, 22 años)

6.6.1.3 El trabajo formal

De hecho, también el trabajo formal y sus condiciones ha sido un aliciente para que trabajadores chilenos decidan por emplearse en el comercio ambulante. De aquí que sea necesario reconocer las condicionantes estructurales que hacen de la pluriactividad o del traslado constante entre la esfera formal y el trabajo independiente una obligación o una opción para muchos asalariados (Araujo & Martuccelli, 2012: 20-21).

Si bien la tradición familiar y ser una salida rápida frente a situaciones de desempleo, el trabajo en la calle puede sustentarse en la propia experiencia del trabajo formal. Para los entrevistados que aludieron a este traspaso, y aun teniendo en consideración las ventajas que implica el empleo formal, resuena como un sacrificio que no se está dispuesto a sostener. La dura realidad que conlleva al esfera del trabajo asalariado, hacen que la prueba laboral esté hoy por hoy autorreferida por los individuos (Araujo & Martuccelli, 2012). El carácter sobreexigido que significa el trabajo formal en términos relacionales como remunerativos, hacen del trabajo independiente y de la autorreferencia del trabajo un orientador prevalente de la carrera laboral. Juan Manuel resume bien esta situación:

“No necesitai respetar las reglas siempre [...] uno tiene sus razones y hay una libertad que no te la entrega un trabajo, o un horario fijo donde llegar, te sentí libre de alguna forma. No tenía un jefe que te esté controlando; no tenía alguien que te esté diciendo que lo estai haciendo mal cuando por dentro sabí que lo estai haciendo bien”

Juan Manuel (33 años).

Por otro lado, para quienes ya llevan tiempo dedicados al trabajo independiente ven el empleo formal como una sarta de exigencias y vicisitudes con las que es imposible lidiar. Incluso la dinámica salarial resulta ser una razón por la cual es mejor trabajar “el diario”; en ella se ve

no sólo una relación difícil de sobrellevar sino que evidencia un modo de operar que integra el endeudamiento como afluente imprescindible. Sergio relata al respecto:

“Más encima uno que está acostumbrado a tener plata todos los días. Te vai a trabajar apatronado, te pagan a fin de mes, te encalillai pa alcanzar a llegar a fin de mes. Y llega fin de mes, ¿qué tení que hacer?, pagar, toda la weá, y nunca, no te alcanza pa guardar [...] es pa puro sobrevivir no más po”

Sergio (34 años).

En otra arista el trabajo formal es visto como un ejercicio demasiado desgastante, no tanto en términos físicos como anímicos o de carácter emocional y personal. A pesar de entregar cierta estabilidad, ésta no es suficiente para persistir en un trabajo de tiempo completo o en condiciones en que las oportunidades y espacios de realización personal no son los que podría dar un trabajo independiente. En una operación evaluativa de suma y resta, el saldo que deja trabajar en la calle supera el trabajo formal y los beneficios institucionales que conlleva¹⁴. En términos relacionales, de administración de recursos –ingreso diario y tiempo-, sumado a la sensación de libertad que otorga, el trabajo independiente en la calle se presenta como una mejor opción. En este sentido, se puede ver que, al menos para el sector cuentapropista, los ingresos son más bajos respecto al sector público, sin embargo, equivalentes a los asalariados privados (Jiménez J., 2013). María, que pasó de trabajar formalmente a la calle, comenta sus razones:

“Yo antes trabajaba como cajera, después trabajé como ejecutiva comercial pero por el tema económico y por un tema de comodidad también nos pusimos a trabajar en la calle [...] O sea es que el trabajo formal lo único que te da la seguridad del sueldo, la seguridad de tu AFP, de tu vejez, entre comillas, que no es bueno tampoco, el tema de la salud, cosas que te obliga a una estabilidad en cierto modo, el seguir un horario; pero tení lidiar con tu jefe, tení que lidiar con tus compañeros, tení que lidiar con gente desagradable y a veces por tan poca plata, matarte [...] Yo, que viví las dos experiencias, yo seguiría tranquila en la calle. Yo me enfermé. Yo trabajé porque... trabajé, trabajé, trabajé [...] Porque yo tenía

¹⁴ En el Estudio mencionado a lo largo del trabajo, “complementariamente, se les hizo pensar a los encuestados por cuánto dinero mensual líquido dejarían de ser vendedores ambulantes. El 28% mencionó que no dejaría de ser vendedor ambulante y otro 28% mencionó montos entre \$500.001 y \$700.000. Ambos grupos de personas corresponden a los porcentajes más altos obtenidos en dicha pregunta” (CNC, 2015: 183).

una meta, cachai, y siempre yo quise escalar y ponte tú me metí a estudiar y buscaba mis logros personales pero no lograba nada po... Entonces un día yo me decepcioné de mi trabajo y dije no, yo no estoy pa esto”

(María, 37 años).

Las malas condiciones en que se da el trabajo formal evaluado según los requerimientos de los que han sostenido carreras laborales, e incluso con estudios, avalan el comercio ambulante como única salida para poder “estar más tranquilos”. El sueldo y los malos tratos es lo que más aqueja a quienes han transitado de un trabajo a otro. De acuerdo a esto llama la atención que “los datos obtenidos reflejen la importante presencia de personas con escolaridad completa, e incluso personas con estudios superiores que ven en el comercio no autorizado la oportunidad de trabajar” (CNC, 2015: 5).

Los malos tratos o exigentes ambientes de trabajo, sumado a particulares sugerencias de experiencias conocidas entre cercanos o familiares, hacen del trabajo por cuenta propia una opción mucho más llamativa sobretodo evaluando aspectos económicos, de tiempo y recursos. La discriminación y los bajos salarios son razones que valen para dejar la estabilidad que entrega el trabajo apatronado, así, “hay trabajos que te impulsan a trabajar a la calle” y que te hacen dejar de lado la formalidad¹⁵.

6.6.2 El trabajo en la calle y los costos de la informalidad

La formalidad de un trabajo asalariado o con contrato opera como principal contrapeso a las ventajas relativas que tendría dedicarse al comercio ambulante. Aunque muchas veces no son vistas como beneficios sustanciales en el corto plazo sí están reconocidas las garantías que otorga emplearse legalmente y estar inserto en el sistema. Las cotizaciones, contar con seguro de salud, o la capacidad de optar a créditos, son las principales garantías que tendría trabajar formalmente con contrato. La necesidad de contar con un respaldo en este tipo de situaciones es lo que se torna costoso en el trabajo informal. En este sentido, aunque más cercano a la

¹⁵ Como comenta Juan Manuel (33 años) que, con estudios superiores y un trabajo en el banco, decidió dedicarse de lleno al trabajo en la calle: “*Me ha tocado ver muchas injusticias en los trabajos, discriminación y eso al empleador no le interesa, no, con un sueldo mínimo no alimentai a una familia. Te llevan, hay trabajos que te impulsan a trabajar a la calle*”

vivienda, se ha discutido la noción de “insolvencia” para caracterizar la posición de sectores populares e informales, que no cuentan con ingresos suficientes, estables, no poseen contrato legal o no tienen documentos de residencia, y por ello se ven imposibilitados de acceder al sistema institucional y el mercado (Rodríguez, Rodríguez, & Godoy, 2018; Pírez, 2018). Esta realidad es sabida por los comerciantes:

“Como no cotizai y no te ni como orden de renta, no podí acceder a créditos, [...] como que pasai a hacer todas las cosas informalmente. Siempre estai metido en la informalidad. No, por ejemplo, si te querí comprar una casa, puta es súper difícil que te pasen un crédito hipotecario, porque no tení como acreditar renta, no tení cotizaciones”

(Renato, 32 años).

Esto no hace sino replicar formas en que las limitantes del trabajo informal pueden ser cubiertas. El manejo de los recursos económicos se hace parte imprescindible del trabajo independiente donde el orden así como la sistematicidad de los ahorros o la previsión de situaciones difíciles, son mecanismos que permiten cubrir gastos de envergadura. Son diferentes los mecanismo de ahorro, sin embargo, están presentes ante eventualidades o bien, pensados programáticamente. Mario (54 años) describe lúdicamente esta situación al comentar la planificación de sus vacaciones:

“Y como te digo, junto pa después ir recopilando las moneas, y llenamos tarritos; como no tenemos cuenta de ahorro, llenamos chanchitos, a la antigua. Juntamos dos, tres de estos al año [...] Que es como cuando te llegan las vacaciones, y te pagan las vacaciones. Ahí me pagan las vacaciones a mí. Rompo mi chanchito y los vamos a la playa, y los vamos pal sur”

También, como se ha visto, las redes familiares y personas cercanas, se vuelven un piso al cual recurrir en casos necesarios, como el ya mencionado decomiso de la mercadería.

6.6.3 Aptitudes y habilidades.

El ánimo de alerta constante es acaso el rasgo más distintivo del comercio ambulante no autorizado. No tan sólo trabajar en la calle demanda especiales atribuciones para sus empleados; de alguna forma, a pesar de compartir el espacio urbano como recursos laboral,

por ejemplo, los vendedores de puestos establecidos difieren en su dinámica a la de los vendedores informales. De momento puede ser una intuición, sin embargo, se nota en el desplante de los establecidos una actitud de espera y paciencia, de atención también, pero no de efusión o de alerta, ni por la llegada de carabineros ni por atraer constantemente al público. La diferencia de las posiciones en la calle caracteriza la disposición con que se plantean en ella y, como se ha visto, la necesidad de llamar a la gente o de estar prestos ante la llegada de la policía, hace del ejercicio de los comerciantes una actividad de especiales requerimientos.

El comercio ambulante está ubicado indefectiblemente en la frontera donde el espacio está regulado, y sin embargo, donde también está aún sin regular. Interactuando constantemente en ambas direcciones, ya sea con la policía o con los compradores, la venta está cruzada por la capacidad de lograr constituirse como una presencia sostenida en la calle, gestando y produciendo interacciones así como micro espacios itinerantes proclives a la diseminación constante. Su tarea prescribe ocasiones y situaciones a partir de acontecimientos efímeros, donde el cruce de miradas, los pequeños gestos y el vaivén de los transeúntes prefiguran insinuaciones capaces de ser captadas de manera fugaz por el vendedor alerta. En el orden de la enunciación, el acto de habla opera como una apropiación y reapropiación instaurando un presente relativo, planteando un contrato con un otro en una red de sitios y relaciones (De Certeau, 2000: XLIV). La táctica del comerciante, como del habitar urbano, depende del tiempo –por sobre el espacio- y atenta a “coger al vuelo” las posibilidades de provecho.

6.6.3.1 Personalidad y carácter

Constantemente aludida como principal condición, la personalidad para trabajar en la calle, se hace el más importante precepto incluso más allá del rubro o el tipo de producto ofrecido, y aunque puede tener varias acepciones logra resumir lo que los comerciantes reconocen como lo primordial tanto para relacionarse con la infinidad de personas que se acercan como en relación a reclamar un territorio. Tener personalidad es lograr “hacer presencia” y para ello tener un buen desplante es importante. Saber conversar, qué decir o cómo y cuándo decirlo, son factores que influyen al momento de interactuar con alguien o llegar a vender lo que se ofrece. Mario, lo resume muy bien:

“Pa estar en la calle tiene que tener dos cosas, y si no las tiene, mejor que no salga vender: personalidad, que es lo que creo yo que es lo principal, y después un buen producto [...] Como consejo, tener buen; una buena labia, un buen enganche, porque puede ser cualquier producto, pero si el vendedor (es) el malo, te va a irte mal... Si soy bueno pa conversar, soy bueno pa vender (sic)”.

(Mario, 54 años).

También Héctor alude en la misma dirección:

Personalidad. Nada más que personalidad. No te va a quedarte otra porque si no tení perso... en el sentido personalidad como para ofrecer un producto en la calle, porque de repente, no se po, ha llegado gente nueva y como que llega así, no sabe qué pasa. Pero para trabajar en la calle hay que tener personalidad, nada... y caminar siempre legal”

(Héctor, 37 años)

Aunque pueda parecer más ingenua la alusión en el primer caso, en el segundo, se hace notar que la personalidad también se relaciona con saber “qué pasa”, y esto es, llegar a conocer el ambiente de la calle; concederle primacía a su propio devenir y lo que depara como terreno inestable y hostil. En este sentido la personalidad alude a tener el carácter necesario para enfrentar la aversión y el recelo que puede significar el intento de llegar a trabajar ahí. Trata de tener las aptitudes necesarias para sobrellevar situaciones de violencia, enfrentamiento o abuso.

Pucha, primero tení que tener coraje, cachai, tení que tener la valentía pa hacerla porque no es llegar y vender en la calle. Tení que tener pachorra [...] Tú no podí ir y trabajar sola con un paño porque no falta el que te echa la aniñá, y tú te vai a acobardar y te vai a ir y no vai a vender más, cachai. No va a faltar el que te falte el respeto. Entonces, tení que tener carácter. Tení que tener carácter fuerte y puta y tampoco podía llegar como weon po, así, literalmente”

María (37 años).

Precisamente en esta línea, de acuerdo a las adversidades así como a la inestabilidad posicional y a la demanda permanente de ser un actor fuerte para sobrellevar la propia vida y encausar la autobiografía, ha sido discutido para los sectores populares una forma particular

de sostenimiento de la individualidad (Araujo & Martuccelli, 2015). Aunque ciertamente no de manera exhaustiva, el trabajo informal, y el comercio ambulante en particular, logran llegar a ser expresión de una condición de talla estructural que caracteriza la sociedad chilena en la actualidad. Los cambios sociopolíticos vivenciados en los últimos lustros desde el cese del período dictatorial, han dibujado un panorama en que la asignación de los sentidos así como de los cursos que toman las trayectorias individuales están más que nunca centradas en el individuo. Aunque no fue una característica central de los países de la región ni tampoco en Chile, la individualización fue entendida para el caso europeo como un proceso en que las instituciones ocuparon un rol preponderante (Araujo, 2012b), situación que no fue compartida por la realidad local. Por el contrario, la ausencia o distancia de las instituciones en la configuración y conformación de los individuos en Chile, propició un escenario en que fueron llamados a hacerse cargo de sus propias vidas arreglándoselas como pudieran (Robles, 2000). Proceso que marca de manera particular la experiencia de los sectores populares.

Como ha mostrado el trabajo de Araujo & Martuccelli (2015), la afirmación de la individualidad en los sectores populares de acuerdo a este escenario se ha centrado en tres principales dimensiones, a saber, una fortaleza ineludible del carácter; la habilidad y el sentido de oportunidad profundamente presente, además del goce y la irreverencia humorística. Aunque de manera implícita, estas tres aristas han cruzado el análisis de este trabajo, sin embargo, a fin de mostrar la centralidad de la personalidad y el carácter aludido por los comerciantes se ahondará en cada una de ellas.

Lo recurrentemente mencionado por los entrevistados es que para sostenerse en la calle, y en la vida social que articula, es necesario tener carácter, valentía y coraje. La necesidad de reafirmación constante de la posición y de la actividad a la que se dedican, amerita un temple personal imprescindible para hacer frente a los desafíos así como a los abusos cotidianos a los que se está expuesto en la calle. Aunque fue largamente presentado para el caso de la relación con la policía, vale volver sobre la necesidad de hacer frente a situaciones que las más de las veces están caracterizadas por el abuso y el uso desmedido de la autoridad. Precisamente el carácter se hace necesario en casos en que las relaciones asimétricas de poder están cruzadas por el ejercicio desregulado del poder, a las que se les contraponen una demanda y una expectativa –siempre justificada por quienes la padecen- de tratos más

igualitarios o democráticos. En este sentido, la denuncia o la resistencia, se sabe, no descansa sino en la capacidad individual de hacerles frente, esto es, de “hacerse respetar personalmente por doquier en universos sociales que no los respetan institucionalmente” (Araujo & Martuccelli, 2015: 94). Y aunque sea característico en la relación con la autoridad, se sabe, es necesario un amplio despliegue energético para enfrentarlo, donde el carácter fuerte opera como un elemento de nivelación de las relaciones sociales en general.

6.6.3.2 Astucia y profesionalismo

Si por un lado el carácter es recurso imprescindible para mantenerse en la calle, haciendo frente a situaciones adversas así como teniendo la osadía de vender y entablar conversaciones con desconocidos, también es necesario un desplante que trata sobre las maneras en que se sale airoso de los encuentros. El carisma, la simpatía, o la amabilidad, son atributos sin los cuales el trabajo en la calle se torna cuesta arriba. Las transacciones no están garantizadas y saber aprovechar los momentos en que se puede trabajar obliga a desplegar mecanismos y modos en que la venta sea productiva.

Saber “llevar al público” trata particularmente de esto. Tener la capacidad de sobrellevar las interacciones de modo tal que ni la venta se vea perjudicada ni el comprador se sienta desilusionado por la atención que ha prestado. La inestabilidad propia del encuentro fortuito hacen que la tarea se aborde con esmero o con la paciencia necesaria para no reaccionar de una manera poco provechosa.

El resultado de llamar y relacionarse con tantas personas de diferente carácter es también una demanda por acrecentar la paciencia y la capacidad de relación con el público. La heterogeneidad de interacciones y acontecimientos va perfilando un saber manejar las situaciones sustentado en el ensayo diario. Saber ofrecer, luego acercarse y todavía mantener la atención hasta que el cliente salga a gusto, son requerimientos que son atendidos con recursos y despliegues disímiles caso a caso pero que, sin embargo, se saben como imprescindibles. Mario (54 años) lo ejemplifica:

“Pero no, tener paciencia, primero tenía que tener paciencia para tratar con otra persona. Después con otra, con otra, y con otra [...] Eso es lo ideal, que el cliente salga a gusto y así siempre, donde esté y lo que vendí, te va a irte bien. Porque por último dicen, ‘tiene buen carisma este cabro, aunque lo webíé hartó, no, siempre se mantuvo, sereno, tranquilo

y echando la talla. Tratando de vender el producto'; que pa eso estoy ahí, pa vender mi producto”

Se trata de no sucumbir ante los malos tratos, o el mal humor de los compradores. Ese es requerimiento para poder trabajar en la calle, idealmente. Ser un profesional de la calle, como prosigue Mario, trata de darle siempre la razón al cliente, y para ello es necesaria la astucia, la sagacidad de salir airoso en cada paso, de no turbarse ante el cuestionamiento o la discriminación de los productos. La alerta asidua sobre las condiciones ambientales también se replican en la interacción cara a cara. De esta manera también la conversación está plagada de intersticios por los cuales pueden escurrir el convencimiento o la labia, que significa tanto ornamentar y alardear de los productos, como de moldear y reconvertir la sospecha o el escepticismo, en claridad y preferencia por parte de los compradores.

“Siempre. El cliente tiene la razón. Aunque el weón esté equivocado [...] pero en el momento cuando tú estai vendiendo, tení que ser, un profesional. Aunque seai un weón de la calle, pero uno se da cuenta de eso, al menos yo, con los años que tengo en la calle –

Cómo profesional (E)- Ser más astuto que el comprador

–Cómo así (E)- Por eso, llevarlo, ganártelo, con tallas, qué sé yo...”

Aprovechar cada momento y subvertirlo a favor propio es como se resume el ejercicio del comerciante. Aunque a veces pueda a apelar a extensos parlamentos y descripciones –incluso adoptando la forma de un personaje, con maneras características de locución y entonación– en otras puede tomar una forma más bien subrepticia de encaro. En muchos casos la venta comienza por entregar los productos en las manos para su revisión mientras se describen y muestran, esta cercanía además de profundizar en la confianza inusitada del contacto entre vendedores y compradores, también muestra el imperativo pragmático que puebla la transacción y la interacción en el puesto de trabajo. La capacidad de entablar relaciones comerciales en la calle descansan, y esto es lo principal, en la manera de saber negociar las transacciones. No es solo ofrecer, mostrar, es *saber vender*, es decir, también saber conversar, dialogar, encausar.

Volviendo sobre los sujetos populares y las formas de sostenimiento de la individualidad que describen a nivel social, es posible encontrar en el comercio ambulante una expresión de aquello. La habilidad y el sentido de oportunidad, que puede verse extendido en este sector

de la población, toma una expresión clara y fehaciente en los comerciantes. Para sostenerse individualmente en lo social es necesaria una inteligencia que combina sagacidad, prudencia, osadía, “olfato”, actitud alerta, desenvoltura y amague; todo ello con tal de lograr sortear los obstáculos que depara la vida social (Araujo & Martuccelli, 2015: 95). El propio profesionalismo en que se inscriben todas estas atribuciones descansa en la noción que mantiene el oportunismo –saber aprovechar cada una de las ocasiones- como un elogio de la capacidad de captar, como de accionar y conducirse por determinados cursos. Se trata de una forma particular de excelencia en donde lo que prima es la astucia (ibíd.).

Incluso puede ser que la intermediación elaborada en el abordaje del cliente esté supeditada a la practicidad de la venta, que el principio rector sea una apelación o acaso un mandato ineludible donde, sin embargo, está supeditada una *manera de hacer*. En este sentido resulta llamativo “el poder de convencimiento” que describe Cristian (22 años):

“La voz, el hablar con la persona, es solo tu manera de hablar y ofrecer las cosas [...] Es que no es qué se dice o qué se hace. Tení que tener poder de convencimiento [...] Pasa lo siguiente, a ti la gente va a llegar a comprarte siempre de dos bombones, un bombón, porque cuestan cien pesos cachai; y ahí es donde tú tení que hablarle y, ¡ya! ¡cinco!, cachai. Por ejemplo tu llegai a comprarme un bombón y yo te digo, ¡ya, cinco!, y tú me comprai los cinco”
(Cristian, 22 años).

O Sergio, que de manera similar describe la forma que tiene de vender y ofrecer:

“Me preguntan y yo les digo: ¡ya, valen doscientos, tres en quinientos! y baratito pal regalón, pa la regalona, pa que lleve pa la casita. Pero pa qué va a llevar tres, llévese los seis al tiro, la luquita, pa que le queden pa los cabros chicos; nunca está de más ahí en la cartera cualquier cosita”
Sergio (34 años).

En términos escénicos y de desplante el comercio ambulante amerita de personalidad y presencia para poder vender. El atrevimiento así como la seguridad en sí mismo son recursos válidos para atraer, ofrecer y vender su mercadería. Se trata de un trabajo minucioso de

reconocimiento de aquellos intersticios donde puede ir desenvolviéndose el negocio, que no se vea cortado o interrumpido por nada. La idea es “llevarlo” aprovechando todas las ocasiones e indicios por donde pueda ir la conversación o el encuentro, siendo la traducción, no tanto de la acción mecánica de la venta, sino de una acción centrada en el *trato* a conciliar con el otro, vale decir, colocando la atención no tanto sobre el negocio como en la *manera de negociar*, cuestión que satisface, por cierto, el interés de la venta. El acto de habla del cual se sirve la interacción comercial opera como una apropiación y una reapropiación incesante que pone en contacto a los locutores. De esta suerte instaura un *presente* y un *contrato con el otro* (De Certeau, 2000), en que la situación se ancla a un lugar donde la incertidumbre no dibuja una incerteza sino un campo abierto en que el exceso de sentido cobra forma (Joseph, 1988). A pesar de ubicarse en el campo temporal del espacio-tiempo la formalidad de las prácticas no se diluye en la operación automática y efímera del encuentro casual, por el contrario, arriba sobre un saber traducido como una manera de pensar investida de una manera de actuar, un arte de combinar indisociable de un arte de utilizar (De Certeau, 2000: XLV).

6.6.4 Habitar la calle

6.6.4.1 Un ambiente hostil

La calle es uno de los lugares donde más ocurren experiencias de malos tratos (PNUD, 2017: 206). Es un campo abierto donde las interacciones, sobretodo con desconocidos, son percibidas como amenazantes y desgastantes, que caracterizan una experiencia de nerviosismo constante así como de alerta; un sentimiento de irritabilidad (Araujo & Martuccelli, 2012). La territorialidad de la calle, la estigmatización y el desprecio o la irritación en las interacciones producto de la densificación de la ciudad, son algunos de los aspectos en que se evidencian las desigualdades interaccionales en la calle (Araujo, 2016b; PNUD, 2017). El clima potencialmente hostil y abrumante del espacio común, lo dibuja como un surtidor de encuentros en que la irritabilidad tiende reacciones desmedidas respecto al otro.

En una línea colateral del trabajo y la interacción constante con el público, dejó entrever el material recopilado, la capacidad de ser un profesional o buen vendedor, en mucho pasa por

las maneras de que se sirve un comerciante para llegar a vender, cuando esto implica acallar euforias, bajar los niveles de estrés o simplemente sacar sonrisas a costa de elogios o “tallas”¹⁶. La vorágine de la ciudad y su movimiento es especialmente percibida por los comerciantes, aun cuando los mismos contribuyen con el grito y el desorden a la experiencia gestada para el transeúnte.

Para los comerciantes la calle como espacio común es vivida de manera similar al resto de sus transeúntes. Que sea el lugar de trabajo hace que su inestabilidad y hostilidad esté especialmente presente para los vendedores donde estar constantemente alerta por la proximidad de funcionarios policiales hace del nerviosismo un sentimiento presente en todo momento. La exigencia de cambiar a cada vez de productos o a cada tanto de lugar, hace del trabajo ambulante una actividad cargada por la adrenalina y vinculada a una excitación existencial. La baja o nula predictibilidad, así, está asociada al riesgo y por ello a una experiencia particularmente intensa, como trabajo y forma de vida (Araujo & Martuccelli, 2012: 51-52). La inconsistencia está vinculada a un clima en que nada está del todo asegurado, sin embargo, en que se sortean intermitentemente, por medio de amagues, alertas y a punta de pragmatismo, vicisitudes así como peligros inminentes. Sergio (34 años) comenta esta situación a propósito de las desventajas de trabajar en la calle.

“No sabí si vai a llegar a tu casa o no. Tení que andar peliando de repente [...] Sí. De repente con los mismos comerciantes, o con los carabineros, que te llevan a la comisaria, te pegan, toda la weá y tení que andar precavido de muchas cosas. De repente puede venir carabineros y salís corriendo y justo pasa una moto y te atropelló, o un auto y te atropelló, y ahí quedaste”

Por otro lado, a la experiencia atiborrada de exigencias relacionales y esfuerzos por mantenerse incólume en la calle, se le suman las condiciones propias del lugar de trabajo en que intentan ubicarse los comerciantes.

*“También te estresa la bulla, estar en una weá donde hay mucha gente, te cansa, te aburre, el cuerpo del comerciante también se agota, también se cansa [...] ¡Imagínate!
Que pasan los pacos a cada rato, los bomberos a cada rato, los bocinazos; llega un*

¹⁶ “Ahí le sacai su sonrisa; de repente la gente anda amargá y puta con un par de palabras le sacai una sonrisa cualquier cosita”, resume Sergio (34 años).

momento en que eso no lo sentí pero llega un momento en que eso lo sentí po''

(Juan Manuel, 33 años)

La inestabilidad propia de los comerciantes informales sumado a una experiencia desprovista de herramientas que hagan de su ubicación una estancia acomodada en el espacio urbano, caracterizan una forma de ocuparla cargada de requerimientos adicionales respecto a sus demás usuarios. Por esto la experiencia del vendedor ambulante resulta especialmente significativa. No es tan solo dar curso a su trabajo sobre la base de la persecución, es también acondicionar, casi siempre de manera acomodaticia y subjetiva, las condiciones para mantenerse gran parte del día en la calle y con ellos “soportar” su hostilidad y adversidad.

Las diferentes maneras de afrontar esta realidad no descansan sino en el carácter que cultiva tal o cual comerciante. Éste puede ser de una introspección resignada donde los esfuerzos de vender no se hacen tan presentes, hasta quienes cuentan con gran desplante y presencia para llevar a cabo su trabajo. Del mismo modo el carácter permite dibujar espacios de sociabilidad en que las condiciones adversas son amortiguadas por dinámicas colectivas de venta, donde no es difícil encontrar personas que ríen, conversan e interactúan manejando códigos comunes y propios; aquí, otra vez, son ilustres los extensos puestos ocupados por comerciantes migrantes. En todo caso la afrenta a la condiciones del trabajo también se sustenta en lo que ha sido reconocido como una tercera forma de sostener la individualidad por parte de los sectores populares, esto es, vinculado a un sentimiento de goce e irreverencia vital (Araujo & Martuccelli, 2015). Esta se caracteriza por una actitud jocosa, despreocupada e incluso festiva de la vida, donde prima no tanto el presente como lo que se le puede robar a la vida misma en él. Aprovechar las oportunidades también dibuja una forma de retribución, donde la disposición a captar los indicios favorables para la venta y el trabajo en la calle son valorados como un saber leído en gradiente moral, otra vez, una excelencia donde la astucia prima.

La calle, si bien logra comportar un micro espacio rudimentario de sociabilidades, también se practica de acuerdo a los afluentes estructurales que la permean de atributos y cualidades específicas. El centro de Santiago, la Alameda, y el propio Barrio Meiggs, son lugares altamente concurridos donde el flujo y la vorágine no cesan. Como espacios de trabajo y de

tránsitos las calles y paseos del centro están altamente cargados de excesos, lo que dibuja diferentes maneras de percibir, vivir y soportar la calle; dependiendo también de los horarios y lugares.

A los requerimientos propios del trabajo se suman las condiciones en las que se desarrolla y hacen de la calle también un lugar de profundo malestar. Por eso también es un lugar que demanda concentración para poder mantener a raya los imprevistos o las situaciones que pueden ser perturbadoras. Tener en mente el trabajo y las metas propias ayuda a no vacilar; sobre la premisa que a la calle no se va a pensar sino a actuar, Juan Manuel (33 años), reconoce los obstáculos a los que se puede enfrentar, sin embargo, sobre los que no puede sucumbir, hay que “echarle pa’ delante no más”. *“En la calle siempre tení que... en la calle no pueden haber problemas, no pueden existir los problemas, no puede haber un pero pa que tú vendai tu negocio. Si no, no serví pa trabajar en la calle”*, sostiene. Que no hayan problemas es saber enfrentarlo y resolverlos lo más rápida y eficientemente posible, para lo cual hay que ser proactivo, despierto o con ingenio.

Esta actitud sin duda resulta de un cultivo meticuloso sustentado en la experiencia diaria que informa, de acuerdo a cada interacción y diversidad de situaciones, los causes por los cuales vale la pena seguir y sobre los cuales puede seguir siendo factible el trabajo callejero. El acervo que gesta la experiencia cotidiana permite ir sobrellevando y creando las condiciones para enfrentar nuevos requerimientos o imprevistos, y sobre lo cual *no se piensa mucho*, solo se hace. La permanencia en la calle depende de la capacidad y el esfuerzo por mantenerse ahí pero a la vez, es producto del trabajo del comerciante, en lograr ubicarse y acomodarse favorablemente en dichas situaciones de manera que no entorpezcan el trabajo. Cuando nada tiene que ser una interferencia la retroalimentación que otorga cada episodio es central. *“Si no soy una persona prepará’ o con condiciones para sobrevivir, la calle te enseña, la calle te prepara, vai aprendiendo ahí”* (Juan Manuel, 33 años). Lo crucial es estar atento.

6.6.4.2 “Lado b” de la calle

El lado b de la calle, descrito por los entrevistados, es expresión de la territorialidad de la que es susceptible el espacio. Se trata de la misma calle, como espacio material, sin embargo, albergando dinámicas y sucesos diferentes según el horario y las personas que lo pueblan. Si

los comerciantes logran constantemente una apropiación deliberada del espacio urbano también son proclives, por su actividad, a una lectura matizada de los cambios que dibuja la calle misma como espacio social. La ubicación extendida en el tiempo y deambulante por las calles del centro, hacen de los vendedores, testigos de su territorialización. Se ha dicho, Santiago es una miríada de territorios, negociados a cada momento por sus diferentes ocupantes y sobre los que se gesta la experiencia de sus habitantes. Lograr persistir en el paulatino cambio que gesta la ciudad es saber colocarse en el lugar y la medida justa, conforme los actores y situaciones; no llamar la atención es lograr entrar en el “lugar propio”.

El trabajo mesurado de acomodo en las diferentes situaciones si bien no logra diluirlas y evitarlas, si las dispone como acomodadas según los requerimientos del trabajo realizado. *“Después de tal hora el centro cambia, el centro de noche es como una selva”*, dice Héctor (37 años). En algunos casos, como se ha mostrado en relación a los antecedentes para llegar a trabajar en la calle, la exposición desde muy pequeños también es presentada como una carta de entrada a entender lógicas que van más allá de lo aparente en aquel espacio. El escenario propio del centro y su relación con los sectores más marginados también se postula como telón de fondo del comercio ambulante, con quienes dialoga en grados de mayor o menor intensidad dependiendo del caso. Esta experiencia no hace sino cultivar un semblante y una predisposición que en mucho se condice con la procedencia de algunos comerciantes y en base a la premisa del lado b de la calle, la sobrevivencia pasa por contar con aptitudes de enfrentamiento a dichas situaciones donde prima saber quién es quién; *“más allá de si estai bien, tení que ser ví'o, tení que ser choro”*, replicaba Juan Manuel (33 años).

*“A los ladrones, cuando caen presos, les manchan los papeles, ¿a dónde llegan a trabajar?
A la calle. La mayoría de los que trabajamos en la calle hemos sido delincuentes, hemos sido flaites, hemos sido pelia'ores [...] También está ese lado, también están esos riesgos, y los roces que tení con cada weón, vai cachando el ambiente de la calle, vai viendo quien es quien”*

(Juan Manuel, 33 años).

Tener la capacidad de alcanzar el reconocimiento de las personas y las intenciones que la pueblan, hacen del trabajo de los comerciantes, uno acucioso y mesurado de lectura y previsibilidad de cada situación o encuentro que pueda darse en la calle. Cargada de

imprevisibilidades, va proponiendo aconteceres sobre los que se las arregla cada quien para salir airoso. El saber que manejan los vendedores también se debe a sus experiencias previas o a las relaciones que han construido en aquel espacio, así, las interacciones cercanas con el ambiente marginal también los ubican como actores propios de su mundo, desde el cual salen y vuelven, dependiendo de su situación. El mundo de la calle, y de los comerciantes, también está cargada de aquella marginalidad que se disemina a la par de su trabajo en los intersticios de la vida urbana y en los claros que deja la vigilancia. De aquí que la estigmatización del comercio tampoco sea una pretensión injustificada por parte de autoridades y la policía, e incluso el público concurrente.

Héctor, que llegó a los cuatro años al centro de Santiago, resume el trabajo mesurado que ha hecho parte de su oficio, que le permite sobrellevar situaciones y presentarse de la manera adecuada frente a otras. Por ser más viejo, dice, es más sabio, lo que le permite saber dialogar con quien se le pare en frente. Sin dejar de admitir tener un pasado “no muy bonito”, no se desprende de lo que la calle le ha enseñado, y de acuerdo a lo cual se desenvuelve junto a su familia, con quienes trabaja cada fin de semana en el centro. Y es que las calles congregan realidades que, de alguna manera muy controlada en sus márgenes, se mantiene y reproduce bajo una lógica propia. Para él que lleva toda su vida trabajando en la calle, su experiencia ha sido, paradójicamente, espectacular.

“Espectacular porque yo, yo estoy agradecido de la calle, porque puta a mí la calle me maltrató, y la calle me ha tenido arriba, me ha tenido abajo, y me ha tenido ahí. Y después yo me acostumbré a estar ahí po, a estar en un margen y no bajar, en ese margen, ese es mi límite, y después yo digo mi persona, ya, no puedo estar más debajo de [...] Ahora, uno ve hartas cosas, uno siempre ha estado, uno se hace, yo me hago el límite de la calle... Y aquí todos tenemos que someternos a las reglas de aquí, si aquí en el centro hay hartas reglas, si aquí la policía, no se po inspectores, hay que someterse a las reglas porque si no te sometí a las reglas siempre vai a navegar como en contra del río [...] pero tení que someterme al tiempo que lleva la gente en la calle, eh no se po, lo que la gente trabaja, vecina como está, como le ha ido, vecina quiere algo una bebida, querí comerte algo, hai almorzado... a los curaos en la calle, toma ahí tení una caja de vino...veo gente drogadicta, igual, ahí tení una monea pa que no estí haciendo weás Entonces son las

leyes de la calle, yo creo que es más someterse al ambiente no más, no a la gente. A lo que está pasando realmente a la altura de esta hora”

Someterse al ambiente es no contrarrestar lo que se está presentando, tampoco evadirlo o eludir el encuentro, lo que puede traducirse en algunos casos como expresión de debilidad y por ello aún más peligroso. Se trata de seguir la corriente del río, pero no entregarse por entero a su cauce, es acomodarse en el devenir de su flujo pero sin desestimar el ancla que hace sostener un límite; límite autoconstruido y propio. La calle, así, demanda de relaciones e interacciones en las que se está, de manera más o menos directa, al fin y al cabo íntimamente relacionado. Puede que no sea una realidad extendida para todos y cada uno de los comerciantes pero sí reluce como subtexto de la vivencia y la experiencia que demanda la calle. Tener personalidad tiene su reverso en casos en que hay que “ser choro” o más atrevido de lo normal. No han de dejarse espacios para ser pasado a llevar y eso amerita “marcar el territorio” con presencia, explayándose y con firmeza.

Acomodarse a cada situación es también parte del trabajo del comerciante ambulante en su desplante por las calles y avenidas. Así, debe acoplarse desde distintas trincheras a lo que se le presenta en frente ya sea para atraer, convencer, conversar y vender; como correr, enfrentarse o pelear, con la policía y comerciantes, o dialogar con todos y cada uno de los actores que congrega el centro de Santiago. Dicho trabajo, sin embargo, no está cargado de un ánimo compelido al enfrentamiento, donde frente a cualquier situación de confrontación se ha de responder de manera desmedida. Habitar la calle es, por sobre todo, saber llevar las situaciones y saber reaccionar cuando se haga estrictamente necesario; así, de acuerdo a los diferentes momentos, lo común es la mesura y la paciencia, una espera siempre alerta. Sin embargo, en la calle no hay que tener miedo; porque el miedo es visto como una debilidad que no garantiza la permanencia, *“igual no hay que ser tan choro tampoco, ni tan engrupi’o como se dice”* (Mario, 54 años). Ser engrupido es ir al exceso, dejarse llevar por la exigencia de las interacciones, y tal vez pisar un terreno en que las garantías no están aseguradas, como respecto a la policía por ejemplo.

Esta semblanza acaso se resume en una actitud pasiva pero alerta de la que se dotan los comerciantes en cada momento. El respeto aparece como recurso indiscutible de relación al mismo tiempo que piso mínimo para cualquier interacción. *“Todo depende de cómo trates,*

te van a tratar”; “en la calle tú tení que tener, te tienen que respetar y tú respetar. Tú respetai a los demás y los demás te respetan”, y mientras eso ocurra, “no vai a tener nunca problema” (Héctor, 37 años).

6.7 Volviendo sobre lo teórico

6.7.1 Sobre la informalidad

La informalidad del comercio ambulante, adscripción que se ha ganado a partir de los debates sobre informalidad dados desde la década del 60' y 70', ha hecho que sea abordado principalmente como deficitario respecto a su regularización (OIT, 2013a). Si bien el debate en mucho estuvo influenciado por la masiva presencia del trabajo callejero, tanto por la importante migración de aquellos años así como por la incapacidad de la moderna empresa capitalista de dar abasto a su demanda, no han sido éstas las razones que han permitido acabar con su proliferación. Aunque procuró ser un punto de partida, se vio con el paso del tiempo, que la informalidad laboral no era algo propio de la marginalidad que investía a las poblaciones y personas que se dedicaron a vender en las calles de las principales ciudades de América Latina, sino lo propio de la nueva organización del mercado laboral en el capitalismo actual (Portes & Haller, 2004).

La informalidad en el mercado del trabajo ha tenido una serie de acomodaciones y reestructuraciones que buscan fomentar la adopción de políticas públicas para mejorar las condiciones de los trabajadores (Díaz Andrade & Gálvez Pérez, 2015). La operacionalización, al menos en el caso chileno, se ampara en las definiciones de la OIT reproduciendo un enfoque que, si bien reconoce las dificultades para acceder a todas las prácticas informales, también engloba en una misma categorización todas aquellas de difícil acceso (INE, 2018).

La falta de registro en el Servicio de Impuestos Internos, vale decir, la formalización tributaria de las actividades cuentapropistas, está relacionada con la ausencia de un registro que contemple dichas actividades. Así, se operacionaliza como Economía no Observada aquella actividad ilegal sobre los bienes o actividades desarrolladas o no declarada por sus ocupantes (INE, 2018).

Si por un lado el comercio ambulante ha suscitado la preocupación por la formalidad del trabajo y la concreción de estándares para el trabajo decente, la adopción de su “absorción” no ha estado amparada en mejorar las condiciones o la oferta del empleo formal. A lo que se enfrenta, por su calidad de informalidad, es al abandono forzado de la actividad y en muy limitados casos, opciones de formalización. Dicha formalización implica, para los

comerciantes, la regulación y fiscalización de su actividad comercial ya sea en término de tributación así como de condiciones laborales –particularmente de higiene y salubridad para quienes comercializan alimentos-, requisitos con los cuales pueden optar a un permiso para poder trabajar en la calle. Es en este sentido que la ordenanza municipal pueda o no autorizar el trabajo y la ocupación de los Bienes Nacionales de uso Público por parte de los vendedores ambulantes.

Por otro lado, siendo el trabajo callejero y el comercio ambulante prácticas propias de los sectores populares, se presenta la informalidad como una característica replicada en otros ámbitos de la vida social y reproductiva de dichos sectores. Así como ha dejado entrever esta investigación, no es difícil que, aparejado a la informalidad laboral se repliquen otro tipo de informalidad caracterizada principalmente por la distancia que tienen con las instituciones o con el mercado y el estado. En este sentido un hallazgo importante en lo que concierne a la formalidad de los sectores populares es su carácter de insolvencia, cuya reproducción no puede garantizarse *plenamente* dentro de los procesos institucionales, sean estos mercantiles o no (Pírez, 2018). La insolvencia, a la vez que amplía el estrecho margen que describe la dicotomía formalidad/informalidad pone el acento en las dimensiones reproductivas de lo social, desvinculando la situación de irregularidad de los trabajadores o habitantes de una responsabilidad individual o grupal. Por el contrario, abarca el amplio espectro social para dar cuenta de la situación de los trabajadores o habitantes informales de la ciudad (Rodríguez, Rodríguez & Godoy; 2018).

En este sentido a la vez que evidenciar las limitantes que ha tenido y sigue teniendo la conceptualización de la informalidad, se debe considerar la heterogeneidad de sus recursos. Si por un lado se centra en las condiciones del trabajo (OIT, 2013), por otro puede referirse solamente a la regularización tributaria de la empresa (INE, 2018) y aún puede signar la prohibición o no de la ocupación del espacio urbano, en particular para el comercio ambulante no autorizado. De este modo la informalidad no logra recrear un escenario en el cual puedan contemplarse las distintas actividades que la componen ni tampoco esclarecer los mecanismos de su tan preocupante abordaje. Este es uno de los puntos más conflictivos avizorados por el Estudio de la Cámara Nacional de Comercio, Servicios y Turismo de Chile (2015), donde, a pesar de ser reconocido el comercio ambulante como una actividad

permanente y sostenida por vastos sectores, por estar sujeta su regularización a las distintas ordenanzas municipales, no existe consenso sobre su naturaleza ni las posibilidades de permisividad. Así, la actividad puede ser considerada aún como recurso de subsistencia lo que en la práctica dista mucho de la realidad. En definitiva, “dadas las características del fenómeno y teniendo en mente el diseño de políticas públicas dirigidas a mejorar las condiciones de seguridad ciudadana en las áreas comerciales, una estrategia punitiva tiene grandes posibilidades de generar los efectos contrarios a los buscados” (ibíd.: 257).

Reconocer las limitantes del gobierno municipal para entender y regular el comercio ambulante informal, es preciso llamar la atención por la inexactitud que recrea adoptar ciertas concepciones respecto a la informalidad. Ya no se trata, necesariamente, de una economía de subsistencia ni de una práctica amparada en la marginalidad de algunos sectores de la población, por el contrario, muestra la complejidad que inviste por no estar circunscrita tan sólo a un ámbito de la vida social sino que puede llegar a mostrar una relación general respecto de los individuos y las instituciones. El desconocimiento de éstas sobre la naturaleza de la venta ambulante, supone una distancia y una estigmatización excesiva de una práctica que nunca desapareció ni lo hará a pesar de todo el despliegue policial que se le brinde. La informalidad, más allá del campo laboral, describe así, una relación específica de sobrellevar la vida social por parte de sus empleados y sobre la que sostienen una relación particular respecto a la institucionalidad o la formalidad que reclama.

6.7.2 El trabajo del individuo

Como ha sido discutido el individuo se constituye más en distancia que bajo el alero de las instituciones (Araujo & Martuccelli, 2012). Es en base a sus falencias y aprovechando las oportunidades que otorga donde el individuo se desenvuelve en tanto sujeto en un ambiente social caracterizado por la inconsistencia posicional y la interpelación a dar curso a la autobiografía con recursos propios. En el caso chileno, y como ha sido presentado, el individuo acata menos la opción de tomar la vida en las propias manos que el imperativo de arreglárselas como pueda (Robles, 2000). La relación que mantiene con las instituciones está entre la dependencia y la distancia, sobre todo cuando éstas mismas no otorgan garantías de protección sino por el contrario de un sentimiento de desasosiego para los individuos, quienes

transitan entre contar con sus recursos de manera pragmática o defenderse de ellas cuando se hace necesario (Araujo & Martuccelli, 2012).

La distancia y relación con las instituciones propone un espacio de acción desigual para las personas dependiendo de sus capacidades así como de la posición social a la cual pertenecen. En este sentido se ha visto cómo el carácter llegar a ser un recurso valioso por el cual los individuos de sectores populares son sostenidos en lo social. La carencia de recursos materiales o de respaldos institucionales, hacen del individuo un actor, en un sentido literal, capaz de producir y reproducir mecanismos y herramientas ancladas en lo propio de su personas, tanto así, que indefectiblemente apelan a su propia personalidad. Este trabajo se desarrolla si bien a partir de las condiciones estructurales y sociales en que se sitúa permite describir trayectos disímiles en casos de posiciones similares. Esto pone de manifiesto la agencia desplegada por el individuo y su trabajo, donde no se hacen notar de manera diferente tanto los anhelos y aspiraciones, como los ideales y las referencias concretas que les depara su lugar y sus posibilidades.

El trabajo del individuo y la configuración de sujeto, se postulan como una mediación que logra el propio sujeto en su vinculación con el mundo social; para ello, si bien conforme ideales prescritos o adscritos, la propia experiencia depara como tamiz orientador de la acción social, de acuerdo a las posibilidades y recursos con que cuenta. La experiencia como tamizador del trabajo del individuo, propone los caminos por los cuales es conveniente o factible conducirse, siendo un insumo significativo en la elucubración de su saber sobre lo social. La configuración de sujeto trata de un trabajo en permanente construcción siempre inconcluso que tiene como producto un saber decantado del encuentro entre el Ideal y la experiencia social (Araujo, 2009b).

El individuo, así arrojado en la sociedad, se ve llamado a ser un *híper-actor* (Araujo & Martuccelli, 2012) en la medida que está llamado a rendimientos tan diversos como la autoalimentación, el autocuidado, la sobrevivencia material o la producción de sentido. Se trata de un individuo sostenido en sus habilidades y en la capacidad que tiene para movilizar relaciones recíprocas que le permiten sostenerse en lo social; una fuente de seguridad pragmática en una sociedad que se percibe como fuente de permanente inseguridad (ibíd.: 244).

La posición y el trabajo realizado por el comercio ambulante apuntan en aquella dirección. Desprovisto de las garantías institucionales, debe procurarse cada uno de los sustentos necesarios tanto para su reproducción como para realizar el trabajo que hace cada día en las calles de la ciudad. A distancia y con cierto escepticismo, su relación con las instituciones toma más la forma de la confrontación que del amparo y la protección. Ya sea en términos laborales o sociales, las instituciones se le presentan como escollos, donde los procedimientos policiales e institucionales menoscaban su trabajo diario y las condiciones de su mantenimiento.

La posición y el lugar que ocupa el comerciante en el devenir incesante de la calle lo ubica como espectador predilecto del acontecer urbano. Anclado a los cimientos urbanos o acoplado al flujo transitorio del caminante, su trabajo trata de mediar relaciones o lidiar interacciones; cada situación se dirime de acuerdo a los esfuerzos o las capacidad que tenga de salir airoso. Ya sea de la fuga o de la venta efectiva, el comerciante es el artífice de su trabajo. La mediación y la alerta no son sino la *decantación de un saber* amparado en la experiencia, anunciada en base al tiempo y la cantidad de vivencias que han permitido suplir cada uno de los embates a los que se expone en su lugar de trabajo. Si la calle es capaz de “enseñar” a ser, y a conducirse en ella, el propio trabajo del comerciante toma una doble vertiente. Trabajar en la calle es necesariamente trabajarla, en un sentido inmediato en la irrupción que logra en los espacios donde no tiene permitido hacerlo, pero también, trabajar a través de sus mediaciones constantemente referidas al público o la policía con quien negocia o disputa. Trabajar en la calle, sin embargo, es también ser trabajado por ella. “Hacerse el límite” o “someterse al ambiente” no es agregarse como parte indiscutible en el lugar de los excesos o la hostilidad, es tomar cada situación con la atención que merece con tal de dar curso al trabajo y salir ileso. En la calle no hay obstáculos para trabajar, eso también es parte del trabajo del comerciante. Saber llevar las situaciones, saber conversar, saber enfrentarse es, precisamente, un saber anclado a la experiencia.

Frente a las numerosas adversidades que afrontan los sectores populares en un contexto alta inestabilidad posicional (Araujo & Martuccelli, 2011) así como de hiper actuación, los individuos de sectores populares tienden a afirmar su individualidad a partir de tres dimensiones: la fortaleza de carácter, la habilidad y el sentido de oportunidad; y la

irreverencia humorística (Araujo & Martuccelli, 2015). Tener la personalidad o el temple de enfrenar un trabajo así; aprovechar sus oportunidades o trabajar conforme a ellas y, tomar las cosas con la mejor disposición y por el buen lado, son atributos del vendedor ambulante. El ambiente que recrea el comercio, simulación de la feria, retrotrae a sus interactuantes a dinámicas conciliadas donde lo que prima es sacar una sonrisa, molestar o acudir a la picardía propia del mundo popular. El goce y la irreverencia frente a las múltiples adversidades también se deja relucir en el ánimo siempre empeñoso que circunda el ejercicio en la calle, “echarle pa’ delante” como sea, también es parte de persistir y “tomar la vida por el buen lado”.

El trabajo del individuo y el saber sobre lo social logran ser dos nociones analíticas que, sin descuidar los enclaves estructurales en que se hallan los individuos, logra captar lo que produce su propio imaginario y de acuerdo a sus propios códigos. El saber decantado y el trabajo realizado permiten considerar, además, el trabajo moral individual como un rendimiento constante y ordinario (Araujo & Martuccelli, 2012).

6.7.3 De prácticas y tácticas

La práctica del comercio ambulante es la prueba fehaciente del conflicto atribuido a la doble contingencia del espacio urbano. Como contraposición a lo políticamente designado y planificado, la práctica espacial de los transeúntes y usuarios del espacio urbano determina el carácter que adopta y hace congregarse el flujo y el devenir de la calle. Situado expresamente al margen de la normativa –la ordenanza- los comerciantes se postulan como la representación de la alteridad en el espacio público, especie de denuncia fáctica que se plasma y disputa los territorios de todas las maneras posibles que le otorga su propia inventiva. Como performatividad empírica la práctica de los comerciantes y transeúntes goza de una cohesión propia aunque no coherente. Se avizoran sus movimientos entretejiéndose en la mezcla nunca clara de voces, ruidos, gritos y alaridos que hacen de la calle un escenario dispuesto al devenir, que cobra por su paso, la forma y el carácter que denuncia la experiencia.

Las tácticas no obedecen a la ley del lugar o sus estrategias tecnocráticas (De Certeau, 1999), por el contrario, alejada de la planificación, y por lo tanto como configuración de lo *propio*, las “maneras de hacer” describen la capacidad que tienen los usuarios de “consumir” lo que les arroja y propone la nomenclatura de la vigilancia. Los “usos” son las acciones inventivas

que, sin previo aviso y sin discurso propio, se presentan en disputa con la producción racionalizada, expansionista y centralizada del espacio urbano. El consumo toma la forma de un ardid, capricho de las ocasiones, clandestinidad que murmulla en su ejercicio la utilización y las maneras de “gastar” la ciudad (Delgado, 2007).

Presto ante la aparición de oportunidades, el comerciante hace de acontecimientos ocasiones de interacción con los demás transeúntes; capacidad inacabable de recrear, aun a fuerza de gritos y aplausos, la apelación al devenir del flujo, la conversación y la compra. Ubicándose donde y como pueda, evadiendo y enfrentando la persecución, los vendedores proponen “contextos de uso” sobre el espacio planificado y destinado. Bien de uso público, la escalera o el monumento cobran la funcionalidad requerida por quien la permea con el paño, o que le sirve de sombra o escondite. El contexto remite a la especificación de un acto, y por ello, a una enunciación –verbal y kinésica- sobre el instante presente (De Certeau, 2000), que se suma a una circunstancia y un hacer concreto arrojando como producto final un uso de la legua –o del espacio- y de ahí una operación sobre él, apropiándose la.

La centralidad lúdica en el espacio propone una primacía del tiempo sobre el espacio, la prevalencia del valor de uso por sobre el valor de cambio. Superioridad de los derechos, el derecho a la ciudad es el derecho a la libertad y a la individualización en la socialización. Es el derecho a la obra (la actividad participante) y el derecho a la apropiación (muy distinta al derecho a la propiedad) (Lefebvre, 1978). Practicar el espacio es tarea subrepticia pero deliberada que acomete el vendedor callejero cada día en su puesto de trabajo. Obrar por su cuenta, y apropiarse de cada instante, hace del trabajo un “arte de utilizar”, provisto de una manera concreta de hacer y pensar; como una formalidad de sus prácticas.

Por estar exentos de la planificación tecnocrática a los sectores populares les queda la inventiva del consumo y la utilización del espacio. En ella confluyen tanto astucias, interés y deseos que no están determinados ni captados por los sistemas donde se desarrollan (De Certeau, 1999). Transfiguran los destinos de la ornamentación de la ciudad así como la disposición de sus servicios, reutilizando su indumentaria, reubicando lo ubicado, refigurando el espacio, mostrando lo que hay que ver (Rancière, 1996)¹⁷.

¹⁷ Ver Anexo N°4, Fotografía N°2

7 Conclusiones

El marco en que se desenvuelve el comercio ambulante está por lo menos delimitado y circunscrito a una esfera específica. De esta suerte que su informalidad estaría atribuida al menos a tres aspectos de la actividad que, aun confluyentes en la práctica, no son concordantes en sus preceptos. Sobre los debates de informalidad laboral a mediados de los años setenta, se ha visto, tuvo una importante incidencia por la presencia masiva y sostenida que se acentuaba en las calles de las principales capitales de la región. La creciente migración y el desfase de la demanda y la oferta de mano de obra calificada, hicieron de la actividad un nicho promisorio para la población cesante, y aunque no fuera el primer momento del surgimiento y proliferación del comercio en las calles, fue el precursor de un debate teórico al respecto. De este modo la informalidad se vio estrechamente aparejada a climas de marginalidad, pobreza y precariedad, lo que incentivaría por cierto, la elaboración de políticas para su paulatina erradicación. Sin embargo, se vería más adelante, la informalidad no fue propia de la marginalidad poblacional sino de la renovada organización del sistema capitalista y el mercado de trabajo. A pesar de ello, pensar en mejorar las condiciones de empleabilidad de aquellas personas dedicadas al comercio callejero no cesó de incentivar tanto su erradicación como persecución.

La persecución ha sido una de las políticas más sostenidas, al menos para el caso chileno, en lo que respecta al comercio ambulante. A partir de los ochenta y acentuado en las últimas décadas, los esfuerzos por hacer desaparecer el comercio en las calles no ha escatimado en esfuerzos y recursos, y en esta línea la Municipalidad de Santiago ha sido un referente. Sumado al estándar propio del marco dualista informalidad/formalidad, los comerciantes tampoco estarían regularizados tributariamente y por ello tampoco exentos de persecución por parte de Carabineros y fiscalizadores municipales; la ilegibilidad económica de su actividad vuelve a acentuar la estigmatización de su negocio catalogándose como economía subterránea o no observada. Además, y en tercer lugar, la prohibición de su existencia también está anclada en la disposición de los lugares donde se emplaza. Así, de acuerdo a la ordenanza municipal, también habría sanciones para aquellas las operaciones comerciales – el comercio ambulante no autorizado- en Bienes Nacionales de Uso Público; es decir, que sumado a su informalidad laboral y tributaria, la potestad sobre el espacio por parte del

gobierno municipal les prohíbe ocupar u obstruir los bienes de uso común, constituyéndose en objeto de persecución por parte de Carabineros y fiscalizadores.

Con todo, el tratamiento sectorizado de acuerdo a cada ordenanza municipal, hace que el abordaje del comercio en las calle sea un problema difícil de tratar. En la mayoría de los casos amparada en un marco regulatorio desactualizado, opera de forma tácita la estigmatización de la actividad e incluso su criminalización. Sobre ello, no es anodino que las únicas y principales cifras sobre la magnitud del comercio en las calles estén asociadas a la cantidad de denuncias y aprehensiones por comercio ambulante no autorizado y, por ello, manejadas por Carabineros de Chile. Lo que hace sino reforzar la idea que quienes se emplean en dicha actividad serían más delincuentes que trabajadores, cuando de forma paralela comerciantes denuncian todo lo contrario. Así, se ve, las cifras no muestran tanto la magnitud del comercio en cada comuna o sector de la ciudad como el incentivo unidireccional de cada municipio por hacer frente a su presencia por medio de la aprehensión y persecución. Al respecto, resultan llamativas las cifras correspondientes al período 2014-2016, donde en promedio el 55.1% de las denuncias nacionales se concentran tan solo en la comuna de Santiago.

Catalogada como informal y aparejada a la marginalidad y la delincuencia, la actividad comercial de los vendedores no encuentra más recurso que la reinención de sus mecanismos para subsistir y permear todos los intentos de persecución y erradicación. Es así que la informalidad no llega a convertirse en un marco explicativo de la problemática sino una categoría según la cual se designan ciertas actividades fuera de norma que, por ello, deberían estar proclives a desaparecer; al mismo tiempo que evidencia la incapacidad de renovar los marcos regulatorios así como la capacidad de aceptar y mirar desde una perspectiva diferente una ocupación laboral adoptada por muchos.

Sobre este escenario el comercio no hace sino recurrir a lo que ha sido desde sus inicios la dinámica propia de su subsistencia. Anclada indefectiblemente a una relación mucho más compleja y diversificada que la simple venta de productos en la calle, encubre una dinámica que contempla actores y relaciones de diverso tipo en las que se reproduce constantemente; donde el público se vuelve un interlocutor relevante sobre su factibilidad y permanencia. La relación propia del comercio popular caracterizada con propiedad en la feria, hacen del

comerciante ambulante un actor reconocido en la trama urbana, con razón para los sectores populares, donde mediante el grito y el ofrecimiento de sus productos, encuentra una respuesta traducida como preferencia, permisividad y reconocimiento. Microambiente donde desaparece el estigma, vuelto un lugar de encuentro y sociabilidad compartida exclusivamente. Así, la dinámica recreada en torno al comercio callejero esboza límites y diferencias respecto a otros actores y sectores de la ciudad, y con ello remarca lo que sostiene este trabajo y otros: una ciudad profundamente demarcada y dividida, por sus dinámicas y actividades, por sus habitantes y la disposición del espacio común.

Sin embargo, y aun cuando logra ser una práctica reconocida y avalada por la mayoría del público, la principal labor del comerciante trata en deslindar los márgenes de lo permitido en las calles de Santiago. Referido constantemente a la vigilancia policial, su trabajo también se despliega en la evitación, primero, pero también en el encuentro favorable frente a la autoridad. La capacidad de mediación así como de argumentación frente al decomiso o la aprehensión hace de la relación entre policías y comerciantes una cargada de ambivalencias, circunscrita entre complicidades, amenazas y abusos permanentes. De este modo, una actitud condescendiente, es decir, asumiendo el lugar del infractor, además de argumentar con la familia de por medio las razones que justifiquen el acto ilícito, deja a criterio del policía obviar el procedimiento. Por otro lado, una actitud desafiante logra desencadenar el ejercicio autoritario por parte de funcionarios policiales, cuando no sucede exactamente a la inversa; donde no es difícil advertir que la disposición confrontacional de los comerciantes está amparada en lo que se considera abiertamente una injusticia y un abuso de poder. La descolocación respecto a la persecución resuena más claramente para los comerciantes extranjeros quienes no conciben la persecución causa de vender en la calle.

Siendo el espacio recurso indispensable para la concreción del trabajo en la calle, la territorialidad cobra un papel central en el ejercicio de los comerciantes. Vender en la calle, así, es por sobre todo procurárselo, pudiendo ser aceptado por la venia de un conocido, apropiado por la relegación producto de la persecución o disputado y defendido en caso de haber sido apropiado. El espacio como recurso indispensable ha de ser sostenido a toda costa, resguardándose de la policía o disputándolo con demás trabajadores. Sin embargo, aun cuando la disputa por el espacio es lo característico de la relación entre comerciantes también

lo es la familiaridad, la contención y la ayuda mutua. Trabajar en la calle también encubre una cuota de reconocimiento y respeto por los pares que se entiende como una norma imprescriptible. En la calle no se trabaja totalmente aislado, sino en familia, entre amigos o conocidos con los cuales se cuenta frente a la proximidad de Carabineros, o como sostén en caso de perder los recursos en el decomiso. Se trata de un ejercicio que se sostiene de acuerdo a la movilización de recursos propios, incluyendo por cierto la propia personalidad, pero en el que las relaciones cumplen un rol crucial de sostén en un escenario desprovisto de todo tipo de garantías. Trabajar en la calle implica tener la claridad sobre los recursos con que se cuenta, incluyendo a quién se tiene al lado y qué es lo que se puede ganar de ello también.

Ahora bien, ¿quiénes son comerciantes o cómo llegan a serlo? A pesar de ser reconocidas las complejidades y esfuerzos que amerita emplearse de esta manera se vislumbran al menos tres razones de peso que hacen de esta actividad o bien un recurso laboral a la mano o una opción. Una de las principales razones de por qué dedicarse a trabajar en la calle es la herencia o la tradición familiar. Este punto resuena importante sobre todo en relación al profesionalismo que ameritan y exigen quienes se emplean en el comercio ambulante. Se trata de un saber, cuando dicho saber no está retratado en un contrato o un procedimiento, sino amparado en una práctica recurrente y evaluativa, en una experiencia reflexiva y animada por la capacidad de sobrellevar cada uno de los impases sucedidos imprevisiblemente. Por otro lado, también el comercio ambulante se perfila como una tarea de fácil entrada, y por ello atribuible a la marginalidad o la precariedad socioeconómica y legal. Caracterizado por sus nulos requerimientos formales así como por la baja inversión para comenzar desde cero, se vuelve una fuente laboral próxima para personas con antecedentes delictuales, además de migrantes indocumentados o quienes no tienen mayores recursos para optar por un trabajo diferente. Por el contrario, en tercer lugar y en el extremo opuesto, también se ha vuelto una oportunidad laboral para personas que han desestimado la carrera laboral formal. De acuerdo a los índices de escolaridad superior descritos por algunos comerciantes, toma la forma de un trabajo por cuenta propia donde prima una valoración subjetiva mayor, en términos de realización personal o sentido del trabajo, en comparación a la calidad y la posición que mantienen las mismas personas en el trabajo asalariado. El ambiente laboral, las extensas jornadas laborales y los bajos sueldos, hacen del trabajo por cuenta propia un incentivo importante para llegar a vender en la calle.

La informalidad, al tiempo que caracteriza sujetos y actividades, dibuja un escenario donde lo que prevalece es la distancia entre los individuos y la institucionalidad, el *cómo debieran ser las cosas y cómo realmente son*. Esta distancia, sin embargo, no está sino permeada por la inventiva y la capacidad de agencia que comportan los actores involucrados. Para el caso de los comerciantes ambulantes, como se ha visto, dicha distancia es condición y fuente de trabajo; mantenerse alejados de la vigilancia les garantiza, ante todo, ocupar un lugar donde su presencia no está permitida; donde la única garantía descansa en sus propias habilidades y las relaciones con que cuenta para hacer frente en la calle y el mundo social. De manera furtiva o de acuerdo a su experiencia, el trabajo del comerciante trata en hacer ocasiones de acontecimientos, llamando y suscitando interacciones y con ello, habitando su espacio.

Reconociendo la complejidad y heterogeneidad del fenómeno de estudio, este trabajo no ha pretendido ser exhaustivo ni dar cuenta a cabalidad de todas y cada una de las aristas presentes e identificables sobre la problemática. Ante todo ha pretendido ser un aporte y una propuesta respecto a un abordaje particular centrado, de acuerdo a los intereses y objetivos, en tres dimensiones altamente relevantes y concomitantes sobre la realidad del comercio ambulante; como una fuente laboral sin desconocer los aspectos estructurales en los que se enmarca, sean éstos de carácter laboral o espacial, además de mostrar, de acuerdo a una lectura desde los individuos, los requerimientos y mecanismos, recursos y destrezas de las que se hace imprescindible el trabajo en la calle. Es una propuesta exploratoria que busca vislumbrar esferas susceptibles de interrogación respecto a una realidad y un problema de extensa data que, lejos de atenderse cabalmente, como se ha intentado mostrar, ha sido tratado parceladamente y desde un peligroso desconocimiento.

Respecto a las tres dimensiones es preciso recalcar en aquellas aristas por las que podrían acentuarse futuras interrogantes. Desde el punto de vista institucional, se hace necesaria una revisión sobre los marcos y preceptos que orientan la delimitación de la informalidad del comercio ambulante, ya sea tributaria, estatutaria, o en relación a la ocupación del espacio urbano. Entender la complejidad de esta noción permitiría aclarar los marcos explicativos del fenómeno en cuestión a la vez que esclarecer y transparentar una realidad que no puede ser relegada a su simple superación por medio de persecución policial. Por otro lado, es preciso

profundizar en una dimensión que discuta la noción de informalidad como categorización de cierto sector de la población que se sitúa a distancia o está excluida de marcos normativos instaurados institucionalmente, ya sea el estado o el mercado, y al mismo tiempo atisbar relaciones recíprocas entre las distintas esferas de la informalidad.

Respecto a los individuos y la relación con las instituciones, o más ampliamente con las normas, ver de qué manera se desenvuelven los individuos en estos espacios recabando en sus motivaciones intrínsecas y los medios por los cuales pueden llevarlas a cabo. Profundizar en las distintas aristas de la informalidad, como traducción de una relación individuos-instituciones, abre interrogantes sobre el papel que cumplen las normas no sólo para quienes están llamados a cumplirlas sino también quienes están encargados de hacerlas valer. El juego que encubre el límite difuso permite mirar con mayor detención de qué maneras son negociados los intereses y las fuerzas que dirimen dicha relación, donde la demanda por el reconocimiento y el respeto aparecen altamente pregnantes.

De acuerdo a lo anterior, también el espacio se torna susceptible de interrogantes, respecto a su capacidad de representación de la democratización de lo social, o como lugar de encuentro de la alteridad y por ello como constitución de un espacio público sui géneris. En qué medida se construyen y dibujan cartografías de exclusión de los espacios y cómo las prácticas espaciales logran dibujar o desdibujar límites físicos, mentales y sociales; cómo la práctica espacial remarca la atención sobre el espacio como espacio político y por ello, como representación de una sociedad.

8 Bibliografía

- ADN Radio. (17 de noviembre de 2017). Turba de comerciantes ambulantes atacó a pareja de Carabineros. Cámaras de seguridad del Barrio Meiggs registraron cómo una anciana defiende a los uniformados. *ADN Radio*. Santiago, Comuna Santiago, Chile.
- Alonso, L. E. (1999). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. En J. M. Delgado, & J. Gutiérrez, *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (págs. 225-240). Madrid: Editorial Síntesis S.A.
- Araujo, K. (2009a). *¿Se acata pero no se cumple?. Estudio sobre las normas en América Latina*. Santiago: LOM Ediciones.
- Araujo, K. (2009b). *Habitar lo social. Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual*. Santiago: LOM Ediciones.
- Araujo, K. (2009c). Configuración de Sujeto y orientaciones normativas. *Psicoperspectivas*, 248-265.
- Araujo, K. (2012a). La relación con las normas en América Latina y el ordinario trabajo moral del sujeto. En S. Kron, S. Costa, & M. Braig, *Democracia y reconfiguraciones contemporáneas del derecho en América Latina* (págs. 19-41). Madrid: Iberoamericana.
- Araujo, K. (2012b). La tesis de la individualización en las sociologías alemana y chilena: una lectura crítica. En K. Bodemer, *Cultura, sociedad y democracia en América Latina. Aportes para un debate interdisciplinario* (págs. 229-250). Madrid: Iberoamericana.
- Araujo, K. (2016a). *El miedo a los subordinados. Una teoría de la autoridad*. Santiago: LOM.
- Araujo, K. (2016b). *Desigualdades interaccionales e irritaciones relacionales: sobre la contenciosa recomposición del lazo social en la sociedad chilena*. Santiago: Serie Documentos de Trabajo COES.
- Araujo, K. (2016c). *La calle y las desigualdades interaccionales*. Santiago: PNUD.
- Araujo, K., y Martuccelli, D. (2010). La individuación y el trabajo de los individuos. *Educação e Pesquisa*, 36(especial), 77-91.
- Araujo, K., y Martuccelli, D. (2011). La inconsistencia posicional: un nuevo concepto sobre la estratificación social. *Revista CEPAL*, 165-178.
- Araujo, K., y Martuccelli, D. (2012). *Desafíos Comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Tomo II*. Santiago: LOM Ediciones.

- Araujo, K., y Martuccelli, D. (2015). Las individualidades populares. Análisis de sectores urbanos en Chile. *Latin American Research Review*, 50(2).
- Arizaga, X. (2016). *El concepto de ambiente: Su uso para la comprensión del espacio público: Más de un siglo de políticas de renovación urbana*. Santiago de Chile: Tesis Doctoral. Pontificia Universidad Católica de Chile. Facultad de Arquitectura, diseño y Estudios Urbanos.
- AUPOL, Automatización de Unidades Policiales. (2016). *Observatorio del Comercio Ilícito*. Obtenido de <http://www.observatoriocomercioilicito.cl/wp-content/uploads/2017/03/Comercio-II%C3%ADcito-Estadistica-de-Carabineros-a-Diciembre-2016.pdf>
- Barbosa Cruz, M. (2010). Trabajadores en las calles de la ciudad de México: subsistencia, negociación y pobreza urbana en tiempos de la Revolución. *Historia Mexicana*, LX(2), 1077-1118.
- Beck, U. (2001). Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: individuación, globalización y política. En W. Hutton, & A. Giddens, *En el límite. La vida en el capitalsimo global* (págs. 233-245). España: Tusquets Editores.
- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. (2008). *BCN*. Obtenido de https://www.google.cl/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&uact=8&ved=0ahUKEwiW_ffa1bvOAhXKipAKHVYZA7IQFggcMAA&url=http%3A%2F%2Fsiit2.bcn.cl%2Fobtienearchivo%3Fid%3Drepositorio%2F10221%2F7131%2F6%2FReporte.pdf&usg=AFQjCNEi70oLvqyfZhb-g8AswZmo3
- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. (2009). *Ley Chile*. Obtenido de <http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=241792>
- Bodgan, R., & Taylor, S. (2008). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. España: Paidós.
- Bourdieu, P. (1999). Efectos de lugar. En P. Bourdieu, *La miseria del mundo* (págs. 119-124). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.
- Brito, A. (1995). Del rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad popular femenina. Santiago de Chile, 1850-1920. En L. Godoy, E. Hutchison, K. Roseblatt, & M. Zárate, *Disciplina y desacato* (págs. 27-69). Santiago: SUR/CEDEM.
- Cámara Nacional de Comercio, Servicios y Turismo de Chile. (2015). *Estudio de Comercio Ambulante no autorizado en Santiago y sus implicancias en la seguridad ciudadana*. Santiago: Cámara Nacional de Comercio.

- Cámara Nacional de Comercio, Servicios y Turismo de Chile. (2017). *Estudio del Comercio Ambulante ilegal y sus implicancias en la seguridad ciudadana*. Santiago: Cámara Nacional de Comercio.
- Carabineros de Chile. (2018). *Dirección Nacional de Orden y Seguridad*. Obtenido de Depto. Análisis Criminal: http://dac.carabineros.cl/c_cifras.php
- Carrión, F. (2016). El espacio público es una relación, no un espacio. En P. c. Ramírez Kuri, *La reinención del espacio público en la ciudad fragmentada* (págs. 13-50). Ciudad de México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales: Programa de Maestría y Doctorado en Urbanismo.
- Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo. (1993). *Resolución sobre la Clasificación Internacional de la Situación en el Empleo (CISE), adoptada por la decimoquinta Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo*. Oficina Internacional del Trabajo.
- Coraggio, J. L. (1993). La construcción de una economía popular: vía para el desarrollo humano. *Papeles del CEAAL*(Nro. 5).
- De Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano. II Habitar, cocinar*. México D.F.: Instituto tecnológico y de Estudios superiores de Occidente A.C.
- De Certeau, M. (2000). *La invención de los cotidiano. I Artes de hacer*. México D.F.: Instituto tecnológico y de Estudios superiores de Occidente A.C.
- De Mattos, C. (2005). Santiago de Chile: metamorfosis bajo un nuevo impulso de modernización capitalista. En C. Da Mattos, M. Ducci, A. Rodríguez , & G. Yáñez, *Santiago en la globalización: ¿Una nueva ciudad?* (págs. 17-46). Santiago: Ediciones SUR y EURE Libros.
- de Soto, H. (1986). *El otro sendero*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Delgado, M. (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Delgado, M. (2007). *Sociedades Movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- Diario El Desconcierto. (02 de marzo de 2017). Municipalidad de Santiago profundiza persecución a carritos de comida de vendedores ambulantes. *El Desconcierto*. Obtenido de <http://www.eldesconcierto.cl/2017/03/02/municipalidad-santiago-profundiza-persecucion-carritos-comida-vendedores-ambulantes/>
- Diario El Dínamo. (21 de feb. de 2017). Santiago en guerra con ambulantes: hasta clientes serán detenidos. *El Dínamo*. Obtenido de <https://www.eldinamo.cl/nacional/2017/02/21/santiago-en-guerra-con-ambulantes-hasta-clientes-seran-detenidos/>

- Díaz Andrade, E., & Gálvez Pérez, T. (2015). *Informalidad laboral: conceptos y definiciones*. Santiago de Chile: Dirección del Trabajo.
- Díaz, X., Godoy, L., & Stecher, A. (2005). *Significados del trabajo, identidad y ciudadanía. La experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible*. Santiago: Centro de Estudio de la Mujer.
- Garcés, A. (2007). *Entre lugares y espacios desbordados: formaciones urbanas de la migración peruana en Santiago de Chile*. Santiago de Chile: Universidad Central. Serie de Documentos N°2.
- Garcés, A. (2011). De enclave a centralidad. Espacio urbano, comercio y migración peruana en Santiago de Chile. *Gazeta de Antropología*. Obtenido de <http://digibug.ugr.es/handle/10481/18981>
- Garcés, A. (2014). Contra el espacio público: criminalización e higienización en la migración peruana en Santiago de Chile. *EURE*, 40(121), 141-162.
- García, E., Gil, J., & Rodríguez, G. (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*. Granada. España: Ediciones Aljibe.
- Gehl, J. (1987). *Life between buildings*. New York: Van Nostrand Reinhold Company Inc.
- Gehl, J., & Gemzoe, L. (2002). *Nuevos espacios urbanos*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, SA.
- Goetz, J., & LeCompte, M. (1988). Cap. III Selección y muestreo: el comienzo de la investigación etnográfica. En *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa* (págs. 85-111). Madrid: Ediciones Morata S.A.
- Goicovich, I. (2006). *Relaciones de solidaridad y estrategias de reproducción social en la familia popular del Chile tradicional (1750-1860)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas Instituto de Historia.
- Greene, M., & Soler, F. (2005). Santiago: de un proceso acelerado de crecimiento a uno de transformaciones. En C. Da Mattos, M. E. Ducci, A. Rodríguez, & G. Yáñez, *Santiago en la globalización: ¿Una nueva ciudad?* (págs. 47-84). Santiago: Ediciones SUR y EURE Libros.
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, M. d. (2010). *Metodología de la Investigación*. México DF: McGraw-Hill Interamericana Editores S.A de C.V.
- INE. Instituto Nacional de Estadística. (2018). *Estadísticas de Informalidad Laboral: Marco conceptual y manual metodológico*. Obtenido de <http://www.ine.cl/docs/default->

source/laborales/informalidad-laboral/antecedentes-metodologicos/manual-conceptual-y-metodol%C3%B3gico-informalidad-laboral.pdf?sfvrsn=9

Instituto Nacional de Estadísticas. (Junio de 2017). *INE*. Obtenido de <http://www.ine.cl/estadisticas/laborales/ene>

Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida en las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.

Jaramillo, N. (2007). Comercio y espacio público. Una organización de ambulantes en la Alameda Central. *Alteridades*, 137-153.

Jiménez, F. (2010). La producción del espacio para la exclusión. *Proposiciones*, 37, 41-48.

Jiménez, J. (2015). *Algunas notas sobre el ingreso de los trabajadores por cuenta propia*. Santiago: Universidad de Chile. Obtenido de http://www.meditacionessociologicas.cl/wp-content/uploads/2016/06/Ingreso_cuenta_propia.pdf

Joseph, I. (1988). *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Laub, C. (2007). La ciudad, los miedos y la reinstauración de los espacios públicos. En O. e. Segovia, *Espacios públicos y construcción social. Hacia un ejercicio de ciudadanía*. (págs. 49-56). Santiago de Chile: Ediciones SUR.

Lefebvre, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.

Lefebvre, H. (2003). *The urban revolution*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.

Lomnitz, L. (1991). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI Editores.

Martuccelli, D. (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala de los individuos*. Santiago: LOM Ediciones.

Martuccelli, D. (2010). *¿Existen individuos en el sur?* Santiago: LOM Ediciones.

Martuccelli, D. (2015). *Lima y sus arenas. Poderes sociales y jerarquías culturales*. Lima: Cauces Editores S.A.C.

Mezzer, J. (1993). *Experiencias de apoyo al sector informal urbano*. Santiago: Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe.

Ministerio de Desarrollo Social. (30 de sept. de 2016). *Observatorio Social*. Obtenido de http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/casen-multidimensional/casen/docs/Libro_de_Codigos_Casen_2015.pdf

Ministerio de Economía, Fomento y Turismo. (2018). *Consejo Consultivo de Empresas de menor tamaño*. Obtenido de <http://www.consejoconsultivoemt.cl/wp->

content/uploads/2016/08/Comercio-en-V%C3%ADa-P%C3%BAblica-MuniStgo-Mesa-Mercados-23.08.16.pdf

Municipalidad de Providencia. (18 de julio de 2018). *Conoce nuestra campaña: “Evita una multa, no compres EN LA CALLE”*. Obtenido de <http://www.providencia.cl/component/k2/item/6473-conoce-nuestra-campana-evita-una-multa-no-compres-en-la-calle>

Municipalidad de Santiago. (09 de Julio de 2015a). *Concejo Municipal aprueba modificaciones a ordenanza sobre comercio ambulante en calles de la comuna*. Obtenido de <https://www.munistgo.cl/concejo-municipal-aprueba-modificaciones-a-ordenanza-sobre-comercio-ambulante-en-calles-de-la-comuna/>

Municipalidad de Santiago. (30 de Julio de 2015b). *transparencia.munistgo.cl*. Obtenido de <http://transparencia.munistgo.cl/web2/file/tei/PORTAL/ACTOS%20CON%20EFECTOS/ORDENANZAS/2393.pdf#>

Municipalidad de Santiago. (7 de marzo de 2017). *Plan Comercio Justo Santiago*. Obtenido de <https://www.munistgo.cl/comercio-justo/>

Municipalidad de Santiago. (30 de oct. de 2018). *Intensa fiscalización en plazas y parques de Santiago*. Obtenido de <http://www.munistgo.info/seguridad/intensa-fiscalizacion-en-plazas-y-parques-de-santiago/>

Municipalidad Las Condes. (7 de agosto de 2018). Ordenanzas municipales. Obtenido de https://www.lascondes.cl/descargas/transparencia/actos_resoluciones/decretos/2018/agosto/decreto.5577.07ago2018.pdf

Muñoz, A. (2013). *Imaginario moderno: Comercio popular en espacio públicos, Santiago de Chile, 1902-1914*. Santiago: Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos U. Chile .

Oficina Internacional del Trabajo, OIT. (2013a). *La economía informal y el trabajo decente: una guía de recursos sobre políticas, apoyando la transición hacia la formalidad*. Ginebra.

Oficina Internacional del Trabajo, Departamento de Política de Empleo. (2013b). *La economía informal y el trabajo decente: una guía de recursos sobre políticas, apoyando la transición hacia la formalidad*. Ginebra: OIT.

OIT-PREALC. (1988). *Sobrevivir en la Calle. El comercio ambulante en Santiago*. Santiago: OIT.

Ortí, A. (1986). La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo. En M. García Ferrando, J. Ibáñez, & F. Alvira,

- El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación* (págs. 189-221). Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Pereira Morató, R. (2015). Max Paredes, el comercio popular y la apropiación del espacio público. *Tinkazos, Revista Boliviana de Ciencias Sociales*(Nro. 38).
- Pérez, P. (2018). Distribución, insolvencia y urbanización popular en América Latina. *Revista de Geografía Espacios*, 67-93.
- Portes, A., & Haller, W. (2004). *La economía informal*. Santiago de Chile: CEPAL.
- PREALC. (1978). *Sector informal*. Santiago de Chile: OIT.
- Programa de las Naciones Unidas Para el Desarrollo. (2017). *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Santiago de Chile: PNUD.
- Radio Biobio. (18 de noviembre de 2017). Turba de comerciantes y transeúntes atacan a pareja de carabineros en el Barrio Meiggs. *Radio Biobio*. Obtenido de <https://www.biobiochile.cl/noticias/nacional/region-metropolitana/2017/11/18/turba-de-comerciantes-y-transeuntes-atacan-a-pareja-de-carabineros-en-el-barrio-meiggs.shtml>
- Radio Cooperativa. (2 de agosto de 2018). En Las Condes también multarán a quienes compren en el comercio ambulante. *Radio Cooperativa*. Obtenido de <https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/ciudades/santiago/en-las-condes-tambien-multaran-a-quienes-compren-en-el-comercio-ambulante/2018-08-02/233925.html>
- Ramírez Kuri, P. (2016). Hacia la reinención del espacio público. En Ramírez Kuri, *La reinención del espacio público en la ciudad fragmentada*. (págs. 51-72). Ciudad de México: UNAM: Instituto de Investigaciones Sociales: Programa de Maestría y Doctorado en Urbanismo.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC.
- Rancière, J. (2006). *Política, policía, democracia*. Santiago: LOM Ediciones.
- Rancière, J. (2009). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Santiago: LOM Ediciones.
- Reyes, G. (1992). Comercio callejero y espacio urbano. *Alteridades*, 51-61.
- Robles, F. (2000). *El desaliento inesperado de la Modernidad. Molestias, irritaciones y frutos amargos de la sociedad del riesgo*. Concepción: Sociedad Hoy Ediciones.
- Rodríguez, A., & Winchester, L. (2005). Santiago de Chile: una ciudad fragmentada. En C. Da Mattos, M. E. Ducci, A. Rodríguez, & G. Yáñez, *Santiago en la globalización: ¿Una nueva ciudad?* (págs. 115-136). Santiago: Ediciones SUR y EURE Libros.

- Rodríguez, A., Rodríguez, P., & Godoy, M. (2018). De insolventes e indocumentados: "No puedes darte el lujo de vivir en la ciudad". En P. Díaz-Romero, A. Rodríguez, & A. Varas, *Piñera II. ¿Una segunda transición? Primer año de su nueva administración*. (Vol. 14, págs. 193-216). Ediciones SUR. Obtenido de barometro.sitiosur.cl
- Rodríguez, P. (2016). El debilitamiento de lo urbano en Santiago, Chile. *EURE*, 61-79.
- Romero, L. A. (1984). Urbanización y sectores populares: Santiago de Chile, 1830-1875. *Revista EURE*, 11(31).
- Romero, L. A. (1997). *¿Qué hacer con los pobres? Élite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Romero, L. A. (1998). Rotos y gañanes: trabajadores no calificados en Santiago (1850-1895). (D. d. Chile, Ed.) *Cuadernos de Historia*, 35-71.
- Salazar, G. (1985). Labradores, peones y proletarios. En G. Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (págs. 228-256). Santiago: Ediciones SUR.
- Salazar, G. (2003). *Ferías libres: espacio residual de soberanía ciudadana*. Santiago: Ediciones SUR.
- Sanchez Nava, L. (2012). El comercio en las calles de la Ciudad de México. *Ulúa*, 27-70.
- Segovia, O. (2007). Espacios públicos urbanos y construcción social: una relación de correspondencia. En O. E. Segovia, *Espacio públicos y construcción social. Hacia un ejercicio de ciudadanía* (págs. 15-28). Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Silva Londoño, D. (2006). *Espacio urbano y comercio en la vía pública*. México, D.F.: Tesis para optar al grado de Maestría en Ciencias Sociales.
- Silva Londoño, D. (2007). Conflictos por el espacio público urbano y el comercio en vía pública: percepciones acerca de la legitimidad sobre su uso. *El Cotidiano*, 22(143), 48-56.
- Silva Londoño, D. (2010). Comercio ambulante en el Centro Histórico de la Ciudad de México (1990-2007). *Revista mexicana de sociología*, 195-224.
- Televisión Nacional de Chile. 24 Horas. (17 de noviembre de 2017). Turba de comerciantes ambulantes agrede a pareja de Carabineros en Barrio Meiggs. *TVN*. Santiago, Comuna Santiago, Chile.
- Thibaud, J. P. (2013). Un paradigma sonoro de los ambientes urbanos. *Journal of Sonic Studies*, 01(01). Obtenido de <https://privadotextos.wordpress.com/2013/07/03/un-paradigma-sonoro-de-los-ambientes-urbanos/>

- Tokman, V. (2001a). *Centro Interamericano para el Desarrollo del Conocimiento en la Formación Profesional. CINTERFOR*. Recuperado el 2018, de <https://www.oitcinterfor.org/node/5727>
- Tokman, V. (2001b). *De la informalidad a la modernidad*. Santiago: Oficina Internacional del Trabajo.
- Veleda da Silva, S. (2001). *Trabajo informal en América Latina: el comercio callejero*. Obtenido de Geocrítica: <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-317.htm>
- Yopo, M. (2013). Individualización en Chile: Individuo y sociedad en las transformaciones culturales recientes. *Psicoperspectivas*, 4-15.

9 Anexos

9.1 Tabla de entrevistas

Nº	Seudónimo	Edad	Nacionalidad	Años trabajando	Rubro
1	Héctor	33	Chile	Desde su infancia. 18 años rubro actual.	Churros
2	Renato	32	Chile	4 años.	Fotografías antiguas de la ciudad.
3	Cristian	20	Chile	Desde su infancia.	Producto de temporada. Chocolates.
4	María	37	Chile	5 años.	Joyas y lanas (gorros y bufandas).
5	Jesús	22	Venezuela	2 años. 3 meses en Chile.	Collares artesanales.
6	Juan Manuel	32	Chile	20 años. Paralelo trabajo formal.	Pan, dobladitas.
7	Mario	54	Chile	Desde su infancia.	Pan, empanadas.
8	Jephte	34	Haití	3 años, desde que llegó a Chile.	Zapatillas
9	Omar	33	Perú	Desde su infancia.	Audífonos y cargadores.
10	Sergio	34	Chile	20 años.	Producto de temporada. Chocolates.

9.2 Tabla de observaciones

Nº	Sector/Lugar	Fecha	Hora
1	Mac-Iver/Alameda/Ahumada	14 / 08 / 2017	14.30
2	Paseo Ahumada	15 / 08 / 2017	16.00
3	Paseo Ahumada/Plaza de Armas	20 / 08 / 2017	18.00
4	Paseo Huérfanos	22 / 08 / 2017	13.30
5	San Isidro/Metro Santa Lucía	23 / 08 / 2017	20.00
6	Meiggs/Salvador Sanfuentes	18 / 12 / 2017	14.30
7	Meiggs/Estación Central	20 / 12 / 2017	12.00
8	Paseo Ahumada/Plaza de Armas	17 / 01 / 2018	13.00
9	Meiggs/Alameda/Maipú	15 / 05 / 2018	16.00
10	Meiggs/Alameda/Maipú	16 / 05 / 2018	18.00
11	Meiggs/Alameda/Maipú	22 / 05 / 2018	18.00
12	Meiggs/Alameda/Maipú	23 / 05 / 2018	15.00

9.3 Anexo Fotográfico

9.3.1 Fotografía N°1



9.3.2 Fotografía N°2



9.3.3 Fotografía N°3



9.3.4 Fotografía N°4

